

Literatura y Educación



galo guerrero jiménez



CASA DE LA CULTURA BENJAMÍN CARRIÓN
"BENJAMÍN CARRIÓN"
NÚCLEO DE LOJA

2008

LITERATURA Y EDUCACIÓN

Galo Guerrero Jiménez

LITERATURA Y EDUCACIÓN



Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”
Núcleo de Loja

2008

Galo Guerrero Jiménez

LITERATURA Y EDUCACIÓN

Junio de 2008

Lic. Mario Jaramillo Andrade
Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana
“Benjamín Carrión”, Núcleo de Loja

Dirección de la Editorial:
Luis Córdova Espinales

Digitación de textos y diseño gráfico:
Gonzalo Antonio Vega

Impresión offset:
Paúl Ramírez Guamán

Compaginación y encuadernación:
Julio Espinoza Bustamante

Impreso en la Editorial “Gustavo A. Serrano” de la CCE–Loja
Calle Colón 13–12 y Bernardo Valdivieso
Telefax: 2571672 – Teléfono: 2571004
P.O. Box 11.01.141
Loja–Ecuador

Impreso en Ecuador
Printed in Ecuador

LA REALIDAD SOCIAL DE HUMO EN LAS ERAS DE EDUARDO MORA MORENO

Eduardo Mora Moreno (Loja, 1906; Quito, 1987) fue el primer alcalde socialista que tuvo Loja y el país (1947–1949) y uno de los pioneros de la literatura realista social e indigenista de la literatura ecuatoriana.

Desde 1921 a 1930 produjo sus primeros relatos; en 1927 los recoge en un tomo con el nombre de **Humo en las eras**, libro que luego es publicado por primera vez en 1939. En esta edición se publican cinco cuentos: *Manuel Antonio*, *Humo en las eras*, *Lo han chucado*, *Sobre los surcos* y *Despojo*.

En 1973, la Casa de la Cultura reeditó **Humo en las eras** con una ampliación de dos cuentos: *La última siembra* y *El entierro de Goyo Cajamarca*.

La vida agraria, las costumbres del medio rural lojano, la presencia del terrateniente, del teniente político, del mayordomo, del cura párroco, del escribano, de abogados deshonestos, la explotación del indio y con personajes casi todos indígenas constituyen algunos de los ingredientes que dan vida a los relatos de **Humo en las eras**.

Con auténticos cuadros de la vida campesina

lojana, cada relato aparece sobrio: el paisaje, los animales domésticos, la manera de hablar propia de los campesinos sureños, el colorido de los potrerros, el aroma de las flores, el atardecer, los cerros, los caminos, la parroquia, la choza, la parcela, la hacienda y el cholerío con su aguda realidad, en la que el autor, Eduardo Mora Moreno, sin timideces, describe la vida dura, inhumana del indigenado.

Con rasgos comunes de dolor y miseria, aparecen personajes de la campiña lojana que Mora los describe con un intenso contenido social pero también con un “moroso enamoramiento del escenario familiar” a decir de Ángel F. Rojas, quien en su *La novela ecuatoriana* señala de Eduardo Mora Moreno y de otros escritores lojanos de esa época la atracción por

un fuerte sentido del paisaje (...) su insobornable humorismo melancólico, resultado acaso del temperamento de las gentes de esta ciudad aislada hasta hace poco, casi inaccesible. El contenido social de su producción es discreto más bien. No denota ni desentona. Su realismo sigue una línea ponderada y suele estar transido de amargura. Apenas se da el lujo de una esperanza. En cambio, sigue amando desesperadamente a su tierra, cuyos contornos dibuja con arte esmerado.

(Clásicos Ariel, N° 29, p. 214)

Uno de los primeros relatos de **Humo en las eras** es “*Manuel Antonio*”. La realidad de la trama es patética. Manuel Antonio, el mayoral, obliga a su

hijo de trece años a casarse con la Marga, una indígena también muchacha. La ignorancia, el alcohol, el maltrato, la obediencia ciega que exige para su hijo y esposa y el deseo carnal de Manuel Antonio por su nuera son los indicios que marcan una aguda realidad de dolor, de desenfreno brutal, de lascivia abyecta que el indio Manuel Antonio descarga contra la Marga cuando la viola en el mismo día en que contrae matrimonio con su hijo, aprovechando la embriaguez de ella, de su hijo y de él mismo en la fiesta que premeditadamente panifica para llevar a cabo su proterva malicia sexual.

La manera particular de hablar, la vivienda, la eterna embriaguez de los indios, el paisaje del campo y la ingenua actitud de Evacho, el hijo de Manuel Antonio, contribuyen a darle ese colorido realista, crudo. Al año de consumado el matrimonio, “Evacho, con candorosa ternura paternal, mecía entre sus brazos al hermano pequeño...”.

“Humo en las eras” es un cuento con agradables descripciones paisajísticas al estilo romántico, que trata la relación directa entre hacendado y peón. El indio Julián Maita, cholo despierto, medianamente preparado; había asistido un breve tiempo a la escuela. Tiene conciencia de clase. Sabe que es explotado, maltratado, vilipendiado por el patrón Casimiro, el dueño de la hacienda. Casimiro, avaro y desconfiado, piensa que todos los indios son haraganes y ladrones.

Frente a la acusación de haber robado un trozo de madera, Julián, con altura, con dignidad se

defiende del patrón; éste, iracundo, cree que un inferior nunca puede faltarle el respeto: el indio está para obedecer y trabajar de sol a sol. El patrón no lo toma al indio como persona, como a un igual en su condición humana; se trata de una cosa más, de pertenencia de la hacienda: imposible que el indio piense o razone. Por eso, el patrón nunca esperó que Julián, frente a los azotes que le propinaba desde el caballo, se defendiera con el mismo trozo de madera supuestamente robado al patrón. “En un instante de instintiva represalia (...) descargó un recio golpe en la cabeza del hacendado”.

A Julián lo que le queda luego es huir. Imposible defenderse contra una clase social pudiente. El patrón es de influencia en la sociedad. No murió del garrotazo dado por Julián. Ordena, luego, que una escolta de la ciudad aprese al atrevido, al revoltoso, al paria que por defenderse queda desamparado de todos, hasta de sus propios hermanos indios que se ponen de parte del hacendado para acabar con la maltrecha humanidad de Julián, que al verse acorralado debe huir muy lejos, al Perú, para seguir cultivando penas y dolores.

La exclusión de la sociedad, de los suyos, es una carga muy pesada: miseria, abandono y soledad taladran la vida del indio. Apenas un hálito de esperanza queda marcado en la desesperación de la huida. ¿Huir para continuar viviendo o para continuar hundiéndose en la nada?

“*Lo han chucado*” es un cuento ágil, certero en su trama. Otra vez la angustia del desposeído,

de aquel que se le niega la palabra y por ende la existencia. Pedro, un indio servicial, humilde como todo indio, es acusado de brujería por el mayordomo Manuel, creyente y supersticioso.

Un ternero al cuidado de Pedro muere por haberse tragado una bola, pero el mayordomo cree que Pedro lo ha embrujado al animal. Las mujeres indias contribuyen a hundir a Pedro. La Tránsito y doña Petrona comentan de la brujería aplicada al ternero y aconsejan al mayordomo Manuel la pócima que debe prepararse para salvarlo.

La ingenuidad campesina es asombrosa aunque recoge el colorido de creencias y supersticiones muy arraigadas en la gente sencilla. Doña Petrona le dice a la Tránsito:

—pero, mire: se han sabido curar haciéndoles una cruzita en el ombligo con la saliba de uno, después de santiguarse, y también hay que darles agüitas frescas, porque el chucado, viera, ha sabido ser fuerte.

Pedro es despojado de todo, botado de la hacienda con su familia, luego de que el animal muere. Nadie los recibe en toda la comarca, a donde acude a buscar trabajo. Con rapidez se regó la noticia de que es brujo, y que por malicia contra el patrón, mata a los animales.

Es desarraigado sin ninguna condición, no se le permite el derecho a la defensa. Otra vez la acusación de haragán y atrevido si habla; de desobediente

y mal agradecido si protesta. Debe bajar la cabeza y aceptar la acusación de Manuel. El indio, una vez más reducido a la nada: no cuenta en el mundo de la vida, sino en el de las cosas que pueden desecharse en cualquier momento. El sentirse con derecho a nada. Sin un lugar estable ni se vive ni se puede tener familia. Sin un lugar fijo, ni el indio ni los otros existen a no ser para mantener su inestabilidad, su inexistencia. Triste realidad la del indio ambulante: en el mundo “organizado” de la vida social no tiene cabida: sus derechos como persona han sido negados.

“*Sobre los surcos*” es un cuento que no sólo se queda en el surco, en la tierra campestre. La ciudad y el campo imprimen ese hálito de angustia al que otra vez se ven sometidos los indios, “gracias” a la explotación de la que son objeto por rapaces de la ciudad y de los mismos indios que hacen de líderes o cabecillas.

Dicen que la alegría del pobre dura poco, y eso les pasa a los indígenas de este relato cuando consiguen —a través de los indios cabecillas taita Julián y taita Sebastián— de las instancias del Gobierno nacional, que la tierra sea de propiedad de ellos.

Así sucede, pero luego deben legalizar sus parcelas. Para ello aparecen el escribano Nicanor y el doctor Felipe, intermediario, que les solicitan dinero exagerado a los indígenas para sufragar los gastos de escrituras. Como no tienen dinero, venden sus animales, pero el comprador también los explota. El escribano y el doctor Felipe, en contubernio con

el cabecilla indígena taita Julián, también les saca dinero para dar la autorización y el límite de los linderos del terreno. En fin, a cada paso aparecen trabas para sacarle el dinero que no tiene el indígena.

Los cabecillas se quedan con lo mejor de los terrenos, mientras la comuna de indígenas recibe los terrenos que luego de un tiempo no producen nada.

La angustia de nuevo: poseen terrenos legalizados que no les sirven de nada y carecen de animales para mantenerse. Rosa Quizhpe, una de las protagonistas del relato, para no morir de hambre acude a robar en los terrenos de taita Sebastián que sí eran productivos, pero es descubierta por éste, quien, por ladrona, intenta violarla, pero ella se defiende introduciéndole la aguja de su topo en el abdomen de Sebastián.

Con la pobreza auestas, todo lo malo les sucede. La única esperanza es la huida. La denuncia social es patética en este relato. No hay quien se apiade del indio. Todos acuden no para favorecerlo, ni para darle un rol protagónico como persona, sino para aprovecharse de él sin ninguna compasión.

No aflora, ni en el hombre de ciudad, ni en los líderes de la comunidad, el más elemental signo de consideración para esta raza vencida. Aquí no aparece directamente el hacendado, aparece “el intelectual” de la ciudad que se aprovecha de su profesión no para servir sino para aniquilar sin compasión alguna al indio.

A nadie le interesa saber si los indios tienen sen-

timientos, si sufren o no, si tienen familia, si poseen necesidades. Para el núcleo social establecido no cuentan; frente a la indiferencia de los que tienen, deben huir, como si ese fuere el único signo de su salvación terrena.

“Despojo” es el quinto cuento de **Humo en las eras**. Tiene como protagonistas al cura párroco Félix Guarnizo, a su hermano el abogado María, al teniente político don Miguel y al escribano don Lucas, quienes confabulan contra el indio diezmero del convento, Sacramento Güeledel, para “legalmente” quitarle sus tierras para que pasen a manos del cura Félix.

Aprovechándose de la ingenuidad, de la humildad, de la sumisión y de la actitud profundamente creyente de la comuna a la que el cura párroco va a ofrecer sus servicios religiosos, éste aprovecha para desvirtuar su alta investidura espiritual de hombre al servicio de Dios y del prójimo, y se dedica, a través de la estafa y del engaño, a robustecer su “beatífica prosperidad” económica.

El escribano de la ciudad y el teniente político le facilitan al cura el camino para sus protervos planes de enriquecimiento ilícito. De manera ilegal, las tierras que no eran suyas, quedan legalizadas a su nombre.

Con aguda certeza el narrador describe el retrato del cura y de su hermano abogado. Ambos pillos, nada cristianos, llenos de codicia y de lascivia, eso sí. Se aprovechan de la servidumbre que los atiende en el convento para descargar sus bajas

pasiones sensuales, sobre todo en la Jizhuca, que luego resulta preñada del cura y que, sin compasión alguna la bota del convento para que vaya a parir a otro lado. Su actitud pacata y veladamente cruel es patética. Aprecie lo que le dice el cura a la Jizhuca Güeledel, hija del diezmero, a quien el sacerdote le quita sus tierras:

—Hija, yo no quisiera que te vayas... pero... ya sabes... hay que evitar murmuraciones. A lo mejor se ocuparán de mi honra. Aunque estés lejos del convento, yo velaré por ti. Y cuando te desocupes volverás; sí, tienes que volver. A tu taita le dirás que quien te hizo eso —y señaló con repugnancia el vientre hinchado de la india— fue ese cholo malvado, que lo tuve de campanero...

Una vez más, el indio despojado de lo poco que tiene. Es humillado, mancillado en su honra. El abandono absoluto y la huida parecería que son el sello indeleble que, como regalo, les ofrecen los de “arriba”. La Jizhuca reducida a objeto estorba, hay que botarla al vacío, a la nada, en donde nada es nada. En su huida recurre a su última esperanza: la choza de su padre Sacramento, pero para comprobar a través del “laichu” que le comunica que ni la choza ni las tierras ya no son ni de su padre ni de ella, sino del cura Félix. Así, su condición humana queda anulada. Su preñez no es el fruto fecundo de la alegría sino de la desgracia: es su

maldición, no su bendición; la maldición de todo un conglomerado humano, desposeído justamente de eso: de lo humano. Pues, ni lo mundano ni lo humano le pertenecen al indio. Para nadie, ni para los suyos tiene presencia cuando el indio ha caído en desgracia. El chagra, por ejemplo, el cuidador de las nuevas tierras del cura, se le burla al verla preñada a la Jizhuca:

*—Ve l'india del diascre! ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!...
Ha venido a parir aquí... ¡Ajó!... ¡Ve l'india
sucia!... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!...*

La condición de ser humano, de persona, ha sido una vez más anulada; y lo paradójico en este relato (y ahí su validez artístico-social) es que el cura, el más indicado para velar por la dignidad humana, es el que hace lo contrario: pisotear, dejar en nada lo máspreciado de todo ser humano: su dignidad. No sólo la Jizhuca (es decir la indiada toda), sino su hijo vine a representar la metáfora de la condena y de la desgracia humana indígena. Es decir, desde su misma condición de naciente, de recién llegado a la vida para tener vida en abundancia como dice el Evangelio, ya está condenado a no tenerla. Como que, por su condición de indio, nace no para la vida sino para la muerte, para la nada. Al fin y al cabo no representa nada en el ámbito de la vida social. La sociedad no lo reconoce, porque aunque haya nacido, no ha nacido para su realización personal sino para la realización de otros que paulatinamente se encar-

gan, a la par que se aprovechan, de anularlo de su condición humana. Así lo hacen el cura, el teniente político, el escribano, el hacendado, el abogado, el mayordomo, el “hombre de ciudad”...

“La última siembra” es un cuento breve que hace alusión a la enfermedad y a la brujería. Gregorio yace muy enfermo en su choza; la Petrona, su esposa, acude a buscar al brujo Macao; éste le prepara una bebida de hierbas, pero cuando la Petrona regresa a la choza con el remedio, Gregorio yace muerto, rodeado de los vecinos que se habían congregado para espectar el cadáver que estaba tendido al filo de la parcela colindante con la del indio Esteban.

En medio del delirio, causado por la fiebre, Gregorio se había levantado de su camastro para ir en busca de su yunta de bueyes y defender sus “graneados cereales” del supuesto ataque de su vecino Esteban.

La brujería, la enfermedad, la muerte, la ignorancia, la pobreza material y espiritual son aquí producto del marginamiento social. El indio no forma parte del conglomerado social establecido. No está educado para enfrentar una enfermedad. En este caso la enfermedad es atribuida a cuestiones de brujería; se suma a ello la falta de recursos económicos: el indio se muere enfermo, en la promiscuidad, en el desaseo, porque no tiene dinero ni siquiera para lo más elemental: alimentación, educación, salud, vivienda. La soledad, el marginamiento son patéticos. La anulación de su condición de persona es tal que

él mismo, el indio, no se considera persona.

Su accionar humano se ubica al nivel del accionar animal; no hay casi mayor diferencia entre éste y su condición humana. La vida misma se la deja al destino, al azar, incluso, a la magia, a la brujería o a la actitud simplista e ingenua de un acto de fe parco, en el que pareciera que basta creer en Dios para que así porque sí el Altísimo les solucione sus problemas.

Por supuesto, la marginación, la desesperación frente a situaciones extremas, la ausencia de la otredad, del otro ser humano que no aparece para educarlo sino para explotarlo y por ende para anularlo de su condición humana: ser persona, lo empujan a asirse a Dios para que se convierta en su único salvador.

“El entierro de Goyo Cajamarca” cierra este libro de relatos de **Humo en las eras**. Su trama, muy sencilla, relata el entierro del indio Goyo Cajamarca que con el acompañamiento de todos los vecinos y al calor de “ventrudas ollas” de caldo de res, chica y alcohol despiden al difunto en medio de los rituales propios de la indiada. Al final del relato, el panteonero descubre que a más de Goyo Cajamarca, en el hoyo estaba enterrado el indio Esteban, vecino querellante del difunto Goyo. Esteban, vencido por la embriaguez había caído al hoyo. Y como la inhumación fue ya en la tarde y al caer la noche, los otros indios, borrachos, no se dieron cuenta de que Esteban había caído al hoyo, y lo enterraron vivo, y borracho, por supuesto.

Como colofón a este conjunto de relatos, el indio aparece “sepultado” para siempre en su condición de ser humano. Por culpa del vicio del alcohol, que es el que mayor degradación puede causar a un ser miserable, el indio con su propia mano se autodestruye.

¿Qué más le queda a un ser marginado, cuya esperanza de vivir dignamente no encuentra sosiego en nada? Acaso el alcohol sea su última esperanza, su último refugio. Así cierra **Humo en las eras**, con una marcada intención inferencial en la que el alcohol es sinónimo de muerte. Acaso la triada indio, alcohol y muerte sean la misma cosa. El indio no tiene vida; más bien acarrea muerte. Las condiciones de marginamiento social de las que es objeto, como hemos visto en cada uno de estos siete cuentos, son fatales. El hacendado, el cura párroco, el teniente político, el abogado, el escribano, el alcohol, el “hombre de ciudad”, la ignorancia y otros dolores fatales son la muerte misma que en vida pulula en la vida-muerte del indio que sin compasión cae en el sepulcro, en el hoyo del abandono, en la inhumación de su propia desdicha.

Loja, 29 de diciembre de 2006

EL RETO HISTÓRICO DE LOJA DE TROTSKY GUERRERO

El reto histórico de Loja del doctor Trotsky Guerrero Carrión es un ensayo sobre la economía agraria de la provincia de Loja, el cual desde una visión histórica y de investigación de la realidad lojana contribuye a la comprensión no sólo de los procesos económicos y agrarios, sino también políticos, sociales y culturales que atañen a nuestra provincia.

Ahora bien, cómo leer un ensayo. Es necesario que aprendamos a reconocer, a valorar y a estimar en alto grado lo que Loja es capaz de producir a través del espíritu inquieto de intelectuales, creadores e investigadores que, desde su óptica de pensamiento, producen lo que en el talante de su formación les ha sido posible cristalizar a favor de un lector que a la par que se informa, se ve motivado a compenetrarse del contexto cultural, histórico e ideológico del momento en que se produce el texto y del momento en que se lee.

Recordemos que el acto de leer es tan serio, como lo es la moral, la política o la teología. Desgraciadamente, *una gran mayoría de gentes en el mundo, millones de millones de personas no han podido aún, sabiendo leer y escribir, descubrir su*

vocación lectora: dificultades económicas, problemas de desigualdad social, y ante todo la ausencia de una auténtica formación familiar y de educación escolarizada han alejado a la población de los libros y de la lectura.

Al alejarse de este gran condimento de vida y de progreso humano, nuestra civilización se ha empobrecido al extremo de llegar a cerrar los horizontes de grandeza y de riqueza humanas que el hombre—varón y mujer— bien puede desarrollar desde la cultura de la lectura.

Dada la ausencia del libro, no porque no haya libros, sino porque no se los lee, vivimos un analfabetismo funcional que está llevando a una gran mayoría de la población a experimentar un tiempo vacío, deshumanizado, despersonalizado y lleno de hastío porque la gente no le encuentra sentido a la vida.

Ninguna meta profesional ni de vocación humanística puede alcanzarse así de fácil sino se desarrolla una vocación lectora. Muchos profesionales se lamentan por no tener éxito en su profesión, y por lo regular son siempre aquellos que no han hecho de la lectura un proyecto de vida. Al respecto, valga el siguiente pensamiento de la escritora brasileña Ana María Machado: “Si en el principio era el Verbo, palabra divina capaz de crear todo, ese verbo convertido en palabra humana no se realiza al ser escrito sino al ser leído.”

El ocio bien entendido —sobre todo en una cultura como la nuestra, dada siempre a la ley del menor

esfuerzo—, nos proporciona espacios valiosos para la lectura. Claro está que el gusto por la lectura no es algo que nos viene ya dado, es algo que se aprende paulatinamente, poco a poco y con esfuerzo y dedicación. Y si somos capaces de entender que la lectura es el paso más trascendental de la educación: lectura, educación y ocio se pueden muy bien complementar para dar paso a una auténtica vocación humanística, es decir, para dar paso al desarrollo de una real convivencia humana que es lo que nos hace falta, y con urgencia, hoy en día.

La especialista en animación a la lectura, Cynthia Hertfelder, a propósito del ocio, señala que: “El ocio es un valor de nuestra cultura, pero el ocio verdadero no es hacer nada, sino aprovechar el tiempo libre para realizar actividades que, además de permitirnos descansar de nuestro trabajo, nos diviertan y nos permitan desarrollarnos mejor como personas.”

El objetivo, entonces, es claro: ser mejor como personas a través de una vocación lectora adecuada, puesto que el acto de leer siempre, y desde cualquier ángulo humano, “implica al hombre entero —como dice Hertfelder—, a su inteligencia, a su voluntad, a sus sentimientos, modificándolo desde lo más profundo.”

En este orden, no cabe duda de que la vocación lectora es un auténtico camino de realización y proyección humana (Galo Guerrero Jiménez, “Vocación lectora”, suplemento Loja es Cultura, Nº 71, p. 2, Diario La Hora, sábado 21 de agosto de 2004).

Desde esta óptica, bien vale la pena que nos adentremos al conocimiento de nuestra realidad provincial a través de este magnífico ensayo escrito por el doctor Trotsky Guerrero Carrión, un investigador que conoce muy bien de su especialidad y que, sobre todo, le acompaña la más noble intención para, desde los métodos que la investigación de las ciencias sociales propone, entregarnos un documento serio, bien escrito y lo suficientemente documentado.

Como señala Marco Placencia Espinoza, este ensayo es un estudio que trata *de despertar el interés hacia asuntos capitales de Loja con el objeto de encontrar líneas maestras para la proyección de la economía provincial hacia el siglo y milenio que comienzan; anuncia una visión general sobre lo económico en perspectiva histórica, la determinación de la estructura económica vigente, la configuración del cuerpo social, el enfoque de los problemas sustanciales de la actualidad y sus propuestas de política económico-social y descentralización* (Trotsky Guerrero Carrión, **El reto histórico de Loja**, Casa de la Cultura Ecuatoriana núcleo de Loja, serie Investigación sobre la Cultura de Loja, p. iv, Loja, 2004).

Insistimos, se trata de un ensayo que *desde una posición lectora, cuantas mayores sean las reacciones lectoras se cree que es un ensayo bien escrito, de interés y que está sujeto a lecturas y relecturas. Las consecuencias que el lector saca del ensayo siempre serán muy enriquecedoras; pues la mejor*

*posición lectora es la de un examinador que en cada renglón, en cada idea, en cada cláusula o párrafo se detiene, subraya, apunta, medita, elabora proyecciones, y en fin, gracias a la interpretación lectora saca sus mejores conclusiones. De ahí que, según sea la profundidad del tema y la calidad de las sugerencias que el texto tenga, mayores serán las interpretaciones lectoras; pues, es un placer volver a leer y releer lo que más sea de interés para el lector. Aunque es bueno señalar que a veces no es tanto el interés del tema lo que motiva al lector a leer y releer, sino más bien la fuerza de la personalidad que el ensayista tiene para atraer a infinidad de lectores, dado que el autor tiene, desde esta óptica, una visión especial, atrayente y muy peculiar para ahondar en el tema que se ha propuesto escribir (Galo Guerrero Jiménez, **Breves apuntes sobre educación, literatura y lenguaje**, pp.10-11, trabajo inédito).*

Por lo expuesto, la visión especial que Trotsky Guerrero Carrión, tiene es la de su formación profesional y la de ser un hombre —como señala Félix Paladines en la contratapa de la edición de la Casa de la Cultura del libro en mención— *“de múltiples inquietudes intelectuales, a quien conocemos por su espíritu sensible, abierto al arte y a los complejos problemas del mundo de hoy”*.

En efecto, Trotsky Guerrero Carrión, quien nace en Catacocha (Loja) en 1948, es partícipe de una trayectoria cultural, intelectual y musical de enjundia. Sus estudios primarios y secundarios los

realiza en su tierra natal y los universitarios en las universidades Nacional de Loja y Nicolás Valsesku de Rumanía en donde obtiene los títulos de Ingeniero Agrónomo y Doctor en Economía Agraria, respectivamente, a más de sus estudios de postgrado que ha realizado en Planificación del Desarrollo Agrícola e Investigación Social.

Actualmente es docente investigador del área agropecuaria de la Universidad Nacional de Loja y Presidente de la Junta Directiva de la Orquesta Sinfónica de Loja; designación bien merecida; pues, es autor de más de ochenta canciones entre baladas, rumbas, tonadas, pasillos, vals y boleros.

Y si en el campo de la música es bien reconocido, lo es también en el ámbito de las Ciencias Agrícolas, prueba de ello es la publicación de sus libros:

La descapitalización del agro y la situación campesina, Universidad Nacional de Loja, 1986.

Economía agraria, Universidad Nacional de Loja, 1989.

Modernización agraria y pobreza rural en el Ecuador, Universidad Nacional de Loja, 1992.

Vicisitudes y perspectivas del comercio campesino, Universidad Nacional de Loja, 1996.

El reto histórico de Loja, Casa de la Cultura Ecuatoriana núcleo de Loja, 2001.

Espejismo y realidad de la emigración lojana, Universidad Nacional de Loja, 2003.

Por lo expuesto, nuestros acuciosos lectores podrán apreciar en este ensayo un documento con interesantes puntos de vista que, desde el ámbito de

la economía agraria y de la realidad social, su autor nos los presenta con su agudeza de técnico e investigador serio para tratar con la mayor objetividad, sin ningún apasionamiento nocivo, los problemas más vitales de nuestra realidad provincial, tales como:

Regionalismo y centralismo; dependencia económica; desarrollo agrario, las épocas de la historia de Loja; el aporte de Loja en la independencia política; el poder hegemónico de la hacienda y los hacendados; la instalación del modo de producción capitalista; importancia de la unidad productiva, agroindustrial y artesanal campesina como mecanismos para el desarrollo local y provincial; puntos de vista sobre la industria, la construcción, minería y turismo; incidencias de la formación social vigente como capitalista, atrasada y dependiente. Todos estos ámbitos corresponden a la primera parte del libro: características socioeconómicas.

En la segunda parte del ensayo: El reto histórico de Loja, Trotsky Guerrero Carrión nos invita a una profunda reflexión a través del planteamiento y análisis de aspectos que puntualmente reproducimos, tales como:

El de la posibilidad de sobrevivencia de los productores, especialmente de las familias campesinas que, a causa de la baja significación de sus recursos y de su precariedad frente a la sociedad global y el limitado apoyo gubernamental, tiende cada vez más, a ser limitada su presencia.

La presencia de Loja en el concierto nacional es limitada.

En el plano económico, únicamente ciertos bienes agrícolas como el café, maíz y fréjol, obtenidos básicamente por los sectores campesinos, genera excedentes exportables.

La capital musical del país está callada.

Las acciones individuales de cantores, compositores, literatos, teatreros, pintores, que por suerte no se dan por vencidos, no trascienden el Villonaco.

Su cuestionamiento nos invita a pensar: ¿Qué es lo que pasa realmente en Loja? Nos dice si acaso no tenemos capacidad o es que, como creen algunos, ¿debemos contratar a foráneos para que nos guíen y ayuden a salir?

Pues, señala que entre nosotros se ha arraigado la costumbre de culpar al “centralismo absorbente”, y enfatiza categóricamente que las raíces de nuestro estancamiento socioeconómico actual se encuentran en la etapa del dominio hacendal.

Las pocas empresas industriales y agroindustriales han sido instaladas por sectores sociales no vinculados directamente con el sistema hacendal.

El autor señala que el atraso socioeconómico de Loja se debe a la poca identidad y estrecha visión de los grupos sociales que, a pesar del enorme peso político que tenían, no supieron aprovechar su capacidad económica financiera.

Cuestiona también a los organismos seccionales que por su falta de creatividad y de gestión no han podido financiar ni realizar obras de prioridad.

Los partidos políticos al no tener propuestas serias son también responsables de esta crisis.

La ausencia de un liderazgo representativo y el limitado protagonismo de las universidades y de los gremios profesionales para buscar alternativas tecnológicas y socio-económico-organizativas, han menguado la realidad de nuestra provincia.

Frente a estas situaciones deplorables, el autor propone que para superar el atraso de Loja frente al resto de provincias del país, se debería emprender en lo siguiente:

Recoger las mejores tradiciones históricas de la población lojana.

Un proceso de planificación que valore nuestras potencialidades y limitaciones en el ámbito socioeconómico, político, cultural y ecológico de la región.

Participación de los propios lojanos en la solución de sus problemas.

Reforma del Estado y descentralización administrativa, política y financiera para “autonomizar” el nivel de los organismos seccionales y la población local, en las decisiones y responsabilidades técnicas, económicas, financieras y políticas.

La reforma del Estado debe ser democrática, y que supere el dilema entre privatización y estatización, y que sea factible una alternativa de desarrollo que remplace la dictadura del monopolio y los mercados.

Coordinación entre los organismos públicos para que la descentralización sea efectiva.

Que el gobernador de la provincia sea el puntal básico de la coordinación institucional como máxi-

mo representante del ejecutivo, para que no sea la figura decorativa que hoy representa.

Repensar el desarrollo desde el modelo de la corriente regional participativa y desde el desarrollo autocentrado.

Priorización de la producción de bienes agro-alimenticios, industriales y artesanales. Potenciación del desarrollo científico y tecnológico local.

Promoción de nuevas actividades productivas y de prestación de servicios.

Construcción, desde los barrios, asociaciones, gremios y juntas parroquiales, de los indispensables niveles de organización y participación social requeridos.

Articulaciones de los procesos de planificación para que los programas de desarrollo no se den a través del funcionamiento aislado de las instituciones ni desde diversas concepciones teórico-metodológicas ni de personas que no tienen una claridad técnica para formular los planes de desarrollo.

Cambio de actitud de los directivos y personal técnico-administrativo de las diferentes instituciones para que se combine el trabajo con objetivos claros.

Aprovechamiento de la infraestructura educativa e investigativa de las universidades Nacional y Particular de Loja para potenciar la ciencia y la tecnología a través de cuadros técnicos altamente calificados en el área agropecuaria y agroindustrial.

Ejecución del Plan Inmediato de Riego para Loja y de la Ley de Desarrollo y Promoción Industrial.

El autor critica duramente las acciones realizadas por el Plan Inmediato de Riego de Loja que después de 18 años de vigencia, lo que ha hecho es crear una política dispendiosa, de pensar solamente en cómo gasta el dinero sin tener la certeza de que está siendo aprovechado racionalmente.

Trotsky Guerrero Carrión señala que para reorientar el Plan Inmediato de Riego para Loja, debería tomarse en cuenta lo siguiente:

Priorizar la producción agroalimenticia para satisfacer las necesidades del consumo interno y únicamente los excedentes volcarlos hacia otras regiones y países.

La tecnología debe respetar el principio de la optimización económica de los recursos, pero sin olvidarse de los criterios socio-culturales y ambientales.

Normativización de los sistemas de transferencia de tecnología bajo la modalidad de consultoría privada, para que a través de la calificación previa de equipos de trabajo interdisciplinarios, los gremios profesionales reciban su remuneración de acuerdo a los resultados logrados.

Proceso de zonificación agroecológica y socioeconómica en función de las exigencias de desarrollo interno en la producción del mercado micro regional, provincial y nacional.

Clara normatividad sobre los sistemas tarifarios de riego.

Generalizar en los proyectos de riego la responsabilidad compartida a través de la participación

comunitaria, en la concepción, diseño, construcción y manejo de las obras y sistemas de riego, sobre todo para reducir el sistema de corrupción imperante.

Sobre el problema de la descentralización vista desde Loja, el autor insiste en algunas posibilidades:

Una es la llamada deslocalización, a través de la cual se trasladan, de un lugar a otro del territorio, ciertas actividades productivas, de gobierno o de servicios.

Otra posibilidad es la desconcentración o delegación de competencias de un nivel administrativo superior a otros órganos dependientes.

Una tercera posibilidad es el descentramiento o privatización como *“una pérdida de la centralidad en lo público, lo estatal y lo político”*.

El autor también incorpora a este ensayo otras opiniones como el de la regionalización horizontal que el doctor José Bolívar Castillo plantea como uno de los aportes quizá más serios y sistemáticos que el ex-alcalde de Loja puntualiza debidamente en su libro sobre la **Descentralización del Estado y desarrollo fronterizo**.

Dentro de las reflexiones finales que Trotsky Guerrero Carrión plantea en el ámbito de una bien trazada concepción de ideas y de puntos de vista coherentes, sobre todo porque enfatiza en el hecho de que *“la provincia de Loja dispone de una gran diversidad biogenética, ecopedagógica y cultural con enormes potencialidades productivas e infinidad de posibilidades de desarrollo agroindustrial,*

turístico o minero” que muy bien canalizarían, por ejemplo, el planteamiento de que se necesita superar el paralelismo institucional, promotor de conflictos y de desperdicio de esfuerzos y recursos para pronunciarse a favor de una instancia de gobierno intermedio de cobertura regional, pero –nos dice– con nuevos esquemas de organización política, técnica y con sistemas democráticos de nominación de las personas que conducirían el proceso.

El autor sostiene que se podría considerar como instancia de gobierno intermedio al Consejo Provincial, con un nivel de asesoría técnica y de planificación de cobertura regional, que considere proyectos de desarrollo para integrar económica, social, política y culturalmente a las provincias (Loja, El Oro y Zamora Chinchipe), con especial énfasis en la ejecución inmediata de proyectos para mejorar la infraestructura vial, reforestar masivamente las principales cuencas hidrográficas, modernizar la producción agroalimenticia, desarrollo de programas de riego, turísticos, mineros y programas de investigación regional, siempre en procura de la asignación del mayor valor agregado posible a los bienes y servicios.

Estas son algunas de las más destacadas proposiciones que este respetable investigador –con una amplia experiencia académica, de consultoría, asesoría y coordinador de diversos programas de su especialidad– nos puntualiza en **El reto histórico de Loja** que en esta edición ponemos a consideración de los más granados espíritus lectores que, atentos,

sabrán discernir sobre el componente investigativo y de análisis riguroso que este interesante trabajo ensayístico encierra.

Loja, septiembre de 2005

LA ESPINA DE ALEJANDRO CARRIÓN

1. DESDE UNA LECTURA ACTIVA

Hoy en que, por infinidad de circunstancias, casi nada o muy poco se lee, la cultura de la lectura debe impulsársela para que sea un hecho real. Que los ecuatorianos entendamos que “la actividad productiva del espíritu a través de la lectura es quizá una de las herramientas más extraordinarias para potenciar nuestro trabajo intelectual y de bienestar humano” (*Galo Guerrero Jiménez: Las ventajas de saber leer, Cuadernos de la Casa, N° 40, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 2004, p.5*).

O, como hemos sostenido en algún otro momento: Una política de formación de lectores cuya intención nos lleve a comprender que *si el lector adquiere el hábito de leer, la lectura será una actividad elegida libremente; y, justamente, por ser libre, le posibilitará la capacidad de pensar, de mejorar el lenguaje, de interrelacionarse y enriquecer las relaciones personales, de aumentar su bagaje cultural, de expresar sus puntos de vista con espíritu crítico. La lectura, en definitiva, cambia y enriquece el sentido de nuestra vida.* (*Ibid, p. 6*).

La lectura, por lo tanto, apela al lector activo. Pues, recordemos que el lector activo no se contenta con lo que literalmente ven sus ojos en el texto; se convierte en parte del texto para completar su sentido. El lector activo, si se trata de lectura de ficción, se recrea leyendo; en cambio, el lector pasivo “se traga” el texto; no lo digiere para disfrutar sino para simplemente pasar las hojas. En el caso del resto de lecturas de no ficción, el lector pasivo se contenta con localizar la información que le obligan a leer; en cambio, el lector activo lee no sólo para informarse, sino para comprender y aportar desde la investigación y la reflexión, poniendo en juego su más alta capacidad de imaginación y de interiorización humanas.

El lector activo posee un alto grado de colaboración y de “hechura” del texto, puesto que no asiste para ver pasar las líneas que, repletas de palabras, no dicen nada, sino que da pie a la interpretación que el lector activo encamina desde el ángulo de sus objetivos hasta lograr del texto un pertinaz desciframiento creativo.

El lector activo se identifica con lo leído, incluso, hasta cuando no está de acuerdo con lo que el autor expone. Hablamos de identificación en el sentido de conocer y auscultar a profundidad la información para discrepar, objetar y cuestionar esa información, si fuere del caso.

El lector activo se emociona, se divierte, se fascina no sólo porque asimila y analiza sino porque pone en juego su imaginación para apreciar, en

primer lugar, el carácter estético de la obra, y en segundo lugar, porque es capaz de, consciente e interiormente, interpretar, desde su ideología, desde su historia y desde su condición social, lo leído, que en la medida en que más se emociona o se adentra en la obra, más lecturas provoca.

De otra parte, el lector activo más lee del contexto que del texto. Se diría que cada lector lee su propio texto: por lo tanto, esa lectura es intransferible. Cada lector, sobre todo el activo, tiene sus propias lecturas, dada su condición personal que para organizar y evaluar lo leído, tiene.

Desde esa óptica, el lector activo siempre encontrará cosas no dichas directamente en el texto; y esto es lo enriquecedor, puesto que sabe descifrar lo que subyace a través de alguna vía, y sobre todo de la intuición que logre aflorar mientras recorre atentamente cada línea y párrafo del texto.

Entonces, no se trata sólo de detenerse en el argumento narrado, en el resumen o en el mensaje: éstas son limitantes que no corren para el lector activo, puesto que desde estos aspectos muy poca capacidad de interpretación y de reflexión puede extraerse.

Y así como cada texto es único e intransferible, también lo es el lector activo. Pues, cada lector activo posee sus propias características y tiene pautas adecuadas para construir su camino lector.

Por lo tanto, no hay recetas que sirvan para leer. El lector se hace leyendo. Y aunque se empiece por el significado literal de los signos, con el andar

del tiempo y con empeño se aprende a interpretar culturalmente la realidad, no sólo la del texto, sino la de la vida en general. Así es, en algún momento, sin necesidad de recetas, aprendemos a trascender el significado de lo signos, es decir, aprendemos a leer contextualmente, porque hemos intentado penetrar en aquello que se esconde detrás de cada palabra, frase, oración, cláusula o párrafo.

En conclusión, el lector activo, es decir el buen lector, no es el que lee textualmente, sino –aunque lo textual le sirve de principio– el que lee contextualmente.

Y es en este orden, que queremos que usted se adentre en este magnífico texto que es quizá, una de las novelas ecuatorianas más logradas del siglo XX: **La espina** de Alejandro Carrión Aguirre.

En el ámbito de la novela, del cuento, del relato, de la poesía, del ensayo, de la historia, de la sociología, de la antropología, en definitiva, de la literatura y de la cultura en general, se pretende que usted, respetable lector y lectora, se ubique en la realidad literaria y temática, en la época y en el texto que, desde el ámbito de la reflexión y, sobre todo, como en líneas anteriores sostenemos, desde una actitud plena de lector activo, asimile, de manera objetiva, la riqueza del producto literario que acerca de la cultura lojana, hoy le ofrecemos.

Para una orientación lo más oportuna posible, es necesario hacer una breve presentación biográfica de don Alejandro Carrión Aguirre, y un comentario somero, al menos del contenido temático de **La es-**

pina, de manera que, con presteza y con un agudo sentido crítico, pueda adentrarse en estas espléndidas páginas de esta bien trazada novela.

2. ACERCAMIENTO BIOGRÁFICO

Don Alejandro Carrión Aguirre nació en Loja, en 1915, y murió en Quito, en 1992. Sus estudios primarios los realizó en la Escuela La Salle de los Hermanos Cristianos; los secundarios, en el Colegio Bernardo Valdivieso de su ciudad natal y en el Colegio Mejía de Quito. Se licenció en Ciencias Sociales en la Universidad Central del Ecuador.

Don Alejandro dedicó la vida entera al cultivo del periodismo y de la literatura en el ámbito de la poesía, cuento, novela, ensayo y crítica literaria.

Fue miembro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, reconocido con el Premio Tobar en 1958, y por el Gobierno Nacional cuando en 1988 le otorgara el Premio Eugenio Espejo en honor a su vasta producción literaria; a más de otras distinciones internacionales que obtuvo, como el Premio Latinoamericano de Poesía de la Revista Hispanoamericana de Buenos Aires, en 1937, siendo aún muy joven; el Premio Internacional de Periodismo María Moors Cabot, concedido por la Universidad de Colombia en 1961; y, el Premio Leopoldo Alas español, en 1969.

Como periodista –muy incisivo, ameno y castizo, a decir de los críticos–, fue redactor en El Tiempo

de Bogotá, en El Telégrafo de Guayaquil, en El Comercio de Quito, y en El Universo de Guayaquil, en donde se hizo célebre con una de las columnas más leídas de su tiempo: Esta vida de Quito, con el seudónimo de Juan sin Cielo.

Con el periodista y literato Pedro Jorge Vera fundaron en 1956 el semanario político La Calle. Los estudiosos señalan que fue una revista que tuvo mucho éxito por su frontal combate político y por la ardorosa defensa de las ideas democráticas que con agudeza se planteaban en este semanario. Sin embargo, por el fragor de las luchas políticas de ese entonces, fue perseguido y vejado por quienes no compartían sus ideas.

Su quehacer literario lo ejerció desde muy joven. En la revista Elan, que tuvo su aparición en Quito y circuló entre 1932-1933, aparecen sus primeros poemas, junto a otros destacados jóvenes poetas que conformarían el llamado vanguardismo lírico, como una promoción que aparece “detrás de modernistas y postmodernistas”, como lo señala Hernán Rodríguez Castelo en el estudio que sobre el grupo Elan realiza en el N° 90 de Clásicos Ariel de la Biblioteca de Autores Ecuatorianos.

En 1937 publica su primer libro de poesía: **Luz del nuevo paisaje.**

En 1938: **¡Aquí, España nuestra!,** poesía.

En 1944 dirige la editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y funda el periódico literario Letras del Ecuador, bajo el amparo y confianza que su tío, el escritor Benjamín Carrión, le brindara, cuando

crea la Casa de la Cultura Ecuatoriana en 1944.

En 1945 publica: **Poesía de la soledad y el deseo.**

En 1947, el libro de poesía: **Tiniebla.**

En 1948: **Agonía del árbol y la sangre, poesía.**

1948: el libro de cuentos: **La manzana dañada.**

1948: **Los compañeros de don Quijote, ensayo.**

1954: **Primicias de la poesía quiteña, estudio crítico.**

1954: **La noche oscura, Cuaderno de canciones y Canto a la América española, tres cuadernillos de poesía.**

1957: **Los poetas quiteños de "El ocioso en faenza", libro de estudio y crítica.**

1959: **La espina, novela.**

1961: **Poesía.** Aquí consta la mayor parte de su producción poética, escrita hasta ese entonces.

1962: **Diccionario de Literatura Latinoamericana.**

1963: **El tiempo que pasa, poesía**

1963: **Alejandro Carrión, poeta y peregrino.**

1964: **Muerte en la isla, cuentos.**

1970: **La llave perdida, cuentos.**

1976: **La otra historia, estudio crítico.**

1983: **Galería de retratos, estudio sobre la literatura ecuatoriana contemporánea.**

1983: **Esta vida de Quito, artículos periodísticos.**

1984: **Nuestro Simón Bolívar**, ensayo histórico.

1988: **Los caminos de Dios**, ensayo.

1988: **Gana de hablar**, artículos periodísticos.

1991: **Una pequeña muerte**, cuentos.

1991: **En el reino de los golillas**, ensayo histórico.

1991: **La pavimentación del infierno**, artículos periodísticos.

1992: **Memorias: una cierta sonrisa**.

El Banco Central del Ecuador, a través de su Centro de Investigación y Cultura, tuvo el acierto de publicar, en 15 volúmenes, su producción literaria, con el nombre de **Obras completas**.

Además, consta en algunas antologías:

Índice de la poesía ecuatoriana contemporánea, 1937.

Los de Elan y una voz grande, Clásicos Ariel, Biblioteca de Autores Ecuatorianos, Guayaquil, s/f.

Antología del cuento ecuatoriano, Lima, 1974.

Poesía viva del Ecuador, Quito, 1990.

Antología básica del cuento ecuatoriano, 1998.

3. LA ESPINA

Ahora, permítasenos decir algo sobre esta novela:

Para Hernán Rodríguez Castelo, **La espina**

es una hermosa y honda novela, la mejor novela ecuatoriana, escrita en 1959, cuando don Alejandro Carrión Aguirre frisaba los 44 años, es decir, en plena madurez intelectual.

La novela transcurre de manera lineal. Los acontecimientos se cuentan a través del personaje-narrador, de forma cronológica, aunque con una que otra interrupción que fractura el discurso narrativo a través de saltos al futuro y de recuerdos que fortalecen el carácter de angustia y de soledad espantosa en que vive el personaje protagónico: Darío Nicolás Saralear.

La novela está estructurada en doce capítulos con un prólogo imaginario que le antecede. En el prólogo, Alejandro Carrión lo hace hablar a un tal Lázaro Bonfín, que es el que aparece como autor de dicho exordio. Lázaro es un comerciante de muebles coloniales que dice haber encontrado en la secreta de un escritorio que compra en Loja, tres cuadernillos con pastas de cuero, escritos a mano. Lázaro Bonfín lee uno de dichos cuadernillos y se sorprende al comprobar que se trata de la confesión de un hombre que llevado por la más abrupta e implacable soledad, decide, en estos cuadernillos, escribir, de manera estremecedora, densa, sus memorias, que no son otra cosa que un conjunto de desgracias y de abruptos vividos por él y que, en primera persona, los escribe en forma de recuerdos para sacarse la espina de la dolorosa soledad que lo consume por dentro: su alma transida de angustia y su miseria abrumadora ya no le permite soportar

tanta calamidad.

Lázaro Bonfín, asombrado por el contenido de este escrito, sobre todo porque cree que es una de las apologías que mejor “explican el mecanismo de la soledad”, decide publicar “tan estremecedoras líneas” sin alterar nada, nos dice, que no sea el nombre de las personas y de los lugares.

Alejandro Carrión, una vez que, a través del prólogo, finge el hallazgo de este cuadernillo de memorias, da curso al desarrollo de la novela. Pues, el personaje principal que actúa de narrador, se llama Darío Nicolás Saralear, un hombre de 54 años de edad que devorado, como ya hemos dicho, por la más espantosa y cruel soledad, decide contar su vida de abandono y de desamparo. Sostiene que nadie lo ama. Su odio ante la vida y ante las personas es de tal magnitud que ni su padre, ni sus hermanos, ni su tía que lo cría, se salvan del odio terrible que les tiene.

Desde luego, se trata de un odio cruel que, en el desarrollo de esta novela interior, dura, crudelísima, se va justificando, dadas las circunstancias abominables que, como desgracia del destino, le toca vivir a Darío Nicolás Saralear.

Darío Nicolás no tiene madre; ella muere después de darlo a luz. Se cría bajo el “cuidado” de una tía llamada Rigoberta Montesdeoca, solterona, cincuentona y cruel con su sobrino. Tan cruel es la vieja que cuando Darío va a realizar la primera comunión, le compra, por tacaña, a la vecina unas botas usadas de mujer. Con toda la vergüenza en-

cima, humillado, tildado de marica y de hembra por sus amigos, hace la primera comunión con las botas de mujer puestas.

Así, a latigazos, castigos varios y burlas continuas, Darío Nicolás vive su infancia: sin padre, sin madre, curtido de orines; pues, no había noche en la que el muchacho no deje de orinarse en la cama.

Su abuelo materno, Salverio Jiménez, es un bandido que, junto a Naún Briones, Pajarito, Arnaldo y Hortensio Salcedo, se había convertido en salteador de caminos. Julia Enriqueta, hija del bandido Salverio Jiménez, acompaña a su padre hasta la ciudad de Loja, para bregar por su libertad, luego de que Salverio cae prisionero por matar a su compadre Adalid Salcedo.

En Loja, Julia Enriqueta conoce al doctor Darío Nicolás Saralea, un abogado pícaro, hábil y cazador de desdichas que, a la tercera noche de conocer a Julia Enriqueta, se acuesta con ella.

Sin embargo, Salverio nunca recobra su libertad, fue muerto a tiros mientras intentó escaparse, camino al Panóptico. Saralea y Julia Enriqueta, que se habían convertido en amantes, quedaron libres del peso que significa la prisión de Salverio, y se casaron. Julia Enriqueta, de muchacha ingenua y campesina, pasó a ser muy sagaz, vividora y, por supuesto, llena de encantos como para enardecer de amor a cualquier hombre.

Se volvió una hembra audaz, decidora, capacitada para planear y realizar, con una sangre fría, digna de su padre, las más arduas empresas. Su

despierto carácter de moza fronteriza, su sangre de salteadores de caminos, su asociación con un salteador urbano (su esposo), habían dado un fruto que era digno de admiración, y que mareaba a los hombres. Una hembra de las que hacen historia. (pp. 65-66).

Así fue, no faltó la traición y la infidelidad en cuanto le fue posible a Julia Enriqueta. Su esposo había contraído la tisis, una enfermedad mortal por aquel entonces; pues, a Saralear se le apolillaron los pulmones; sus días estaban contados y Julia Enriqueta lo que hizo, en vez de cuidarlo y ayudarlo a bien morir, fue expulsarlo de su cama para que duerma en la sala, mientras ella se deleitaba, noche tras noche, y a vista y paciencia de su esposo enfermo y de sus dos hijos, Zoilo Ernesto y Servio Lorenzo, con sus amantes de turno.

A la muerte de Saralear, Julia Enriqueta se quedó con sus dos hijos y con una casa grande de tres patios y dos pisos, herencia de su esposo, y con uno de sus amantes, que pasó a vivir a la casa de los Saralear, el boticario y Doctor en Farmacia, Roberto Ricaute Montesdeoca, *“un hombre joven, que tenía su negocio, su juventud, su fuerza, su alegría y que en mi madre —dice el personaje-narrador— había encontrado la más estupenda hembra, vale decir, la más caudalosa fuente de delicia.”* (p. 101).

Así fue, el amante Ricaute, adoró entrañablemente a su Julia Enriqueta. Sin casarse pasó a vivir con ella, con la cual tuvo un hijo, el tercero para Julia Enriqueta, que pusieron por nombre Darío

Nicolás; pero en vez de llevar el apellido Ricaute, su madre prefirió asentarle con el apellido de su difunto esposo: Saralear. En efecto, mientras Saralear agonizaba, Julia Enriqueta quedó embarazada de su amante Ricaute.

¿Y por qué el odio terrible de Darío Nicolás Saralear contra su padre Roberto Ricaute Montesdeoca? ¿Porque no llevaba su apellido? No. Cuando Julia Enriqueta daba a luz a su tercer hijo Darío Nicolás, Ricaute quedó profundamente dolido. Su amada había fallecido por culpa de este alumbramiento. Este acto desencadenó un odio profundo de Ricaute contra su hijo. Pensaba que por culpa de él, su amada había muerto; decidió, por lo tanto, abandonarlo a su suerte, ignorarlo por completo. Y, más bien, como un acto de generosidad para que no muriese abandonado, Ricaute trajo a su tía materna, Rigoberta Montesdeoca, para que viviese con ellos y cuidase de los tres hermanos, hijos de Julia Enriqueta.

Esta es la vida de tormenta y de desdicha de este huérfano, Darío Nicolás Saralear, que jamás tuvo el amor de su madre porque murió, ni el de su padre porque lo abandonó. Darío Nicolás sólo recuerda una pizca de amor que su padre le dio una vez en su vida, por unos instantes, cuando la vieja Rigoberta lo botó en la noche, a la calle, para que tal vez así deje de orinarse en la cama. Era tal la desesperación, el miedo y el berrincho que el muchacho armó para que lo dejen entrar, que su padre se levantó y le dio cobijo en su cama, pero inmediatamente lo expulsó porque el muchacho volvió a orinarse.

Tanto amó Roberto Ricaute a Julia Enriqueta que la pena y el alcohol lo fueron consumiendo poco a poco. Los días y las noches para Roberto fueron oscuros y espesos; como él mismo decía: *“Soy un hombre cansado de la soledad y de la amargura, soy un hombre sin remedio y sin esperanza, soy solamente un hombre triste, sentado al fondo del mar del olvido y de la soledad”* (p. 119).

Así, el personaje-narrador, Darío Nicolás Saralear, centra su atención, en la narración de sus memorias, que dice dirigirlas a Dios, y a nadie más en especial, en cuatro grandes apartados: la infancia, la madre, el padre y el sexo.

En *la infancia*, como ya hemos señalado, intervienen varios núcleos fuertemente condensados, porque son los que contribuyen a deteriorar la personalidad de Saralear: Rigoberta, la tía solterona; su padre, que en su propia casa lo abandona; los orines permanentes del muchacho y la conducta agresiva y burlona de sus dos medio-hermanos que a la menor oportunidad aprovechan para agredirlo física y psicológicamente. Leamos lo que dice Darío Nicolás:

Servio y Zoilo, mis hermanos, fueron para mí espantosamente crueles y enemigos cuando yo era niño. Me negaban en todas partes y, por último, cuando la vieja infame me azotaba, por “mión” o por cualquier otro motivo, se precipitaban a gozar del espectáculo, a gritar: “¡Dele! ¡Dele! ¡Dele!”, mientras danzaban, cogidos de las manos, haciendo horrendos gestos e imitando mis gemidos y sollozos con voces estridentes, acumulando así su burla,

sobre mi miseria. (p. 120).

Al respecto, léase este otro párrafo, para que analice la conducta de sus medio-hermanos:

“Rata infeliz, rata inmunda, rata nigüenta, tú di¿que andas diciendo que eres nuestro hermano.” Así me decían. Las voces gangosas, que les brotaban de la nariz, teñidas en mocos, eran de una provocación y de una burla insoportables. “¡Tú, tú, miserable, tú, rata hedionda, confiesa! ¡Tú has dicho en la escuela que eres nuestro hermano! ¡Confiesa!” Estaban frente a mí. Bailaban cada uno grotescas y soeces pantomimas. “¡Confiesa!” La primera patada al filo de la canilla cayó luego. “¡Confiesa, rata sucia!” Yo los miraba con unos ojos asombrados. “¡Vele los ojos, vele los ojos de plato, vele!”, dijo uno de ellos. Yo no los distinguía ya: mi asombro ante tanta maldad me tenía confundido, y el odio y la malevolencia los había vuelto estrictamente iguales. (pp. 121-122).

Aprecie este otro pasaje estremecedor sobre su padre y la vieja Rigoberta:

(...) mi nacimiento causó la muerte de mi madre, y cuando ella estuvo en la tumba, un odio lleno de asombrado rencor surgió en el alma desconcertada de mi padre, y lo volvió mi enemigo. Ante su corazón confundido y sangrante fui convicto de haber causado la muerte de mi madre, fui arrojado del reino del amor, y las manos horribles de una bruja estrujaron mi corazón inocente e inyectaron en mis venas sangre de chinche, sangre de solitario, pálida y pesada sangre de solitario (...). (pp. 119-120).

El segundo apartado, *la madre*, es fuertemente decidor porque, con su ausencia, se ve privado del gozo y de la protección del amor materno. Él lo dice: *“Quien viene traído por el amor, no es un solitario, no es un leproso, no es un sembrador de desdichas.”* (p.119).

Por referencia de uno de sus hermanos conoce quien fue su madre. *“Ella vivió para el amor: para la maternidad; ella era una hembra, la hembra perfecta, y vivió como hembra y murió de enfermedad de hembra, como debía morir, atacada de incontenible infección puerperal tras darte a luz.”* (p. 129).

En otro apartado le dice:

(...) yo pienso en mi madre como en la primera amante, la inolvidable. Yo, sin embargo, no tengo celos de los que la amaron en la única forma en que ella podía amar: físicamente. No: al contrario, yo estoy orgulloso de ella; de todo lo que a ella concierne, de su vida, de su muerte. Fue la vida de una hembra hermosa y torrencial, ¿entiendes? Sabía que la hembra nace para el amor, no para el estúpido “amor espiritual” de los incapaces de amar: eso no es amor, eso es onanismo cerebral, esa es incapacidad de vivir. No: ella se entregaba, no al amor de palabra ni al amor de pensamiento, sino al amor de obra, que es el que Dios dio a los seres vivos, para hacer hermosa la vida y perpetuar la especie. Ella no reflexionaba: amaba, con toda su juventud, con toda su hermosura, sin trampas, ¿entiendes?, sin trampas. Si ella, siguiendo la co-

rriente torrencial de su milagrosa juventud, de su belleza maravillosa, de su sangre hirviente, ponía cuernos sobre la cabeza de mi padre, ¿de quién la culpa? ¿Quién contiene un torrente tan maravilloso cuando se despeña? ¿Quién? Y mira: sus amores se convertían en niños. Aquí estamos: los tres somos sus amores. ¿Qué mejor muerte podía tener ella, la hembra, es decir, la amante y la madre, que la muerte que tuvo, muerte de hembra y sólo de hembra? (p.129).

En fin, son una cadena de recuerdos que en la memoria de Darío Nicolás brotan, con una nostalgia tan profunda como cuando, a través de tantas referencias, llega a deducir que su madre “*era como una potra salvaje en una invernada llena de garañones*”. (p. 130). O como aquel acto de traición a su esposo cuando esa misma noche del día de su entierro, se fue a dormir con Ricaute, y en la cama del difunto. O como el mismo acto de su padre Ricaute que a los pocos días de haber muerto Julia Enriqueta, la trajo a la bizca Albertina y se acostó con ella en la misma cama donde había muerto Julia Enriqueta.

Así, las raíces de su soledad y de su miseria se ahondan más y más; de su madre sigue pensando:

(...) Yo estoy seguro de que no fue cristiana; era un ser puro de la naturaleza, a la cual los hombres malvados mancillaron, pero mancillaron solamente en su cuerpo. Su alma era incontaminable; era el alma de las brisas de la mañana, el alma de la luz del medio día, el alma del lucero de la tarde: no podía contaminarse jamás. Ella no sabía qué era

la moral, qué era la justicia, qué era el pecado. ¿Cómo va a saberlo una potrita salvaje? ¿Cómo va a saberlo un arroyo que se desboca, un rayo que salta, un arbusto que florece?

Yo amo a mi madre virgen, a mi madre jovencita, a la que vino pura y tímida de un pueblecito lejano, para ser aquí la mujer de un cuervo y la madre de un lobo, de una zorra y de una larva. Yo odio a quienes la convirtieron en presa de su instinto y de su lujuria (...). (pp. 133-134).

El tercer gran apartado, *el padre*, Roberto Ricaute Montesdeoca, era hijo de dos labradores ricos de Malacatos que lo mandaron a estudiar a Cuenca hasta recibirse de doctor farmacéutico. “*Soltero, muy fuerte, alto, simpático, de color moreno, era atrayente para las mujeres*” (p.138). Puso una de las mejores farmacias en Loja. No le iba mal hasta que conoció a Julia Enriqueta, de la cual se enamoró perdidamente hasta su muerte, día desde el cual su vida cambiaría hasta llegar a convertirse en una miseria andante; pues, murió muchos años después, sólo, abandonado, pasado en alcohol para ahogar las penas de la que otrora fuera su eterna amada.

Darío Nicolás en uno de los pasajes de sus memorias, lo recuerda así:

(...) solamente ahora pienso en él como un ser humano idéntico a mí, y siento que brota en mi alma indiferente la flor de la compasión. Ahora, Dios mío, cuando ya todo es tarde, ahora, mi Señor, lo compadezco. No lo amo; no quiero mentir, porque estoy descargando mi alma de su peso y limpiándola

de su podredumbre. No me sería posible amarlo, ni aún si Tu mano, Dios mío, me exprimiese como el bañista exprime la esponja; no extraerías de mí una gota siquiera de amor por él (...). (p. 152).

Ricaute, a pesar de no haberse descuidado económicamente de sus hijos, su quiebra fue inminente al volverse alcohólico, y su soledad no sólo la vivió por la pérdida de su amante, sino también por la de sus hijos, cuando ya adultos le propinaron una paliza por *“todo el odio acumulado, toda esa furia que venía desde cuando fue el amante de nuestra madre, desde que le puso cuernos a nuestro padre agonizante, desde que nos impuso el espectáculo degradante de su vida de crápula infeliz, desde que nos obligó a presenciar cada noche su orgía de alcohol, palos y sexo con la bizca infecta, sí, todo ese odio acumulado sin cesar, hasta sobrepasar la capacidad del alma, nos estalló en una furia tan tremenda, tan incontenible, que se desbordó sobre todo dique de razón. (...). (pp. 166-167).*

Después de muchos años, Ricaute quiso reconocer a su hijo, darle su apellido, cuando ya Darío Nicolás se había recibido de abogado y llegó a ser diputado por el Partido Conservador. La reacción de Darío Nicolás es contundente; le dice a su tía:

“... No me va a convertir, a estas horas, el viejo sucio en un hijo de puta, ¿sabe tía? Ya no es hora que me vuelvan hijo de puta, ¿me entiende?” (p. 177).

(...) yo creía a aquel triste infeliz capaz de todas las humillaciones, de todas las desdichas, de todas

las canalladas, pero nunca me figuré que llegase a eso: a arrastrarse ante mí, ante el niño al cual negó todo amor, ante el muchacho a quien humilló espantosamente, ante el pobre ser al que hundió en soledad, en abandono, en miseria, al que entregó en las garras de la horrible bruja que atormentó su triste infancia... (...). (p. 175).

En su propia cara, frente a tanta indignación, lo trata a su padre de borracho imbécil; y, finalmente:

Para terminar, lo arrojé con toda mi fuerza sobre el camastro. Su enorme corpachón cayó, pesadamente, como un fardo: así había caído a la calle, cuando mis hermanos lo arrojaron, tras la enorme paliza, el día en que comenzó su fin. Este nuevo empujón era el final, y lo recibía ¡de su propio hijo! Del único testigo viviente que su carne dejaba sobre la tierra. (p. 179).

El último gran apartado, *el del sexo*, es para Darío Nicolás lo degradante, lo impuro; se trata de un hecho lleno de asco y horror, que antes que ser motivo de gozo y de amor pleno, es el causante de su desdicha. Claro, desde el mismo instante en que nace, desde ahí ya se perfilan en él los rasgos más grotescos, feos y repulsivos. Al respecto recordemos algunos núcleos cardinales:

Darío Nicolás fue odiado y despreciado por su padre como producto del sexo, y si no, ¿cómo llegó al mundo? ¿Por qué si de esa relación amorosa tenía que ser tan querido y amado al menos por su padre, que quedó vivo, era tan menospreciado? ¿Acaso la

vida de su padre fue un ejemplo?: Cuándo no bien había muerto su madre, la llevó a la bizca Albertina a dormir en la misma cama en donde había dormido con su madre y en la misma cama en la que había nacido Darío Nicolás.

¿Acaso su misma madre, que “era como una postra suelta en una invernada llena de garañones” no se había acostado con otros hombres en vida de quién había llevado su apellido paterno?; pues, cuando enfermo, ahí estaba (...) *“el pobre con su salivita, tosiendo hasta arrojar la vida en borbotones de sangre, mientras en la pieza de al lado su mujer ríe, acostada con un hombre cualquiera. Así murió Saralear (...). (p. 69).*

Su mismo pene, y por supuesto todo el aparato urinario, lo había llevado a la más abrupta vejación por parte de su tía, cuando, en su infancia, lo que había hecho era orinarse y orinarse noche tras noche en la cama:

(...) yo me empapaba todas las noches. Sentía, de pronto, que una mano cálida me envolvía, me transía, se apoderaba de mi triste ser. Era que se habían abierto las llaves y que la orina corría libremente. Me quedaba inmóvil, mientras el manto cálido se transformaba en hielo, en un hielo mordiente, que me atenazaba hasta el alba. Entonces, comenzaba el martirio. La vieja se acariciaba la verruga y entraba al día diciendo: “Ya se ha de haber miado este cochino”. Ése era mi buenos días. Venía después el alzar la frazada, el dejarme desnudo, el traer la correa. “Toma tu desayuno, puerco, toma”, gritaba

mientras me zurraba. Y luego, en tanto hervía el agua de panela con hoja de naranja en el brasero, me insultaba a gritos. Así comenzaba los días, así eran sus primeras horas. (p. 45).

De su propia madre, Darío Nicolás dice: (...) *“llegué a saber que había sido primero una paloma y más tarde una zorra. Pero me dije: más vale una madre así que no tener ninguna” (...). (p. 77).*

Él mismo señala que el único bien que tiene es el recuerdo de una madre así, que por su ausencia, por su muerte, lo llevó a vivir sobre espinas en medio de la más espantosa soledad, durante el transcurso de toda su vida.

El sexo, por lo tanto, no fue ninguna buena contribución para el desarrollo de su bien personal. Su mismo medio-hermano, Zoilo Ernesto, espiaba a su madre, cuando llevaba los amantes a su casa, y se aprovechaba de la situación para chantajearla; le decía: *“Si no me das un sucre, mamita, le cuento a papá lo de esa noche” (p. 92).*

Por eso, y por mucho más, Darío Nicolás odiaba a su hermano; decía que todo en él era ruin:

Y es que en Zoilo no hay nada limpio, que pueda mostrarse al Sol. Es doble, flexible, sutil. Es una culebra astuta. Se desliza. No es como Servio Lorenzo, bandido arrogante, en el cual el lobo domina. Servio corre riesgos, perdona, es capaz de jugarse la vida a una sola carta. Es cruel y egoísta, es malvado y terco, incapaz de piedad, lo sé. Pero hay en él algo de lo irremediabilmente elemental de un caballo desbocado o de un torrente crecido:

no repele (...). (p. 84).

La ruindad de Zoilo y de Servio, sus dos hermanos, llega a un nivel de monstruosidad tal que llegan a tener agallas para violar a una anciana solterona, llamada Luz, de más de 60 años, virgen, que cojeaba por su reuma, y que era la responsable de recoger la ropa sucia para lavarla y plancharla, todas las semanas. El pasaje es macabro:

(...) Era chistoso servirme semejante bacalao prehistórico. Y, asómbrate: misterio inconcebible: el bacalao estaba virgen. La virginidad más antigua que se haya comido alguien, ¡una virginidad del período pleistocénico! ¡Una virginidad fósil! La vieja, desde luego, casi se muere. Reconozco que la tratamos con una furia extrema, pero, ¿cómo puede ser tratada, en un trance así, una vieja tan tremenda? (...). (p. 166).

Acto seguido, en una acción espeluznante, después de haber apaleado a su padre, por querer defenderla a la pobre vieja Luz, proceden a violar a la amante de su padre, a la bizca Rigoberta. Aprecie también la sordidez de este pasaje:

(...) “Ahora, ¡a la tipa inmunda! ¡Ahora le toca a ella, a ella!”. Es increíble cuánta cosa vil y sucia hay en la vida, y cómo cualesquiera de nosotros, puede cometer la peor infamia y, ¡con cuánto gusto, Santo Dios, con cuánto gusto! Cuando estuvimos dentro del dormitorio que una vez fue de nuestros padres, ese dormitorio que nos parecía sagrado y que ese par de cerdos prostituyeron, nos sacudió con más violencia la furia que nos animaba. Y, en-

tonces, ¡cuán espantosa violación y paliza hubo de aguantarse esa bestia! Dudo que prostituta alguna, en manos de marineros ebrios, haya aguantado lo que esa tipa aguantó. Cuando terminamos de violarla, completamente desnuda, la sacamos a patadas y, como si Dios los hubiese puesto ahí, encontramos en pleno corredor dos enormes palos de leña, dos maravillosos palos de leña que antes no habíamos visto. Se los descargamos con todas nuestras fuerzas, en la cabeza, en los hombros, en los lomos, en las posaderas, y acompañamos ese saludable ejercicio con puntapiés certeros y feroces. La tipa estaba como loca, corría a la escalera con las manos sobre la cabeza, gritando que la matábamos. Y cuando alcanzó los escalones, Servio le dio el empujón más feroz que se haya dado a alguien, y la bicha indecente voló hasta el descansillo, donde cayó como un saco de papas (...). (pp. 167-168).

Con todo esto ¿cómo podía no odiar a sus hermanos, Darío Nicolás! ¡Y qué concepción de pureza iba a tener del sexo?

Un acercamiento de atracción a lo femenino lo tiene Darío Nicolás a los doce años con una criada de doña Venecia, una vecina que la tía Rigoberta llevó a dormir a la casa. Dicho acto, para Darío Nicolás, termina en frustración; al final se consuela, masturbándose:

(...) La chica tenía un sueño invencible y pesado, pero inquietísimo. Hablaba en alta voz cosas confusas, se rascaba, se daba vueltas. Yo estaba al acecho. La luz, que provenía de la pequeña lámpa-

ra siempre ardiendo ante el altar de la Santísima Virgen de El Cisne y el Señor de Gonzanamá, me permitía ver bastante. Y así, cuando ella se dio una vuelta brusca, y las cobijas se cayeron, pude ver sus nalgas desnudas, redondísimas, sonrosadas, y su cinturita. Y cuando ese lindo espectáculo se entregó a mis pobres ojos, ya nada pudo retenerme en la cama.

Salté silenciosa, felinamente. No sabía qué iba a hacer; tenía doce años, ante mí estaba dormida una niña desnuda de mi edad, y yo por vez primera contemplaba un cuerpo femenino. Me acerqué a la cama; ella seguía durmiendo, balbuceaba palabras, se movía. Yo la miraba con grandes ojos devoradores y sentía que mi carne se llenaba de urgencias inexpresables, de solicitudes que no sabía traducir. Luego mi mano se adelantó sola y se hundió entre las nalgas rosadas, redonditas; y se paseó por todo aquel misterioso pasaje tan cálido, tan infinitamente cálido, que parecía arder. “¿Estará con fiebre”, fue lo único que se me ocurrió. Y como en ese instante ella se diese vuelta, quedando boca arriba, pude ver su sexo, en ese ser lindo, pequeñito, adorable, que dormía atormentado por la edad turbia, soñando y queriendo también saber, como quería saber el muchacho que a su lado percibía la angustia de lo desconocido y creía que se le iba a salir el corazón por la boca.

Luego, me sobrecogió un miedo infinito, que no era temor a la vieja ni a la niña, sino ante el misterio que ante mí se alzaba, y me volví a la cama, y

me cubrí con la sábana la cabeza; y entonces mis manos se afanaron en mi propio cuerpo, habiendo gozado de mi carne antes que de carne alguna, como cumple a un solitario. (pp. 190-191).

En otra ocasión, Darío Nicolás se salva de ser violado por uno de sus compañeros de brigada del boy-scouts, cuando hace una excursión, junto con ellos, al valle de Malacatos. Luego de caminar y comer se aprestan a dormir en un gran chozón, junto a un trapiche. Aprecie lo que Darío Nicolás cuenta:

(...) yo dormía hondamente, cuando sentí que unos brazos me estrechaban con ternura, llena, no de ansiedad sino de poderosa voluntad de posesión. El pecho de aquel ser que me oprimía contra el suyo estaba jadeante, su corazón latía, su frente estaba ardiente como si la poseyera la fiebre; y era verdaderamente una fiebre la que lo poseía; la más poderosa de las fiebres, la del hambriento deseo, la de la sed de posesión.

Yo sentí que se me detenía el corazón. Todo mi ser entró en una espera temblorosa, la de quien está parado al borde de lo desconocido; la del que, de un momento a otro, va a ver abrirse ante él la puerta del misterio, del más hondo misterio. Temía, estaba lleno de profundo, de angustioso, aborrecible terror; un ser indignado rugía dentro de mí inconfundiblemente que aquello era nefando y que hería y destruía mi dignidad de hombre, pero algo más fuerte me decía: "¡Espera!"; me empujaba: "¡Ansía"! Y, mientras, me achicaba, me reducía, me replegaba en mí mismo, esperando que él, el

grande, el poderoso, el dueño, actuara. Tal era mi actitud, y en ella la coincidencia no intervenía: era tan sólo el instinto, que en esa noche bamboleaba, loco, desorientado, como la brújula cuando llega al inmóvil y monstruoso plano del polo magnético.

De pronto, una voz carísima gritó: “¡Muchachos: la hora! ¡En pie!”. A ello siguió el despertar general. El hombre de la noche, me soltó bruscamente. Luego, con una voz ronca, dijo: “¡Diablos! ¡Soñaba que era la Chocha...”. Siguió a ello una carcajada. La mañana morada permitía a duras penas vernos las caras. Cuando me cogió de los hombros, y volvió mi cara a la suya, y dijo: “¡Muchacho, tu ángel de la guarda te ha protegido!” (...). (pp. 193-194).

A los trece o catorce años, Darío Nicolás es testigo de otra trapacería de su hermano Servio. Había llegado a casa de Ricaute una sobrina de él, llamada Dorita, a seguir un curso de corte y confección. Darío Javier había sido tentado con las adorables gracias de su prima. Pero fue Servio quien la había tomado “*como si fuese un mísero objeto de placer, no un ser humano, sí una fruta comida cuyo hueso se arroja*”! (p. 199). A su hermano Zoilo, que también la pretendía, le dice, sarcásticamente: “... *Sigue mi consejo: la mano a la presa, y ¡sanseacabó! Yo me le fui encima, en seguida: a la tercera noche ya le cogí el pollo. Y ahora ¡sábelo, sí, sábelo, pendejo, entiéndelo: ella está preñada, y el jimbirico es mío!*” (p. 199).

Dadas estas circunstancias, para Darío Nicolás,

dolorosas, crueles, de asco y desencanto, había tomado por costumbre masturbarse. De su propia boca, escuchemos (leamos) su confesión en la que, también, por primera vez posee sexualmente a una hembra:

Por las noches, mis manos gozaban la soledad de mi cuerpo. Así pasaba mis vacaciones; bebía leche cruda las mañanas, a la vera de la vaca; te rezaba, mi Dios, durante el día y por la noche te ofendía, gozando impuramente con mis manos. Tal es la vida del solitario, tú lo sabes. Y fue entonces cuando dispusiste las cosas, en tal forma que yo, incapaz absoluta y definitivamente de acercarme a una mujer y pedirle, no ya su amor, sino una limosna de su cuerpo para mi miseria, pude poseer por vez primera una hembra; poseerla y sentir, luego, que el mundo se me derramaba encima, en una catarata hecha en iguales partes de asco y desencanto. (p. 201).

Una vez más, no es el amor, la atracción, el goce en cuanto disfrute pleno y sano; es más bien el asco, la desilusión, el trauma, el desencanto, la porquería, lo que lo impulsa a poseer a una mujer gorda y mucho mayor en años que él, cocinera, que vivía en la hacienda de Maizal-Loma, cerca de Gonzanamá, adonde Darío Nicolás había acudido a pasar sus vacaciones, por invitación que un hermano de Rigoberta le había cursado a ella. Así fue, en excursión con otros amigos y parientes de Gonzanamá se dirigieron al Sueño del Águila, lugar en el que quedaba la hacienda en la que un pariente de

su tío, que era mayordomo, los esperaba. Llegaron, departieron todo el día, y en la noche le tocó dormir en un cuarto en el que descansaban la cocinera, una niña, tres muchachitas hijas de peones y los viejos. Dice Darío Nicolás:

Cuando me acosté y apagaron la luz, me quedé despierto y encogido, oyendo la orquesta de respiraciones y hasta que el sueño viniese, me puse a identificarlas; al poco rato creía haber conseguido. En ello estaba, cuando hube de extenderme inconscientemente; al hacerlo toqué con mis pies los de la moza gorda, la cocinera. Los retiré enseguida, pero como ella no se diese por tocada, y continuase roncando, aventuré mi pie derecho: toqué su tobillo y lo fui subiendo lentamente, con la planta pegada a su pierna gorda, gorda; mi carne se alarmó, todo mi sexo se tendió hacia esa hembra, que emergía de la profunda oscuridad y que estaba cálida, muy suave, muy gorda, dormida ahí, como si me esperara. Era la ocasión: yo, el incapaz de pedir, me daba, de golpe, con la mesa tendida.

Lo olvidé todo, inclusive el riesgo de que la mujer gritase, inclusive el escándalo que en tal caso, se produciría en ese dormitorio. La poseí torpemente, un susto infinito me atenaceaba, un asco creciente me carcomía, y el oír a esa hembra semidormida preguntar bajito: "Quién sois? ¿Quién sois?", me llenaba hasta más allá de mi última medida. ¿Gozar? ¿Quién puede decir que esa sucia y apresurada aventura hubiese sido un goce? ¡Fue una porquería! Cuando se abrieron las llaves de mi

semilla, volví a mi sitio. La mujer se dio vuelta y al minuto estuvo ya roncando. La noche volvió a ser una orquesta de ronquidos. (pp. 202-203).

Con todo este cúmulo de experiencias atroces, Darío Nicolás llega a concluir que *“la carne es el más vil de los pecados.”* (p. 202).

Y cómo no va a pensar así, si a los dieciocho años vuelve a ser víctima de sus hermanos. En algún momento, borrachos, llegan a su dormitorio a tratarlo de maricón, a robarle sus ahorros, a obligarle para que se emborrachase con ellos; luego, a la fuerza, lo llevan a una casa de una familia que se había prostituido, para que se haga hombre:

Zoilo dijo luego: “Servio: entre las obras de misericordia está el enseñar al que no sabe. Enseñémosle a nuestro pobre hermano aquello que no sabe y que tanto desea saber, ya que nos costea esta noche, con su generosidad de siempre”. Servio se tiró a bailar en media pieza un zapateado furioso, cantando una copla soez. Me tomaron con manos de hierro, uno de cada brazo, y gritando: “Escuadrón de frente, mar”, salieron conmigo, noche adelante, rumbo a la casa de la prostituta. (p. 206).

Obligado por sus hermanos llega a la casa de la ramera, una mujer muda que con el visto bueno de su esposo, y en la cama en la que dormían ella, el esposo y sus dos hijos pequeños, se ganaba la vida con su pobre cuerpo. En la casa de la muda habían más borrachos. Servio, de manera burlona les presentó a su hermano diciéndoles que es virgo. Precien, amigos lectores, la respuesta del cabrón,

esposo de la ramera:

(...) “¡Bien hecho, virguito! ¡La has escogido bien!” Y volviéndose a mis hermanos: “Muchas gracias por la confianza, señores: mi mujer está muy bien escogida, trabaja con honradez y no tiene gono. Para el virguito es gratis (...). (p.207).

Ahora, aprecie como termina este traumático incidente, para Darío Nicolás:

La muda procedía casi maquinalmente; me atrajo hacia ella, y como yo no hice ademán alguno, paralizado a la vista de esos niños inesperados e increíbles, me hizo sentar al borde del estrado, casi a la fuerza, y comenzó a desvestirse. Yo miré aquello hundido en la miseria monstruosa, escuché a todo mi ser gritar que me marchase; y saliendo de mi inmovilidad, de un solo salto, incontenible, con la inmensa fuerza y movilidad de mis músculos jóvenes, atravesé la mísera tienda donde los borrachos bebían, y salí a la calle y no paré hasta que, en mi cuarto, bien cerrada la puerta, caí de rodillas, sollozando, al borde de mi cama, y renové ante ti, mi Dios, mi promesa de castidad y de plegaria, ansioso de librarme, de una vez por todas y para siempre, de tanta horrible y sucia miseria, de tanta podre, de ese rebajamiento infinito, que al ser mostrado así, de golpe, a un hombre lastimado de soledad y timidez como yo, le dejaba el alma hundida en un pozo de aguas nauseabundas. (p. 208).

Esta miseria y rebajamiento humanos, cree Darío Nicolás, que es una de sus espinas que, quizá, sea la que más le duele. Como en sus memorias no se

dirige a ninguna persona en especial, sino a Dios, le dice: *"Jamás he dudado de ti, de tu presencia y de tu fortaleza, pero he dudado siempre de tu amor (...). ¿Por qué todo lo que para los demás fue noble y limpio, para mí fue así, sucio y deforme?"* (p. 209).

Así, lleno de cieno en el alma y teniendo asco no sólo de los demás, sino de sí mismo, acepta, como él mismo confiesa:

(...) esa horrible unión con esa ya antigua virgen solitaria que busqué por mujer cuando ya mi vida estaba más allá de su medio camino, con la cual solamente tuve nudo de soledad y abismo de aislamiento, nudo y abismo de los que nacieron tristezas, humillaciones, esa muerte suya que me pesa, y me seguirá pesando y ese niño que, al fondo de la noche, solloza y al cual no puedo consolar (...). (pp. 210-211).

Para su desgracia, como vemos, se repite la misma historia por él vivida cuando nace. Su madre muere cuando ella da a luz de él, luego es abandonado a su suerte por su padre. Ahora ya viejo, como si su destino fuese irreversible, su mujer se muere al dar a luz el hijo que él engendra, y, asimismo, tal como vivió en su infancia, despreciado por su padre, hoy no tiene el valor para cuidar de su vástago.

La novela termina con una importante reflexión que Darío Nicolás hace y que, de alguna manera, no sólo que da una respuesta certera a su conducta sexual, sino al componente existencial de su azarosa vida:

Solamente quien sabe gozar de la carne, quien la acepta no solamente con alegría, sino quien se acerca a ella como el sacerdote al ara de la suprema altura, solamente ése sabe vivir entre los hombres, solamente ése no padece el mal de soledad ni de vergüenza, ni de envidia, ni es pasto de la tristeza, ni siente cómo las heridas se le llenan de pus, ni se ve hundido en el pozo cuyo brocal jamás alcanzan las manos. Del goce de la carne, aceptado con alegría jubilosa, saboreado con suprema delicia, considerado como la cumbre de la nobleza vital de la humana estirpe, de allí le vienen al hombre las virtudes humanas, las únicas, las que hacen la vida noble y plena.” (pp. 211-212).

4. A MODO DE CONCLUSIÓN

No hay duda, **La espina** es una novela escrita por alguien que conoce de su oficio. Alejandro Carrión Aguirre sabe enriquecer su discurso narrativo, esta vez, desde las tensiones humanas de mayor desolación, que son las que conducen al lector a ser expectante de la más siniestra soledad a la que un ser humano es capaz de llegar a soportar como un condenado que no le queda sino un destino cruel, oscuro.

Cada pasaje, por el autor narrado, en boca del personaje-narrador, es espeluznante, lleno de horror y de una miseria humana implacable que no tiene ningún camino de salvación que no sea el de, como en la eterna condena del mitológico personaje de Sísifo, deambular de arriba para abajo y viceversa,

arrastrando su eterna condena de miseria y soledad humanas.

Así lo testifican estos cuatro grandes apartados que conforman la novela (la infancia, la madre, el padre y el sexo), en donde cada secuencia se concatena una con otra en orden a un mismo efecto: una implacable crueldad de acciones y de rasgos repulsivos que hacen de Darío Nicolás Saralear –y de otros personajes– un guiñapo humano, nacido y condenado a chorrear pus; pues, los oleajes de monstruosidad, de dolor, de sufrimiento, se hunden en el corazón de Saralear como una espina inmensa que, al final de sus días, sólo llega a tener cierto consuelo cuando, al borde de la desolación más tétrica, el personaje-narrador, reconoce ante Dios, ante el “tú divino”, un viso de salvación, de consuelo, al relatarle, en una especie de confesión, a través de sus memorias escritas, sus penas y dolores, para que no le permita morir en el pozo oscuro de la desolación, sin acabar la confesión de su azarosa vida.

Loja, septiembre de 2005

LA MANZANA DAÑADA DE ALEJANDRO CARRIÓN

1. Antecedentes y lectura

Vivir sin leer sabiendo leer reviste especial gravedad porque se deteriora el nivel intelectual y de desarrollo humano al que toda persona está llamada a ejercer hasta adquirir a través de valores superiores el logro de nuestras mejores expresiones de vida.

Si como seres humanos somos la única especie que tiene el privilegio de saber que podemos crecer y que tenemos que saber hacerlo bien, porque es un ideal de vida que nos sirve no sólo para vivir sino para saber vivir, es lógico pensar que no podemos darnos el lujo de malograr nuestra vida en aspectos y circunstancias que nos deterioran. La lectura, en este sentido, es un vínculo de creatividad, de encuentro, porque crea ámbitos de vida muy hondos y fecundos que nos ayudan a configurar nuestra vida de manera plena.

A través de la lectura es posible la creación de diversas formas de encuentro. La novedad de un texto está en la expresión de realidades nuevas, novedosas y originarias que nos sorprenden por la riqueza de vida creativa y de formación humana que es posible

detectar y asumir también creativamente.

La lectura enamora, atrae, fascina e inspira si uno como lector crea espacios de encuentro apropiados que se convierten en fuente de luz para vivir creativamente desde lo mas valioso, de manera que cada lectura, cada párrafo, cada idea, nos otorgue un sentido pleno, es decir promocionante en cuanto transmisión de formación humana.

La lectura proporciona siempre nuevos modos de sentir. El texto no es un mero objeto: el lector sabe que en cada pasaje encontrará una vertiente de la realidad o de su realidad. Más concretamente, la lectura es un campo de iluminación; en el texto se descubren hechos, acontecimientos, significados, y sobre todo el sentido de las cosas que es el que al lector le lleva a configurar la vida humana desde diversas vertientes.

Captar la vinculación de la palabra del texto con las realidades de vida dentro de una relación de encuentro, es sacarle pleno partido a cada realidad textual. Desde una actitud de apertura el lector se pone a disposición de esa fuente de energía que el texto emite no solo por el conocimiento, la belleza y el orden que posee, sino por la experiencia de éxtasis a la que nos transporta, puesto que nos saca de sí para elevarnos a categorías de vida mucho más valiosas y de satisfacción personal. Claro que a través de la creación imaginadora, el lector no mira por fuera las ideas del texto; se trata de una mirada penetrante, por dentro, de manera que se pueda vivir un auténtico proceso de realización

de esa realidad. No es la mera información la que penetra en el lector, sino la capacidad que éste tiene para recrear y pasar por la inteligencia y el corazón esas diversas realidades que a mediano o a largo plazo configurarán un cambio interior porque ese buen lector tendrá un nuevo estilo para concebir el mundo y la vida.

Por lo tanto, el lector siempre albergará en su mundo interior una forma especial de organización para enriquecer su vida en la medida en que sabe crear vínculos de relación con el texto. Cuanta mayor es la relación, el alma humana vive con más intensidad por la sencilla razón de que el arte de la lectura se hace más viviente, puesto que se llega a crear no meras conmociones subjetivas sino auténticos ámbitos de vibración humana, dado que permiten revalorizar el conocimiento, la emotividad y el sentimiento. Pues, si el lector percibe en forma nítida esta realidad, entonces sí, es cierto que la lectura promueve procesos formativos auténticamente humanos.

2. La narrativa

Bajo esta perspectiva de lectura que presentamos, **La manzana dañada** de Alejandro Carrión Aguirre (Loja, 1915; Quito, 1992) es una colección de seis cuentos que fue escrita entre 1934 y 1939, cuando su autor era aún muy joven, entre los diecinueve y veinticuatro años de edad.

En términos generales, “el cuento es un relato

breve que, partiendo de un referente real o ficticio, nos narra un asunto fantástico, anecdótico y/o doctrinal en torno a un solo hecho. Inicialmente, el cuento no pasaba de ser un simple relato —entiéndase relato sencillo—, sin mayores complicaciones en su trama— narrado a partir de tres tiempos: exposición, nudo y desenlace, con una tendencia marcadamente popular cuya finalidad estaba encaminada a distraer y enseñar.

“Actualmente, el cuento moderno —el cuento deliberadamente artístico— es mucho más bellamente complicada su elaboración en virtud de las exigencias técnico formales, y sobre todo por la calidad del tema que ‘obliga’ al escritor a presentar un trabajo de alta calidad literaria. En el cuento, las palabras y las frases deben ser justo y sólo las necesarias para que den paso a la acción.” (Galo Guerrero Jiménez: *Estética y belleza literaria*, UTPL, pp.207-208).

El académico de la Lengua Ecuatoriana, Fausto Aguirre, en el prólogo a **6 obras maestras de la narrativa lojana**, retomando el criterio de Juan Bosch sostiene que “la primera tarea —dice J. Bosch— que el cuentista debe imponerse es la de aprender a distinguir con precisión cuál hecho puede ser el tema de un cuento. Habiendo dado con el hecho, debe saber aislarlo, limpiarlo de apariencias hasta dejarlo libre de todo cuanto no sea expresión legítima de su sustancia; estudiarlo con minuciosidad y responsabilidad. Si el tema no satisface ciertas condiciones, el cuento será pobre o francamente malo aunque su autor domine a perfección la manera de presentarlo.

(...) El tema requiere un peso específico que lo haga universal. Puede ser muy local en su apariencia, pero debe ser universal en su valor intrínseco: el sufrimiento, el amor, el sacrificio, el heroísmo, la generosidad, la crueldad, la avaricia, son valores universales, positivos o negativos, aunque se presenten en hombres y mujeres cuya vida no traspasan los linderos de lo local; son universales en el habitante de las grandes ciudades, en el de la jungla americana o en el de los inglés esquimales.

“En síntesis: ‘si bien el cuentista tiene que tomar un hecho y aislarlo de sus apariencias para construir sobre él su obra, no basta para el caso un hecho cualquiera; debe ser un hecho humano o que conmueva a los hombres, y debe tener categoría universal’.

“La diferencia más drástica entre el novelista y el cuentista se halla en que éste sigue a sus personajes mientras que aquel tiene que gobernarlos. (...) En el cuento ni debe mencionarse siquiera un cuadro si él no es parte importante en el curso de la acción.

“El cuentista debe tener alma de tigre para lanzarse contra el lector, e instinto de tigre para seleccionar el tema y calcular con exactitud a qué distancia está su víctima y con qué fuerza debe precipitarse sobre ella. (...) La acción no puede detenerse jamás. Tiene que correr con libertad, en el cauce que le haya fijado el cuentista, dirigiéndose sin cesar al fin que persigue el autor (...). La acción puede ser objetiva o subjetiva, externa o interna, física o psicológica; puede incluso ocultar el hecho que sirve de tema si el cuentista desea sorprendernos

con un final inesperado. Pero no puede detenerse.” (pp.17-20).

Iván Égüez, poeta, cuentista y novelista quiteño, nos dice que “en el cuento se cuenta los asuntos del mundo, pero del mundo narrado, que en el cuento es un mundo cerrado, una esfera como reclama Cortázar, un segmento de la realidad, como una parte del paisaje y no todo el paisaje. No admitir que intervengan otros asuntos a contarse, que cuando el cuentista no observa esta regla, se desparrama el cuento y se dispersa el lector. (...) En el cuento subimos por ascensor mientras que en la novela subimos por las gradas, es decir a paso lento, con descansos, sigs-zags o ayudas de pasamanos. En la novela se da respiros al lector mientras que en el cuento el alma del lector está sometida a la voluntad del cuentista como el pulso a la vida; si se detiene el pulso, el lector desaparece y el cuento muere. Es que en el cuento no puede sobrar nada, todos los elementos tienen que ver con su espina dorsal, no puede haber hojarasca. (...) José de la Cuadra comparaba al cuento con el amor entre el gallo y la gallina mientras que la novela la parangonaba con ese amor amarrado de los perros. (...) La mente del cuentista parte de una idea problemática en busca de soluciones imaginativas. (...) No se trata de hilvanar una historia a manera de simples divertimientos sino de que el lector salga del cuento como de una pesadilla, como un chapuzón, pero que salga sabiendo algo más del ser humano.” (Iván Égüez: “Acerca del cuento”, en Paratodos, suplemento dominical

de Diario El Universo de Guayaquil, 2 de enero de 1994, p. 7.).

Con estos criterios, el lector atento, el estudioso de la literatura, el alumno y el profesor de literatura puede adentrarse en la lectura y análisis de **La manzana dañada** para que a partir, primero del disfrute estético de estos seis textos narrativos, pueda, en segunda instancia, verificar cómo está estructurado el asunto narrativo de Alejandro Carrión Aguirre. Incluso, un análisis somero, es decir, sin mayores complicaciones, nos puede llevar a descubrir en cada cuento (en todo cuento) los cinco componentes esenciales que todo relato tiene: un espacio, un tiempo, uno o más personajes, un narrador y los acontecimientos.

Las cosas o los hechos que se cuentan en un relato son los acontecimientos; y, por supuesto, todo acontecimiento se verifica en el decurrir del tiempo, en un espacio concreto, con uno o más personajes (personas, animales y cosas personificadas) y con alguien (un narrador) que, asumiendo un punto de vista, cuenta lo que sucede.

Ahora bien, los acontecimientos tal y conforme se desarrollan en **La manzana dañada** y que giran en torno a un hecho nuclear: la actitud pedagógica con sus métodos de castigo y de formación antihumanos de los Hermanos Cristianos para enseñar a la niñez masculina que acude a la escuela primaria por ellos regentada, es lo que se denomina la historia o la fábula que, desde este hecho nuclear, y en cada relato, funciona cronológicamente.

La trama, en cambio, en función de esos mismos acontecimientos que en la fábula se desarrollan linealmente, el autor ha preferido situarla no como un discurso novelesco, es decir, tal y conforme se construye una novela, sino como relatos independientes pero con un motivo dinámico central que recorre y dinamiza de principio a fin a cada uno de los seis relatos: la presencia malévola de los Hermanos Cristianos y las aventuras de los niños protagonistas que en el desarrollo de la fábula definen el paso de una situación concreta de uno a otro relato, hasta lograr un discurso narrativo cuya intriga en el desarrollo de las acciones conforman los adecuados conflictos, para que el motivo dinámico central que se mantiene expectante en cada relato, posibilite la comprensión de cada acción artísticamente narrada.

La historia de cada relato, por lo tanto, se convierte en fábula para el autor, se considera que, en este caso, la presencia de los Hermanos Cristianos fue un incidente de la vida real que, de una o de otra manera, marcó la vida de Alejandro Carrión en el ámbito de las prácticas religiosas escolares que con características autobiográficas, aparece en la trama de cada relato que el autor construye artísticamente sin ninguna aspereza que no sea la de “infundir vida a los recuerdos de la infancia” a través de minitragedias escolares de la mejor calidad humana representada por niños que con sus inocentes picardías a partir de la nada pedagógica actitud de los Hermanos “pasan fugaces y temerosos, sometidos a un régimen escolar torpe, sin constatación posible

de verdad en sus espíritus”, a decir del novelista ecuatoriano Alfredo Pareja Diezcanseco.

La trama de estos relatos, por consiguiente, nos lleva a calar hondo en cada intriga, en cada aventura escolar que desde la primera persona como testigo y actor, el narrador nos va presentando dimensiones de angustia, de tragedia, de impotencia, de dolor, de amor, de lealtad y de una serie de incomprensiones humanas dramáticas que posibilitan encuentros indisolublemente asociados a circunstancias educativas, sociales y culturales que el autor plasma, a través del narrador, en cada cuento desde un registro estilístico adecuado a las circunstancias narrativas para dar vida a sus personajes desde una acertada identidad artística, que sobresale en el conjunto de la obra carrionesca hasta hacer del entramado textual un elocuente diseño ficcional a través de un modelo narrativo que posibilita vínculos de relación entre uno y otro relato, y en cuya fábula y trama aparece configurada una visión concreta del mundo que el lector sabrá percibirla desde su particular ámbito personal.

3. Visión argumental de los seis relatos

La manzana dañada es el primer cuento de este libro. En él se hace alusión al pecado. El cuento está centrado en la comunión que todos los niños de la escuela tenían que llevar a cabo ese día en honor a san Juan Bautista de la Salle.

El cuento es un buen pretexto para satirizar las

prácticas religiosas de los Hermanos de la Salle de principios del siglo XIX que, en la ciudad de Loja, se dedicaban a formar a los niños en la moral cristiana.

El encapotado —el niño personaje principal del cuento— como narrador de la historia cuenta su vida de tormento. Desde la gramática narrativa, este niño se convierte en sujeto que aspira a comulgar con el alma limpia. Sin embargo, su manía, o como él dice su “maldito deseo de comer que siempre ha tenido”, lo lleva, en un momento de angustia mortal, a desistir de su objeto: no podía comulgar porque la tentación de una maqueta de caca de perro que en su bolsillo tenía, lo impulsa a comérsela minutos antes de comulgar. Pensó que era un sacrilegio comulgar en esas condiciones: le habían enseñado que tenía que comulgar en ayunas. Todos sus compañeros pasaron a comulgar menos él. Sin embargo, el respeto humano lo puso entre la espada y la pared: si pasaba a comulgar era un sacrilegio; si no lo hacía todos lo mirarían como a un pecador; pues, “sería una manzana dañada y cuando hay una manzana dañada en medio de las buenas, hay que echarla para que las otras no se contaminen.”

Qué conflicto para el muchacho. Todo lo que de él dirían por no comulgar; no sólo sus compañeros, sino los Hermanos y su familia. El respeto humano pudo más y pasó a comulgar. Pero los remordimientos no lo dejaron en paz; se enfermó: no comía ni podía dormir. Su papá tuvo que sacarlo de la escuela y llevarlo a la hacienda para que se recupere.

Ahora bien: así como una mala formación religiosa puede enfermar y matar; una buena educación y vivencia en este orden puede curar, como en efecto así sucedió cuando el encapotado decidió ir a confesar su pecado de “sacrilegio” donde el padre Miguel, sacerdote franciscano, bonachón, simpático y buen entendedor del sentido cristiano y de la vida de las personas.

Qué sabroso pasaje de amor cristiano que el autor protagoniza a través del personaje narrador; pues, la actitud del fraile salva la vida del encapotado. Aprecie, amigo lector, lo que sucede cuando el chico va a confesarse:

“—Acúsome padre, de haber cometido un sacrilegio...

Esperé, resignadamente, que me maldijera. Él quiso saber cómo había sucedido aquello, todos los detalles. Y cuando oyó lo de la caca de perro, el buen viejo rió a más no poder y, acariciándome como si hubiese sido, en realidad, un padre, me bendijo.”

De esta manera, el sujeto de la historia que aspira a la confesión, lo hace, en su segunda ocasión, pero para, a través del sacerdote, resarcirse y, por sus mismos efectos, resarcir la mala formación cristiana recibida en la escuela. Desde la gramática narrativa, el sujeto, en este caso el encapotado, se convierte en destinatario, dado que es él mismo el que recibe los resultados. Por boca de su madre el sujeto narrador se entera del comentario del fraile:

“Los Hermanos eran unos exagerados y que nos llenaban de miedos la cabeza”. Y claro, el efecto sa-

nante del sacerdote produce en el sujeto-destinatario la anulación de los sueños terribles; poco a poco vuelve a tener apetito y alegría, aunque, después de ingresar al colegio nacional, nunca más vuelve a confesarse.

Los cocodrilos es el segundo cuento de **La manzana dañada**. En él se narra la peripecia de cuatro muchachos que, con el deseo enorme de comer duraznos, deciden quedarse escondidos en los baños de la escuela para, bien entrada la tarde, pasar a la huerta de los Hermanitos y comerse las apetecidas frutas que colgaban de los árboles.

Pero a más del deseo de la fruta, lo que querían era probar su valentía. Se quedan escondidos en los escusados, a la espera de que el querido hermanito Carlos termine de castigar a los niños que en el día habían cometido alguna infracción escolar. Era lunes, el primer día de la semana. Día especial para los niños porque en ese día el carísimo hermano director acudía a las clases a entregar las libretas de calificaciones. A los tres primeros por sus altas calificaciones les daba medallas, a los que menos habían rendido en sus estudios, los castigaba con la chasca, un látigo apropiado para castigar a los malos alumnos.

Ese día del asalto a la huerta, los muchachos ladrones se llevaron una gran sorpresa: se dieron cuenta que el portero cerró con llave la única puerta que daba a la calle. Del susto, al comprobar que no iban a poder salir de la escuela, casi se olvidan de los duraznos; sin embargo, después de algunas

discusiones, en las que se tratan de maricones, deciden meterse a la huerta, contentándose con decir que luego ya encontrarán la manera de salir a la calle, a sus casas.

Cuando ya están trepados en el árbol de duraznos, el perro de la casa de los Hermanos los delata. No les quedó más remedio que entregarse a la sarta de los doce Hermanos que había en la escuela-casa y que habían acudido a ver que era lo que estaba pasando en la huerta, dado el insistente ladrido del animal.

Los llevaron a la procura; ahí, el hermano Carlos y el hermano director cumplieron con la misión de azotarlos por ladrones. El gozo y la morbosa satisfacción de castigarlos se veía reflejada en la cara del hermano director que no contó con la reacción de uno de los muchachos. Después del miedo, "una rabia sorda, sin lágrimas lo impulsó a morderle la mano a su verdugo. Sin embargo, el castigo luego fue peor para el muchacho: latigazos, puntapiés, gritos, aniquilaron al muchacho hasta dejarlo exangüe.

Luego de la paliza, la amenaza fue contundente: "Si alguno de los cuatro supliciados esa tarde contábamos en casa lo que nos había sucedido, nos expulsarían de la escuela. Deberíamos quedar agradecidos de que no se denunciara públicamente el hecho de que éramos unos miserables ladrones." Luego escribirían mil veces seguidas la conjugación del futuro de indicativo: "Yo no robaré a los Hermanitos."

La mano del hombre pálido, el tercer cuento, hace alusión a la homosexualidad del hermano Celestino que se aprovechaba de los alumnos castigados para “hacerles cariños” y besarlos en la boca.

En su inocencia de ocho años, Ramón lo que puede decir es que el querido Hermanito quería cometer algo malo con él. Tiene miedo quedarse castigado porque sabe lo que le espera. Comenta a sus amigos que más bien prefiere irse de la escuela. Elio, para sus compañeros es el alumno adulón. Para los Hermanos es presentado ante la escuela como un niño modelo; pues, abrazará el santo hábito de los Hermanos. Por eso sus compañeros lo creían el “adulón oficial, el enemigo colectivo de toda la clase.” Elio comía ya con los Hermanos y se quedaba con ellos hasta altas horas de la noche”. Los muchachos llegaron a considerar a Elio “como la segunda autoridad de la clase y de la escuela toda”, hasta que un buen día se enteraron de que el hermano Celestino había sido separado de la escuela.

Así, desaparecieron para siempre el hermano Celestino y Elio, el influyente, el que había ejercido, según sus compañeros, su tiranía en la escuela.

La chorrera del Pedestal es un cuento con seis capítulos y un epílogo. En el primer capítulo se describe la habilidad de Julio Palacios para la caligrafía. Sus compañeros, a más de la envidia que le tenían, se le burlaban porque era hijo de cura. El colmo del abuso llega cuando el Ches Vega y el Cholo Contento le derraman el tintero en la página perfecta de caligrafía que Julio estaba a punto de

terminar en el aula. La justa reprimenda del querido Hermano profesor no se hace esperar: fue acusado de descuido por no tener el tintero en su sitio y colocado en el último puesto de la clase.

El segundo capítulo describe la pillería del Ches Vega y del Cholo Contento: hijos de lavanderas, habían establecido un pequeño reinado de terror en la clase y “triunfaron en toda pelea con los pobres maestros”:

“Sabían atravesar una cerca de alambre de púas; abrir, con el mejor rugido, el portón de una estancia; escalar los más elevados muros sin lastimarse en los filudos cascotes de botelia que los coronaban; robar, en silencio cauteloso, capulíes y duraznos; derrotar a los perros en batallas campales y, sobre todo, encontrar sapos bajo toda piedra y matarlos”.

El capítulo tres, muy breve, habla sobre la colina del Pedestal: allí se levanta la estatua de la Virgen de Bronce y “callada y tranquila, avanza la acequia de la luz eléctrica, bordeada de álamos delgados y violentos eucaliptos jóvenes”.

El capítulo cuatro vuelve a los inseparables Ches y el Cholo que esta vez son castigados por el querido Hermanito que, indignado por sus frecuentes informalidades en la clase, los ridiculiza frente a sus compañeros, acusándolos de actuar como una yunta; por lo tanto debe castigárselos como se castiga a estos animales:

“Cumpliendo la orden, se habían puesto en cuatro, muy juntos, con las cabezas a un mismo nivel, agachados, casi rozando el suelo con la barbilla.

El Hermano se acercó a ellos y comenzó a unirles los cuellos con la fría y sonora cadena (...) cuando estuvieron completamente atados, les ordenó que corriesen, en cuatro pies, en torno de la clase.

—Que aren, que aren, —gritaba.”

En el capítulo cinco se dice que al otro día, los castigados no fueron a la escuela: sentían “una pesada vergüenza sobre el alma.” Para curarse y convalecer en algo prefirieron irse a la colina del Pedestal a cosechar quiques, matar pájaros y sapos, y luego escuchar el sonido profundo del agua de la chorrera del Pedestal.

Sin embargo, ese día sería fatal para estas dos criaturas. Cansados de sus alegres travesuras, se acercaron al torrente; el sombrero de uno de ellos cayó al agua; al hacer el intento para salvar el sombrero, el muchacho cayó al agua; el otro muchacho intentó salvarlo, pero al estirarle la mano perdió el equilibrio y también cayó al torrente. “Luego, el viaje cruel y rauda, por la pequeña cascada, envuelto en la espuma inmaculada. Después, solamente el profundo roncar del torrente, reposado y solemne.

Este cuento de cinco capítulos termina con un epílogo en el que se da cuenta de la velación de los dos cadáveres de los niños en la capilla de la escuela. A los muchachos presentes les invade un silencio frío, aterrado, en donde las ganas de llorar y el rencor oscuro contra el querido Hermano se mezclan con el dolor y el sentido de culpa que sienten por haber sido parte en el castigo a los dos muchachos difuntos, el día anterior; pues, como

dice el protagonista del relato: “nos portamos a la altura de nuestras costumbres. Les dimos puntapiés, les escupimos, les pellizcamos, les arrojamos a la cabeza nuestras talegas de libros, les pisamos los dedos de las manos morenas pequeñas. Y el querido Hermanito, con la “melcocha” en la mano, dando saltos, los seguía, mientras los latigazos sonaban en sus nalgas puntiagudas, más altas que las cabecitas humildes y agachadas.”

El sollozo es el penúltimo cuento de **La manzana dañada**; Se trata de un muchacho andrajoso, Juan Antonio Zúñiga, hijo de Lorenzo Zúñiga, un viejo borracho que se vuelve alcohólico cuando muere su esposa a los tres meses de casados. Por el vicio del trago se queda sin propiedades; concibe a su hijo Juan Antonio en una de las hortelanas de la casa.

El muchacho, Juan Antonio, como una muestra de profundo amor a su padre borracho, se encarga de cuidarlo, mientras una de sus tías paternas le da el estudio en la escuela de los Hermanos Cristianos.

Lo triste de esta historia es de que Juan Antonio, que era buen estudiante, es expulsado de la escuela. Un niño así, hijo de una criada y de un borracho, no se lo podía mantener en la escuela; y no sólo porque los Hermanos habían decidido botarlo, sino porque “varias madres de familia, recatadas, cristianas y caritativas se presentaron en el despacho del Hermano Director a pedir la expulsión de ese muchacho producto del más infame vicio, para que sus hijitos no estuvieran expuestos a los malos ejemplos que

entrañaría la repetición de terribles escenas (...). Los Hermanitos se reprocharon profundamente por no haberlo expulsado antes y no vacilaron en hacerlo inmediatamente.”

El cuento concluye con la muerte del padre borracho.

El pequeño instrumento de la muerte es el sexto y último cuento de **La manzana dañada**. El protagonista, Segundo Rivera, es compañero de escuela del narrador omnisciente de este cuento. Estaba “en la escuela de los Hermanos Cristianos, apóstoles de la piedad hacia los hombres y de la compasión por los pequeños animales inofensivos, criaturas de Dios como nosotros”, dice el narrador de manera irónica al principio del relato.

Segundo Rivera era propietario de una carabina Remington, modelo U; se sentía el muchacho más orgulloso y feliz de la ciudad con su aparato de muerte. Su mayor gozo era matar toda clase de animales; y lo hizo con mayor gusto cuando el querido hermano Irineo, luego de leer un viejo tratado de zoología se le ocurrió “el entusiasta proyecto de fundar un museo de animales corrientes debidamente embalsamados.” Casi todos los días, Segundo le llevaba al Hermano animales cazados y embalsamados por él. Este acto le mereció la condecoración de medalla al mérito y cien notas por parte del hermano Irineo, por ser uno de los grandes entusiastas del museo, aunque mal alumno para estudiar.

Chamanas, añangos, sachamizhis, tumulles, chuquirillos, conejillos, ayamalas, sachapavas y

guanchacos habían pasado por sus manos de cazador experto. Sin embargo, no sólo la sangre de animales avivaba su risueña existencia de muchacho de doce años. Cuando iba a la colina del Calvario en busca de posibles venados, tenía que cruzar el río Zamora; ahí miraba atentamente a las lavanderas y pensaba que buen blanco serían, pero inmediatamente se deshacía de su mal pensamiento: Era un cazador, no un asesino, se decía.

Pero la muerte lo persigue, un domingo, camino a Zamora. “La muerte encaminaba el silencioso paso hacia el blanco mejor, el blanco humano (...) Cegado por una sombra roja, tendría firme el pulso, certera la mirada. Mataría. Dentro de él llevaba una turbia guiadora” que lo llevaría no a la muerte y caza de un venado, sino de un ser humano, de una pobre lavandera que frente a la presencia de su pequeño hijo que la acompañaba, se desplomaría, muerta, asesinada, sobre la corriente del río.

Así fue, el muchacho mató a la lavandera. La muerte había estado en él aquel “domingo, sobre el puente, en medio de la tranquilidad jubilosa del riachuelo desierto.”

“Él no lo había hecho. Había sido su mano, pero no él. Había sido su cuerpo, pero no él. Habían sido sus ojos, pero no él. Había sido su carabina, pero no él (...) Solamente así podía explicarse cómo pudo asechar, incansable, el momento preciso, sin que le temblara el pulso, sin que le flaqueara el alma un solo instante.”

Después del terrible susto del asesinato de la

lavandera, se internó en el bosque; regresó en la noche a la casa, más tranquilo ya, sin el arma mortal; la había dejado en el bosque para siempre. Nadie supo en la ciudad que él fue el asesino de la lavandera; ni sus padres sospecharon de tan terrible acontecimiento.

Esa muerte cruel le sirvió para curarse para siempre de su mal habida ansiedad de cazador empedernido. Comprendió que había sido “un pequeño instrumento de la muerte incesante.”

“Segundo no volvió a ir de cacería. Se tornó piadoso y dulce, gustaba de permanecer largas horas al lado de su madre, oyéndola tocar el piano y cantar sus tiernas cancioncillas vulgares.”

En la escuela poco a poco sus compañeros se fueron olvidando del duro cazador que como una imagen grotesca, con la ayuda del hermano Irineo, había quedado en todos.

Había desaparecido para siempre “el pequeño instrumento de la muerte” y hoy Segundo Rivera gozaba de paz e incluso del aprecio y simpatía de sus compañeros.

4. Parte final

Concluye así este sabroso trajinar relatístico de seis interesantes cuentos, cuyo eje temático, como queda demostrado, gira en torno a las prácticas religiosas y pedagógicas de los queridos Hermanos Cristianos, de origen francés, que en la recoleta ciudad de Loja y a principios del siglo XIX, “dis-

frutan” con la inocencia, travesuras, ocurrencias y experiencias pueriles de los niños que acudían a la escuela que regentaban, y en orden a las costumbres conservadoras del pacífico pueblo lojano de ese entonces.

El autor, don Alejandro Carrión Aguirre, en consideración a este motivo dinámico central autobiográfico, ha querido recrearnos con estas conmovedoras y pequeñas fábulas humanas que, tomando como pretexto el ámbito de la literatura, y en calidad de lectores atentos, nos puedan encaminar a una elocuente participación de niveles agudos de solaz entretenimiento y de conciencia crítica que el campo de la reflexión y el análisis ponderado puede ofrecernos en el ámbito de la formación humanística.

Pues, como señala Alejandro García Maldonado, *En torno a la manzana dañada*, “el poder de sugestión de sus fragmentarios capítulos es tal, y posee tal fuerza de expresión, que deja en el ánimo del lector la sensación de que no es menester agregar nada para lograr la obra completa, es decir, lo perfectamente elaborado.”

Loja, 01 de enero de 2006

LA ROMÁNTICA INQUIETUD DE MANUEL JOSÉ AGUIRRE SÁNCHEZ

1. Lectura, escuela y literatura

Los expertos señalan que la especie humana está biológicamente programada para el lenguaje narrativo; por esta razón, la lectura a través del arte de la palabra contribuye a la germinación de mundos imaginarios maravillosos, tiernos, exóticos, de salvación, de ensoñación y de recreación que nos invitan a vivir la metáfora de la integración y realización personal hasta lograr que aprendamos a entender al otro para poder vivenciar lo nuestro y lo ajeno, de manera que la lectura, y en especial la lectura de la literatura, nos encamine a una verdadera formación lectora.

El sistema de educación escolarizado aún no ha podido incorporar la lectura de la literatura en el aula para que contribuya a una auténtica formación de lectores; sobre todo para que se desarrolle la pasión, el gusto y la necesidad de acercarse autónomamente a la literatura.

Con sobrada razón, la bibliotecóloga colombiana Silvia Castrillón señala que se ha presentado a "la lectura como un ejercicio simple, fácil; con

actividades, muchas veces físicas, que desalojan la reflexión, el debate, o simplemente el necesario silencio para el diálogo interior a que invita la lectura”.

Y es que, según la misma experta, lamentablemente en la escuela la literatura apenas aparece como auxiliar de la enseñanza de la lectura y la escritura. Y en la secundaria, aunque gana autonomía sólo lo es para convertirse en objeto de conocimiento. En definitiva, la escuela y la literatura no han hecho un buen binomio. Mientras la literatura –siguiendo el criterio de Castrillón– apela a la libertad, a la transgresión, a la ambigüedad, a la recreación, al cuestionamiento, al debate y a las experiencias vitales de la vida; la escuela, en cambio, se identifica con la norma, con el artificio, con la rigidez, con principios establecidos, con la tradición y la imposición.

En la escuela, entonces, el buen lector y profesor de literatura necesariamente llega a transgredir las normas de la institución para que pueda compartir con sus alumnos la reflexión y el cuestionamiento de valores sociales e ideológicos; pues, la función estética de la literatura no es un mero adorno, sino algo tan esencial que a la par que forma lectores, fundamentalmente forma a hombres –varones y mujeres– auténticamente humanos, con conciencia de libertad, de compromiso creador y de autoafirmación.

La gran literatura, como ninguna otra disciplina, nos brinda una base humanística sólida, incluso hasta para que actúe éticamente frente al desarrollo

de las nuevas tecnologías.

Está claro que una relación más consciente y humana y la posibilidad íntima de descubrirse uno mismo para llegar a ser más y de otro modo, le es inherente al buen lector de literatura. Es tal la seriedad con la que debe tomarse a los libros en la misma medida en que se lo hace con las personas. Pues, ni la literatura u otra disciplina puede presentarse como lectura inofensiva o simplemente para apelar a la democratización del conocimiento y de la información. Como enfatiza Silvia Castrillón: Solo cuando la lectura es crítica e invita a la reflexión tiene valor liberador para el individuo y para la sociedad.

2. El romanticismo

Se cree que el primero en utilizar la palabra romanticismo, fue el poeta alemán Tieck para significar lo anticlásico en reacción contra la literatura y el arte antiguo grecorromanos. Desde entonces, lo que se pretende es romper todo vínculo que unía las leyes formalistas del clasicismo. En este orden, el romanticismo se convierte en un movimiento artístico e intelectual que aparece a comienzos del siglo XIX en Europa, sobre todo desde 1804 hasta 1815.

Lo que el romanticismo proclama fundamentalmente es la “expresión espontánea y la reacción enérgica de los sentimientos artísticos contra la fría abstracción racionalista”. (Martín Alonso). Una de las primeras premisas es el culto a los valores nacio-

nales y una total independencia religiosa, política y literaria. Al buen romántico lo que le interesa son los impulsos individuales y las impresiones; estamos ante un hombre eminentemente sentimental, lleno de fantasía y de melancolía. Su inspiración está en la fuente de las grandes emociones y en los ideales sinceros que fomentan la solidaridad de la religión del corazón.

El romanticismo cala tan hondo que el realismo, el naturalismo, el impresionismo, el simbolismo y el psicologismo no hubieran prosperado.

El romanticismo proclama el derecho del artista a seguir la voz de sus sentimientos. Hasta la ciencia da un gran paso en esa centuria que impone la especialización en el desarrollo de la técnica.

“El romanticismo es una liberación del arte y de la personalidad”. El “yo” será ahora, el centro del mundo del artista y por eso no puede admitir la sujeción a reglas exteriores. Nace el culto a una naturaleza que es la proyección de los estados de ánimo.

Nace —a través de la búsqueda del color local— un sentimiento de lo nacional en tanto se prefiere lo particular a lo universal. El amor forma parte esencial del ideal romántico junto con la idea de libertad, la gloria y el progreso. En el mundo de la subjetividad nacen el pesimismo, la nostalgia o la tristeza, que se proyectan sobre la realidad del mundo” (Alfredo Veiravé).

El romántico se preocupa también por el culto a lo histórico y arqueológico, de ahí la reconstrucción

de aventuras ubicadas en el pasado. Alfredo Veiravé habla de una manera de soñar con un pasado heroico que promete la felicidad al hombre sensible. En cuanto al amor, se trata de un amor idealizado, limpio, en el que “la mujer amada es un ángel que descende de los cielos para purificar el alma de los románticos”. Para el romántico la palabra debe ser pintoresca, musical, limpia y libre.

De otra parte, el romántico explota la vena exótica: exotismo de sueños, exotismo dramático y exotismo de observación a través de viajes a países maravillosos.

El romanticismo en España

El romanticismo en España abarca 20 años: desde la muerte de Fernando VII (1833) hasta mediados de la centuria. Su ansia de libertad los llevó a combatir duramente el neoclasicismo del siglo XVIII. Si antes los metros y las combinaciones estaban fijados para cada asunto, hoy el poeta los usa como quiere, sin descuidar el sentido del ritmo y de la musicalidad del verso.

El romántico español combate, asimismo, todo lo que signifique imitación de la antigüedad, sobre todo los temas mitológicos, y se vuelca a la naturaleza.

Si el poeta neoclásico fue objetivo, el romántico español es subjetivo, pues canta lo que está dentro de él, su ansia de vida y de libertad, sus penas, sus dolores y sus amores. Ya no aparecen los cantos en

honor a los dioses y héroes, sino que se exteriorizan los propios sentimientos del amor, de la naturaleza, de la patria y de la fantasía en general.

El poeta español da un vuelco a la edad media, buscando lo nacional a través de materiales históricos y estéticos para sus creaciones. Se busca a los héroes de gestas, y hay una inclinación por el catolicismo y por los temas exóticos vinculados con los árabes, tal es el caso de las 'leyendas moriscas' de Zorrilla. Entre los precursores están Cadalso, Cienfuegos, Gallegos y Blanco White. Y entre los grandes románticos: Larra, el Duque de Rivas, Espronceda y Zorrilla. Aparecen también Martínez de la Rosa, Hartzenbusch y García Gutiérrez.

En cuanto a géneros, en la lírica destacan brillantemente Espronceda como gran amante de la libertad y dueño de una fantasía fogosa y audaz. Fue a su vez, según Fermín Estrella Gutiérrez, "el cantor de los excesos y de las orgías, con un sentido satánico y báquico a la vez, que revela el fondo amargo y desesperado de su espíritu. En sus dos extensos poemas: El estudiante de Salamanca y El diablo mundo, lo mejor y más perdurable de su obra". El otro lírico es Bécquer, portador de una imaginación fecunda y multiforme, quien en sus Rimas, expresa la más honda inquietud de sus sueños, amarguras, dolor y desesperada tristeza a través de una bien marcada musicalidad en la que los versos son dichos con la mayor sencillez.

En la épica sobresalen el Duque de Rivas y José Zorrilla. Zorrilla hizo evocación histórica explo-

rando el pasado medieval español, las leyendas cristianas y moriscas de la edad media, escribiendo como si cantara.

En el teatro sobresalen el Duque de Rivas, García Gutiérrez y Hartzenbusch. El Duque de Rivas triunfó con su obra dramática *Don Álvaro o la fuerza del sino* (1835). Sus poemas son largos y de asunto histórico y con unos cuadros de costumbres bien trazados, aunque sus diálogos son altisonantes y ampulosos. Antonio García Gutiérrez también se adentra en asuntos históricos o legendarios con un lenguaje sonoro. Alcanzó fama y popularidad con la obra *El trovador*. Juan Eugenio Hartzenbusch triunfa con su drama *Los amantes de Teruel* (1837). Su poesía es directa, pulcra y entretenida. En la prosa sobresale Mariano José de Larra con sus 'artículos de costumbres', que son su obra maestra. Describe con maestría los objetos, lo grotesco y lo ridículo de la sociedad española de su época. Larra es un crítico, sabe juzgar pero de una manera despreciativa e irónica. Rehuyó de todo lo falso, lo pequeño y ruin de su época. En sus 'artículos de costumbres' atacó los males de la política y las costumbres retrógradas con mucha agudeza y con un estilo sobrio, incisivo y directo, sin poses estrambóticas ni adornos inútiles.

El romanticismo hispanoamericano:

El romanticismo hispanoamericano surge en medio de una inestabilidad social, de despotismo y de guerras civiles, por eso se lo conoce con el nombre de anarquía. El romanticismo se extiende desde 1830 hasta 1860, aproximadamente, en un primer grupo denominado romanticismo social; y, un segundo grupo, llamado romanticismo sentimental, que comprende desde 1860 a 1890.

El romanticismo social está sustentado en el liberalismo que nace —según Alfredo Veiravé— con el enciclopedismo del siglo XVIII y con las ideas de libertad y democracia. Los escritores de esta tendencia están al servicio ideológico de las corrientes liberales.

El romanticismo sentimental intenta conocer al lector a través de un mundo eminentemente subjetivo. Las descripciones son de carácter espiritual y al paisaje lo idealizan hasta situarlo en un regionalismo.

Al igual que en Europa, el romanticismo hispanoamericano adquiere las mismas características, esto es: egocentrismo, excentricidad, inspiración, individualismo e imaginación. Y entre los grandes temas destacan el sentimiento por la naturaleza, los estados propios del amor idealizado y la búsqueda de lo exótico.

Entre las obras más destacadas de las generaciones románticas hispanoamericanas, podemos señalar, siguiendo a Alfredo Veiravé, en el

Romanticismo social:

Poesía.- Esteban Echeverría (Argentina, 1805-1851) con *La Cautiva*, 1897.

José Eusebio Toro (Colombia, 1817-1853), *Poesías*, 1837.

Novela.- Gertrudis Gómez de Avellaneda (Cuba, 1814-1873), *Guatimozín*, 1846.

José Mármol (Argentina, 1817-1871), *Amalia*, 1851.

Ensayo.- Domingo Faustino Sarmiento (Argentina, 1811-1888), *Facundo*, 1845.

Romanticismo sentimental:

Poesía.- José Antonio Maitín (Venezuela, 1814-1874), *Obras poéticas*, 1851.

Rafael Pombo (Colombia, 1833-1912), *Poesías*, 1854.

Gregorio Gutiérrez González (Colombia, 1826-1872), *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*, 1866.

Manuel Acuña (México, 1849-1873), *Nocturno a Rosario*, 1873.

Olegario Víctor Andrade (Argentina, 1839-1882), *El nido de cóndores*, 1877.

Juan Antonio Pérez Bonalde (Venezuela, 1846-1892), *Al Niágara*, 1880.

Juan Zorrilla de San Martín (Uruguay, 1855-1931), *Tabaré*, 1888.

- Novela.-** José Blest Gana (Chile, 1830-1920), *El ideal de una calavera*, 1863.
 Jorge Isaacs (Colombia, 1837-1896), *María*, 1867.
 Manuel Altamirano (México, 1834-1893), *Clemencia*, 1869.
 Juan León Mera (Ecuador, 1832-1894), *Cumandá*, 1879.
 Manuel de Jesús Galván (Santo Domingo, 1834-1910), *Enriquillo*, 1879.
- Ensayo.-** Ricardo Palma (Perú, 1833-1919), *Tradiciones peruanas*, 1872.
 Juan Montalvo (Ecuador, 1832-1889), *Las catilinarias*, 1880.
 Eugenio María de Hostos (Puerto Rico, 1839-1903), *Moral social*, 1888.
 Enrique José Varona (Cuba, 1849-1933), *Ojeada sobre el movimiento intelectual de América*, 1878.

3. Visión argumental y romántica de la novela ***INQUIETUD***

Hemos señalado en el primer apartado la importancia que la lectura implica en el desarrollo formativo, vital de todo ser humano, y hemos señalado algunos rasgos esenciales del romanticismo porque la novela *INQUIETUD* del doctor Manuel José Aguirre Sánchez fue escrita bajo la influencia de esta corriente literaria, aún en boga y con una marcada influencia en un buen sector de intelectuales

de principios del siglo XX en el Ecuador.

Bajo estas circunstancias es necesario que, si queremos adentrarnos desde una óptica de buen lector de literatura, nos ubiquemos desde las coordenadas del romanticismo.

Inquietud es una novela escrita en 1926, y publicada por primera y única vez en la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, núcleo de Loja, en 1992. Es una obra romántica más o menos extensa, escrita con cierta solemnidad lingüística, y que desde el romanticismo recoge largas descripciones y uno que otro diálogo en el que se deja entrever la problemática humana de unos personajes que con sus pasiones, sus inquietudes, sus temores, sus amores, sus sueños, en suma, enmarcados en el tráfigo de la vida ordinaria, generan una gran historia romántica, en cierta medida, conservadora y reproductora de hechos y costumbres típicos de la época en que se desarrollan, desde la ficción, la fábula y la trama románticas de INQUIETUD.

La novela empieza con un 'proemio', es decir con una especie de introducción en la que, desde la primera línea se le "canta" a la naturaleza con el mejor estilo romántico:

*Que todo en ti es inquietud, tierra de América:
Inquietud en la montaña ignívoma y en el crepitar
de las selvas; en el rugir de los ríos, en el atronar
de las cascadas y en el hervor de las almas.*

Le recordamos al lector, que una de las grandes características del romanticismo es el culto y exaltación a la naturaleza. Usted, al leerla, será testigo

de esta realidad a lo largo de toda la novela.

Luego del 'proemio' viene la *Jornada primera* que describe el escenario mayor de la novela: la hacienda La Giralda, "*hermosa y dilatada finca, de calcinados valles y cumbres nevadas, vinculada antaño a su nombre y transmitida, por mayorazgo, de generación en generación, desde la edad homérica de la conquista del suelo americano*", en donde vive don Fernando de Azara, su esposa y su hijo Alfonso conjuntamente con los colonos que trabajan en la hacienda.

Don Fernando, el patrono de la hacienda, hombre profundamente honrado y católico, "*creía que sólo la religión preserva del mal y de las corrientes corruptoras*". Y antes que patrono, era un verdadero padre con todos:

Don Fernando era el padre. Como padre, amaba, ayudaba, se preocupaba porque a nadie —le— faltara lo necesario para el sustento; era padrino de bautizos y de bodas, acompañaba a los muertos hasta el cementerio... Era, pues, muy natural que reprimiera abusos y coartara malos instintos. Se lo agradecían todos, en la quietud patriarcal del fundo.

La esposa de don Fernando era una señora ordenada cuya principal actividad se centraba en mantener la casa limpia; se preocupaba por todos los detalles y la economía del hogar:

Era absolutamente retraída, helada: Un volcán apagado. Hermosa la tez de marfil, el perfil impecable, clásico, como el del Cuadro de la Dolorosa; los vestidos negros, los cabellos blancos, la ma-

jestad de la estatura, los modales aristocráticos, suaves, la voz henchida de temblores, con alma de lágrimas...

Alfonso, el hijo, aún niño fue enviado a estudiar en el Seminario, de donde saldría después de seis años de estudio, sin haber visto casi a sus padres sino sólo cuando se trasladaban a la ciudad para visitarlo.

Esta primera jornada termina con el envío de Alfonso a la capital, para que inicie sus estudios universitarios, *“dejando apuñalado el corazón de su padre, sumida en la angustia a la anciana madre que, con intuición desconsoladora le decía entre el postrar beso: ¡Que seas bueno!... ¡Ya no volveré a verte jamás!...”*.

En esta primera jornada son típicos ya los rasgos románticos: la naturaleza, la religión, el pasado heroico y la proyección subjetiva de estados de ánimo: nostalgia y tranquilidad, una honda sensibilidad para ver el mundo, tensión y ejercicios espirituales, lágrimas, retraimiento, un aire de tristeza evocadora y soledad a raudales, en especial en Alfonso, dada su reclusión de estudios en el seminario.

La Jornada segunda: En la ciudad, el bullicio, la ansiedad, los compromisos absorben. El campo es vida, atrae: la paz, el sosiego, la calma son opuestos a la vida citadina. Los atractivos, la distracción, la bohemia, los paseos, vida social disparatada, “muerte completa de la fe, de la ingenuidad y del romanticismo”, en fin son los rasgos típicos de la ciudad capital que afectan *“hondamente el carácter*

de Alfonso Azara; hurtándole del alma todas las alegrías de las mocedades; robándole del corazón la antorcha viva de los plácidos romanticismos."

La corrupción y el vicio en la ciudad se contraponen a la actitud romántica y religiosa que se respira en el campo. La vida intelectual que Alfonso lleva en la ciudad fue absorbida por la *"popularidad callejera de gacetilla, y el amor en el deleite del sentido; su espíritu delicado y noble, creyendo que eso era lo único en el mundo, acabó por abatir las alas y enfangarse en el cieno, sin columbrar todo lo que de divino flota en la conciencia humana."*

A pesar de ello, su lucidez y talento brillaron en las labores universitarias y su fama de escritor y poeta fue reconocida por *"intelectuales de mérito, pero corrompidos hasta el exceso."*

Entre la vida del placer fugaz y la gloria de su pujanza intelectual perdió a sus padres:

"Su madre había muerto al segundo año de la ausencia, casi sin recibir cartas del ingrato, marchito el corazón por la frialdad del existir helado en la casona solitaria."

Desamparado, solo, dedicado al placer de las hetairas, del alcohol, del opio y a sus orgías, la vida de Alfonso se consumía sin sentido: *"Equivocó la ruta. Creyó haber nacido para brillar, para triunfar, para ser el primero en el palenque de la lidia política tan abominada de su padre."*

De pronto toma la decisión de enderezar su vida:

Abandonar a sus locos compañeros de bohemia,

que le mataban el alma; olvidar sus amores repulsivos, truncar esa carrera que ningún porvenir le presentaba; tornar a la heredada hacienda, y dedicarse al estudio privado, a la contemplación de la naturaleza, al cultivo del campo, al arte, a las flores... Heríale a matarle la nostalgia de un amor quinceañero, de una pasión del alma, de una mujer ideal, casta, pura, amante, con quien compartir las lágrimas y las sonrisas, en cuyo pecho reclinar la cabeza blandamente y adormirse como un niño, al rumor de las palabras tiernas.

Como le compete a todo buen romántico, “*cerraría para siempre el recuerdo de esas horas de angustia y de infortunio*”. “*Sería bueno, útil a los demás*”.

Regresa al campo, a su hacienda heredada que había quedado al cuidado de su tío paterno Ignacio y de su prima Hilda, hija de don Ignacio.

Don Fernando había dejado muchas deudas ocasionadas por los gastos que implicaba mantener a Alfonso en la capital. “*Ingrato, jamás pensó en su tío ni en su prima. Y ahora estaban allí aguardándole, amorosos, tiernos. No estaba solo. Tenía aún calor de hogar, regazo de familia*”.

“*La dulcísima visión del viejo valle*”, “*la pena de sus padres, y la gratitud del amor con que sus parientes le esperaban*” le reanimaron a seguir creyendo en la vida, y fundamentalmente en sí mismo.

La Jornada Tercera se reviste de dolor, de llanto, de tristeza y de recuerdos: A los años Alfonso está

otra vez en casa. Sabe que en su casa puede volver a empezar:

La vida digna, pura, se le presentaba más hermosa que sus más hermosas ensoñaciones, y todo podía remediarse, corregirse los nervios, fortalecer el cuerpo, depurarse y purificarse el alma en ese ambiente paradisíal de ingenuidades, amor y virtudes.

Y en verdad, en la hacienda todo cambia. En esta ocasión es el candor, la pureza y el alma sensible de Ilda que presta acude, con su hermosura, a socorrer a su primo Alfonso:

Qué hermosas manos para cicatrizar todas las heridas espirituales, para calmar todas las inquietudes, para sedar las angustias todas. Qué bello quemarse en el incendio de ese fuego de sol. Ser una partícula de ese astro espléndido, entrarse dentro de su corazón y dormirse allí, tranquilo para siempre...

Así, Hilda y la hacienda representan la pureza en donde Alfonso podía purificarse. Luego todo fluye desde la inocencia y el amor casto de Hilda que reconstruye la vida azarosa de Alfonso: “Ese abrirse las almas al sol de ese amor, eterno en Ilda, inocente y casto; vehemente, ardoroso y purísimo en él, en ese corazón de fuego en que todo sentimiento nacía de súbito, sin vacilaciones ni reticencias.”

Y en ese ambiente bucólico de La Giralda, en ese paraíso de ensoñación, “los dos sintieron la eternidad de la dicha”. Alfonso “comprendió el pudor de la amada”:

“-Sabes, he jurado no salir ni entrar a la casa, sin que me beses. Voy a pasear, pensando en ti. Aquí no cabe mi dicha. Necesito expandirla en la pampa, en la cumbre, írsela a contar a la selva, al río...”

Y luego, ese romanticismo que evoca el culto a la idea de libertad, de gloria, de progreso y de lo histórico; por eso, en este apartado, es decir en esta tercera jornada de la novela, aparece el dato histórico: la vida de la familia Azara, desde sus antepasados, allá en España, la conquista, la colonia y, finalmente, la generación actual (para ese entonces, en el espacio y tiempo de la novela) de don Fernando y cómo llega a instalarse en la hacienda La Giralda con todo el historial de su familia hasta aquí descrito.

La Jornada Cuarta. Ilda y Alfonso, coincidentalmente, llevan el nombre de los fundadores de la familia. El romance, la querencia, el uno para el otro, en esta jornada se acentúa, hasta llegar a exclamar de parte de Alfonso a su amada: *“Sólo en ti hay calma y alivio para las dolencias de mi alma... Creo que estoy algo loco. Tú me has de curar, ¿no es verdad?...”*

El contacto con la hacienda, es decir, con la naturaleza, al aire libre, es para Alfonso acercarse a Dios, trocarse en fervoroso creyente. Salir de este ambiente es volverse incrédulo. Por mucho tiempo no había asistido a ninguna práctica religiosa: hacerlo fue volver a la vida; significaba revalorar a los suyos, renovarse él como persona. Desde Dios podría amar a los demás. *“Ya lo sabía su padre:*

Hombre de corazón jamás es hombre irreligioso; porque la religión es el corazón, es Dios”.

En la hacienda, con Dios, con Ilda, Alfonso aprendió a llorar de felicidad. Incluso, le fue posible enfrentar *la pérdida de la hacienda. Un día, con gran aparato de justicia, alguaciles, abogados y todos los curiales, terror de los pobres, poderoso amparo de la legalidad y el derecho... de los grandes, llegaron a profanar `La Giralda` y entregar el fundo a los nuevos propietarios.(...) Ese suelo, pues tan lleno de tradiciones, de recuerdos, sagrado por la historia de hazañas de que fuera teatro; esa tierra en que se mezclaron la sangre del inca rebelde y del aventurero ibérico.*

Ilda consolaba al amante, y así como en la hermosura del seno tibio, de la boca fragante le había brindado con todos los encantos de la felicidad, ofrecíale ya su hacienda cercana. Allá habrían de ir a vivir, a gozar de su dicha. (...) para él, la patria estaba en el corazón, y el corazón en Ilda; ella era su patria, su cielo, el ambiente mismo de su existencia.

La tierra, aunque ya no era la suya, seguía siendo suya porque Ilda, su Ilda, su amada, era la que le ofrecía su vida con todo lo que ella tenía: sus tierras y su corazón estaban con él. El idilio, la querencia se trasladan también a los colonos, a los que trabajaban en la hacienda: esas personas eran muy queridas para los patronos, y los patronos sabían apreciar el valor de sus trabajadores:

El viejo mayordomo, que era también el funcio-

nario civil de la parroquia, había llorado esa tarde de placer, al saber que él actuaría en la ceremonia civil, no cabiéndole en el pecho el orgullo de felicidad tan inverosímil para su fidelidad humilde.

Después de quince días, la bendición de Dios vertería a raudales sus efluvios sobre la nueva familia, y nada faltaría para rodear de esplendor y comodidades, de ventura y alegría el nuevo hogar sonriente y enflorado...

Se sella así, como en toda buena novela romántica, ésta, quizá, una de las características de mayor valor: la presencia del orden religioso que es la que establece la armonía, la paz, la solidaridad, y sobre todo la presencia de la vida plena en los amantes. Con la bendición del matrimonio la mayor felicidad humana estaba consumada: lo que queda es la gratitud, enorme, trascendente, a ese ser absoluto que todo lo puede, y que se hace patente a través de la oración, como signo de mayor agradecimiento que los hijos pueden dar a este Padre amoroso:

Oraba; oraba largamente, en el templo, en la selva, en el jardín; bendecía a Dios, agradecía a Dios tanta ventura, no alcanzando a comprender que la bondad divina, que el amor divino, pudiera hacer caber tanta felicidad dentro de un solo corazón.

En medio de esta enorme felicidad de vez en cuando el remordimiento por su vida pasada en la ciudad, en la capital, no le permitía considerarse digno de ser feliz. Pero como el amor a Dios todo lo puede: *“Volvióle en poco tiempo todas las energías juveniles, la robustez física, el optimismo, la*

fe en el porvenir y en la gloria...". "Ya tenía todo: bienestar material, amor, gloria, ventura; ya nada pedía, nada más ambicionaba."

Pero como en la vida humana nada es eterno, aquella dicha de los amantes llegó a su culmen con la enfermedad de Ilda:

El paludismo, en su forma más perniciosa, se enseñeó de aquel organismo robusto. Convulsiones, estertores, las mejillas lívidas, contorsionadas y apretadas las mandíbulas, perdida bajo el velo de seda de los párpados amoratados la brillantez de las pupilas... ¡Y aquel cuerpo hermoso, destellos de la divinidad, santuario de Dios, templo del Amor, era cadáver helado, sin alma, sin sonrisas, sin besos, sin ternuras!

Pues, la felicidad suprema de los amantes pasó a otro plano. La muerte de Ilda *"con su sangre ardiente y perfumada, perdió el conocimiento, para despertar allá, donde todo es luz, donde no hay miserias ni dolores, donde la felicidad suprema, sin límites, es premio a las inmensas amarguras de la peregrinación terrera..."*

Se cumple así el ciclo romántico en su máxima expresividad de fatalidad en la tierra y de felicidad en la eternidad: el ser amado muere en esta tierra para alcanzar la dicha eterna en la otra tierra, en el cielo, allá en la morada de Dios.

La *Jornada Sexta* es la última jornada o capítulo de la novela, que se cierra con otra característica del romanticismo: el carácter heroico, bélico que deben tener los personajes y los ambientes.

Alfonso casi muerto de dolor por la pérdida de su amada, y luego de varios días de encierro en el cuarto que había sido aposento de su amada, partió a la guerra junto con sus amigos militares, con los cuales había sido compañero en la universidad: pues se había declarado la guerra civil: *“era la lucha entre hermanos, entre hijos del mismo suelo, que debieran ser apóstoles del mismo ideal”*.

A don Ignacio, el tío de Alfonso, y que era ya el único pariente que le quedaba, la oficialidad que se había alojado en la hacienda esa noche para descansar, le permitió que se quedase; estaba ya muy anciano y sólo esperaba morir en su hogar, *“tranquilo, sin abatirse, sin doblegarse, resignado, heroico, porque (los militares) le concedieron morir allí”*.

Las tropas partieron de la hacienda y con ellas Alfonso, su vida, sus recuerdos, su todo y su nada. Su alma ya no era de Ilda, era de soldado, y como soldado iba convencido de la santidad de su decisión y de la eficiencia de su sacrificio. (...) Morir como héroe, recibir dentro del hervor del cráneo el frío glacial del proyectil, y caer, y extenderse, y extinguirse entre rojo lago... ¿para renacer?

Si Alfonso ya no tenía con quien compartir, pensó que en la guerra *“había donde morir con gloria, por la felicidad, por la grandiosa causa de la regeneración social, allí moriría.”*

Sus labios ya no oraban pero en su pecho latiendo encendida la fe del porvenir, dábale arrojo para caer entre el fragor de la lidia, contribuyendo

con la renunciación de la vida a la causa de la humanidad...

Si hay un más allá, será mejor que el existir sobre la tierra. Si no lo hay, ¡que hermoso descanso el de la Nada!...

Y así es, así termina *Inquietud*, al igual que *María* de Jorge Isaac, o *Cumandá* de Juan León Mera —novelas románticas por antonomasia—; sus personajes terminan en la nada: la muerte los transporta a las regiones del olvido en cuanto su accionar temporal novelístico se extingue, pero también quedan para la eternidad novelística, para el recuerdo, porque en el papel quedan para siempre consignadas sus andanzas, su accionar, para que la historia humana, desde la actitud de una lectura crítica, meditada —no sólo recreativa— y proyectivamente humana nos permita valorar el aporte intelectual que en su tiempo pudieron brindar desde la literatura los novelistas, como en este caso concreto, el que Manuel José Aguirre Sánchez nos proyecta desde la vertiente del romanticismo.

4. Nota biográfica

Los datos de mayor trascendencia del autor de *Inquietud* constan en la contratapa de esta novela publicada por la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión núcleo de Loja, en 1992. Esos datos los recogemos aquí:

Manuel José Aguirre Sánchez, abogado, nació en Loja el 15 de mayo de 1896, cursó sus estudios

secundarios hasta graduarse de bachiller, a los 14 años de edad, en el Colegio Bernardo Valdivieso de dicha ciudad.

Se graduó de Doctor en la Universidad Central y de Abogado en la Corte Suprema, en Quito, a los 21 años, con la más alta calificación.

En su labor literaria obtuvo a los 14 años el primer premio por su poema "El canto a la raza".

Cuando universitario en Quito, desarrolló su conferencia "América" en la Universidad Central.

Entre sus principales obras podemos citar el poema "Bolívar", laureado con violeta de oro, en Quito, en 1926.

Ejerció los cargos de secretario de la Dirección de Estudios, agente fiscal, concejero municipal, secretario de Gobernación, diputado al Congreso Nacional de 1920, presidente de la Municipalidad, procurador de Instrucción Pública, profesor universitario en Loja a los 23 años de edad, jefe político, juez letrado de Hacienda, profesor de Literatura, defensor municipal, vocal de la Junta Administrativa del Colegio de Loja, procurador síndico municipal, diputado por Loja a la Asamblea Nacional Constituyente de 1928-1929, jefe del departamento de Previsión Social y Trabajo del Ecuador.

Durante este tiempo elaboró la actual Legislación del Trabajo vigente en la república, la cual fue expedida por la dictadura y ratificada en la Convención.

Fue miembro vitalicio de Honor de la Academia de Historia Universal de París, puesto que obtuvo

por su conferencia “El último César ante el ideal humano”, dictada en 1921 en el centenario de la muerte del emperador Napoleón.

Revistas y periódicos han publicado gran parte de su obra, habiéndose distinguido como fundador de “Vida Nueva”, “Germinal”, la revista universitaria de Loja “La Época” y algunas más.

En 1927 dictó en el Teatro Sucre de Quito, su conferencia sobre “El obrerismo ecuatoriano y sus problemas”.

En la Universidad de Loja dictó la cátedra de Derecho Internacional, habiendo tenido antes a su cargo la de Economía Política y Ciencia de Hacienda.

Su trabajo profesional fue de primer orden. A su muerte, acaecida en 1 de enero de 1942, desempeñaba el cargo de profesor en la Universidad de Loja y era considerado uno de los más distinguidos abogados de la república.

Loja, 01 de mayo, día del Trabajo, de 2006

**MANUEL YGNACIO
MONTEROS VALDIVIESO:
VIDA Y OBRA DE EUGENIO ESPEJO**

Manuel Ygnacio Monteros Valdivieso (Loja, 1904/La Habana, 1970) nos presenta un trabajo erudito, quizá el más completo que sobre la vida y obra de Eugenio Espejo se haya escrito hasta la presente fecha. La personalidad íntegra del sabio indio Chúzhhig es analizada con amor reverente y con una admiración sorprendente a lo largo de un millar y más páginas que comprende esta monumental biografía espejiana, en la cual Monteros Valdivieso derrama toda su pasión para destacar con entusiasmo exhaustivo la obra de uno de los genios más ilustres que haya existido en la época colonial en tierras de lo que más tarde será Ecuador.

La figura de Espejo discurre sobria y prominente a través de la pluma asidua y clarividente de Monteros Valdivieso, el cual demuestra ser un investigador y escritor infatigable, autor de numerosas obras biográficas y ensayos científicos en el campo de la medicina.

Su larga trayectoria en la cátedra de Histología en la Universidad de La Habana avalan su desempeño académico excelso y de intelectual incomparable.

Sólo un hombre así, eminente en el ámbito de la ciencia pudo haber elaborado un estudio biográfico completísimo sobre Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo.

El doctor Monteros Valdivieso divide su estudio en cuatro grandes partes y en un total de dieciocho capítulos que le son ampliamente suficientes para destacar la vida intelectual, política, social y familiar del sabio quiteño Espejo, con un estilo de germen fecundo, claro, fluido, a veces incisivo, duro en el tratamiento de ciertos temas, sobre todo cuando de los conquistadores y del clero hace referencia; pero muy consecuente con sus principios ideológicos para, sin tapujos, describir magistralmente la vida del sabio y polémico Espejo.

En toda la obra se siente la palabra viva tanto del autor como del biografiado, de manera que el lector queda gratamente impresionado en la medida en que se va enterando de cada uno de los pormenores que con lujo de detalles aparecen sin dificultad en esta penetrante y erudita biografía.

En el primer capítulo, Monteros Valdivieso empieza relatando la vida honesta y de humilde procedencia de los padres de Espejo. El autor hace aquí un análisis de los cruces de sangre que tuvo Espejo. Luego arremete duramente contra los conquistadores y defiende a los indios del canibalismo del que se los acusaba, y más bien señala que quienes eran caníbales fueron los conquistadores. Asegura que la ociosidad del indio no es más que un mito inventado por los clérigos, los cuales nunca estuvieron

preparados para educar al indio sino para enseñarle el catecismo a punta de látigo. En este orden, el punto de vista de Monteros Valdivieso consiste en destacar que ni los conquistadores ni el clero fueron gente de bien. En estas páginas aprovecha también para ridiculizar a García Moreno.

En el mundo hostil de la colonia, época en la cual el indio fue tratado como un animal, crece Eugenio Espejo con un autoesfuerzo supremo y constante para educarse. Dice el autor que como Eugenio Espejo no soportaba la injusticia, expresa su anticonformismo de varias maneras, tal como se analiza en toda la biografía, por lo cual se granjea muchos enemigos.

En el capítulo II se destaca los valores del **NUEVO LUCIANO DE QUITO**, primera obra escrita por Espejo a los 32 años de edad. Es un libro que contiene enseñanzas y moralejas, escrito con un fino espíritu burlón; con su agudo sentido crítico arremete contra las lacras y escorias humanas. Monteros asevera que es una de las obras antiguas de crítica.

En torno a **MARCO PORCIO CATÓN** deja en claro que Eugenio Espejo es su único y verdadero autor. Sobre la **CIENCIA BLANCARDINA** cuestiona los puntos de vista expuestos al respecto por el obispo e historiador Federico González Suárez. Asimismo, aprovecha para criticar las indulgencias concedidas a los feligreses por la Iglesia Católica. Expresa que la decantada absolución de los pecados es un truculento negocio, y arremete contra los sacerdotes acusándolos de embaucadores por autonominarse

representantes de Dios en la Tierra. Su posición contra la Iglesia, como luego podrá apreciar el lector, es dura.

EL RETRATO DE GOLILLA dice ser un opúsculo venenoso y de proyección política; es la causa y origen de sus persecuciones, prisiones y destierros futuros. En **DEFENSA DE LOS CURAS DE RIOBAMBA** sostiene que Espejo descuella aquí como jurista y estadista. Sin embargo, Monteros Valdivieso no le perdona a Espejo que se haya responsabilizado de escribir —según sus palabras— este mamotreto de infundios mal zurcidos. En estas cartas se hace un análisis de la conducta amorosa y maliciosa de una dama llamada Manuelita.

En **PRIMICIAS DE LA CULTURA DE QUITO** se evidencia su titánico esfuerzo para producir dicho periódico. Luego habla del origen e historia del quino. En este capítulo el autor concluye indicando que Espejo fue un sociólogo que mantuvo enhiesto su dedo acusador apuntando siempre hacia el presente y futuro de la nación quiteña.

El capítulo III denominado “Conformación mental de Espejo”, describe el ambiente de lucha y de dolor que padeció Espejo como hombre plural en cuanto fue siervo y emancipado, agrio y melifluido, diabólico y angélico, modesto y ostensiblemente orgulloso, soberbio y humilde, audaz y tímido. En fin, Espejo fue un adelantado de la cultura, por eso desentonó con la época. Tuvo contados amigos, hablaba poco. Era solitario y astuto, dinámico y melancólico. Mentalmente anárquico pero lúcido

en los fines que perseguía. Tenía una imaginación poderosa y fecunda.

Manuel Ygnacio Monteros sostiene que el perfil de su personalidad pertenece al campo teórico: el único apoyo para desentrañar su personalidad son sus libros. Por ellos se conoce que no gustaba de la publicidad, pero tampoco desdeñaba las alabanzas; aunque las prefería que vengan de personas de integridad moral. Monteros sostiene que Espejo físicamente era de estatura regular, de rostro serio, de aspecto inquieto y con un brillo en los ojos que engañaba; cara y nariz larga, moreno y con un hoyo en el lado izquierdo del rostro. Asimismo, el autor hace un análisis grafológico de su firma y de su letra. Finalmente, en este capítulo se detalla la iconografía espejiana hecha hasta 1947.

En el capítulo IV denominado "Manitas de libertades amerindias", Espejo aparece como precursor de un ideario demoliberal, como un caudillo de libertades. Todos sus escritos, dice Monteros, están encaminados a despertar la sensibilidad patriótica de los quiteños de su época. En este sentido, Espejo cumple con dos misiones importantes: médico y emancipador genuino, heraldo de libertades, soldado emancipador de naciones, auténtico corsario de la libertad.

El autor habla de cómo y por qué lo tomaron preso: lo acusaron de perturbador de la paz pública. Pues, no hay duda de que hizo proselitismo a través del panfleto, el pasquín, el anónimo. Dice Monteros, recogiendo la opinión de González Suárez, que fue

el principal promotor en la conjura de emancipar las colonias españolas para constituir las en naciones con gobiernos libres, soberanos y demorrepublicanos, como los instalados hacía poco en Estados Unidos y Francia. Eugenio Espejo también clamaba por la nacionalización del estado eclesiástico. Sostenía que para que haya progreso cultural debe haber hombres con ideas y conceptos liberales, eclesiásticos y dúctiles.

Eugenio Espejo fundó la Escuela de la Concordia, la cual era un círculo cívico que posteriormente se denominó Sociedad Patriótica de Amigos del País de Quito. En ella se proclamaba “la unificación de afanes, la cohesión de ideas afines, la estimulación del amor propio y el fortalecimiento del orgullo nacional”. Esta escuela sería el nido y germen de las nuevas concepciones sociopolíticas. De esta sociedad fue producto el periódico **PRIMICIAS...**

Monteros sostiene que Espejo es el plasmador y fomentador del Derecho Internacional Panamericano. En otras palabras es el fundador de la auténtica democracia en América.

“El humanismo de Espejo” es el quinto capítulo en el cual Espejo aparece como un humanista y humanitarista íntegro. Creía en la fortaleza y voluntad creadora del hombre. Ridiculizó los vicios de la sociedad y fustigó al disoluto clero. Su pensamiento político tendía hacia las nuevas corrientes sociales. Monteros Valdivieso tiene especial cuidado en describir una lista de autores y libros que ejercieron especial influencia en su formación humano-so-

cialista. Sostiene Monteros Valdivieso que Espejo ponderó el colectivismo como una entidad social beneficiosa para el desarrollo de los pueblos. Por este antecedente se deduce que Espejo es el precursor del agrarismo en el Ecuador. Pues sus ideas políticas y sociales estaban ampliamente cimentadas en el conocimiento pleno y dominio que del pensamiento filosófico, científico y crítico tenía; por eso se puede afirmar que era un socialista liberal, un ardiente demócrata nacionalista. Monteros cree que fue un ecléctico librepensador, puesto que no profesó una escuela definida; por lo tanto sería erróneo ubicarlo en los predios del socialismo puro.

En el capítulo VI, “De la mujer y el hombre”, Monteros repara en un Espejo con una expresión tierna a favor de la mujer. Habla de la hermosura como un don precioso emanado de las manos de un ser perfectísimo, y de la suerte que les espera a las ‘chiquillas’ agraciadas y no agraciadas. Espejo también se expresa de la hermosura del hombre y dice que los feos no sirven, causan espanto. Espejo anhela que el género humano alcance un máximo de perfección, que no adolezca de enfermedades que deterioren su robustez o mengüen su acuciosa estampa. Por lo tanto —desde la misma óptica del ideal griego de ‘mens sana in corpore sano’, la belleza y óptima salud deben resplandecer en los semblantes de ambos sexos. Espejo aspiró siempre a la “selección” del linaje humano por los caminos de la higiene.

Monteros Valdivieso dice que Espejo fue célibe

de por vida: no pasó de la mera contemplación de los encantos físicos femeninos. Según E. Garcés, no se vislumbra en sus obras algún amor que haya tenido Espejo. Por lo tanto fue tímido en los lances de la afectividad hacia la mujer; y se consagró más bien a amar la vida en soledad. La mujer como hembra, dice Monteros, no existió para Espejo. Cree que una timidez sexual adquirida lo venció, o pueda que unas mal curadas viruelas o una descuidada enfermedad venérea, o tal vez la presencia de un amor platónico frustrado incidió para que el indio Espejo sea indiferente con las féminas. Desde luego que tampoco se vanaglorió en despreciarlas ni en subestimarlas; más bien, en CARTAS RIOBAMBENSES, con el corazón puesto de hinojos, estampa salmos a la lindura de las mujeres.

El capítulo VII recoge un “Anecdótico, sátiras, censuras” que flamea casi en toda la obra. Pues, la ironía y la sátira fueron su bocado predilecto. Monteros aprovecha en este capítulo para reflexionar sobre la medicina y los médicos que hubo en la época. Habla del analfabetismo médico y de la irresponsabilidad del médico falsario, de la coacción, de los abusos y de los famosos exámenes en latín.

En el capítulo VIII, “Médico y científico”, Espejo es presentado como un gran y primer científico de la colonia, por su perfecto dominio y posesión absoluta de todas las teorías y doctrinas médicas. También tuvo la virtud, como filósofo, de calar hondo, hasta la raíz de las cosas. Espejo no sólo fue doctor sino docto.

Seguidamente, el autor narra las dificultades que Espejo tuvo para doctorarse por culpa de su raza “inferior”. Se cuenta que en esta ardua labor de educarse, fray del Rosario le prestó toda la ayuda necesaria para encaminarlo por las primeras letras. Se detalla como obtuvo el título y la licencia que el Cabildo tenía que extenderle para que pueda ejercer su profesión de médico.

Para Monteros, Espejo es un consejero: su recóndita filosofía moralista alcanza cumbres altísimas para hablar con profundidad de la vocación del médico y de cómo existen otras disciplinas humanísticas que el médico debe conocer para ejercer bien su profesión.

El capítulo IX intitulado “Reflexiones”, pondera de las bondades de Espejo como higienista, médico e investigador. Tal es el caso de su obra **REFLEXIONES...** que es lleno de citas, y su asidua laboriosidad para buscar el origen y etiología de las enfermedades. La obra, dice Monteros, abunda en consejos prácticos y se nota al estudioso en cuanto historiador de la medicina y a un profundo filósofo y bacteriólogo.

REFLEXIONES... recibió elogios de distinguidos religiosos de ese entonces: dominicos, agustinos y mercedarios.

En el capítulo X denominado “Las viruelas”, Manuel Monteros hace un análisis de la terrible enfermedad que, para ese entonces, representaba la viruela. Aquí, una vez más, el autor arremete contra los frailes, acusándolos de ejercer la medicina de

una manera desaprensiva; dice que no eran más que charlatanes, pues creían que a punta de rezos e imágenes sagradas se curaban las enfermedades.

Seguidamente se detalla cómo Espejo debate y combate todo tipo de especulaciones que surgían en torno al origen de las viruelas.

El capítulo XI habla de “Disquisiciones biológicas” y el XII de “Espejo, bacteriólogo”. Aquí, Monteros, como experto médico hace reminiscencia de muchos otros estudios que hablan sobre el tema. Asegura, asimismo, que Espejo fue un adelantado de la microbiología. Predijo que los microbios eran la única explicación del contagio de las enfermedades. En este orden, espejo se adelantó a Pasteur, al manifestar las posibles causas de la descomposición y putrefacción de los compuestos orgánicos por influencia directa de ciertos microorganismos y de otras “potencias activas”.

Espejo, por lo tanto, fue el primer sanitario, cuando aún se ignoraba que a las enfermedades se las previene, antes que curarlas.

Guadalberto Arcos, según el autor de esta biografía, sostiene que Espejo tenía una “genial manera de pensar y de discernir, si recordamos el ambiente en que fueron vertidas estas magistrales concepciones científicas, cuando en él se suponía, como también en España, que las enfermedades eran castigos divinos que había que aceptarlas con fatalismo oriental”.

En el capítulo XIII, “Ensayo histórico de la LOE”, Monteros Valdivieso, olvidándose, en un

principio, de su biografiado, se dedica, con una admirable erudición, a hacer una larga explicación sobre el origen de la terrible enfermedad de la sífilis.

En el capítulo XIV denominado "Otros azotes sociales más apunta Espejo" habla de la lepra como una antiquísima enfermedad que hasta en las Sagradas Escrituras se la menciona. Eugenio Espejo aconsejaba cómo tratar a los leprosos de su tiempo e indicó cuál era el origen, basándose en los estudios del médico italiano Alpine. Ninguno de sus colegas le hizo caso sobre la enfermedad en mención. El cáncer y la tisis también fueron objeto de estudio de Espejo.

Con el nombre de "Medicina social" se describe el capítulo XV, en el cual Espejo es presentado como uno de los primeros higienistas y sanitarios criollos de América. Combatió hasta la saciedad el desaseo en los pueblos y en las personas; por ello se ganó la ojeriza de mucha gente. Su principal preocupación fue higienizar el aire malsano que se respiraba en la ciudad. Recomendó que se construyan letrinas, que se prohíba enterrar a los muertos en las iglesias, que se eduque bien a los pueblos, que haya una economía bien dirigida y una adecuada legislación y políticas sanitarias. Puso especial hincapié sobre el abuso de las bebidas fermentadas y destiladas como agentes degenerativos de la especie humana.

En el capítulo XVI, "Críticas a Eugenio Espejo", el autor analiza el comportamiento moral de Espejo. Sostiene que era capaz de toda clase de generosida-

des; que fue un esforzado humanista y un hombre de estupendas rebeldías. Sin embargo, se lo acusa de no ser indigenista de corazón, sino a medias. Desertó de su noble estirpe, le dolía sentirse indio, le pesaba su sangre, evade de los suyos buscando un nombre que no huela a indio. Aunque fue un burlón, satírico y un fingidor de lo más desconcertante, siempre obró con profundo tino y cautela.

Fue peleador en todos los frentes. A veces no detenía su lengua y se iba en desaires y ofensas gratuitas.

Se destaca también su postura de revolucionario y uno de los más videntes reformadores americanos de su tiempo: es el prócer de la independencia por antonomasia.

Dice Monteros Valdivieso, al hacer un análisis de su lenguaje, que aunque fue puro no necesariamente fue el más correcto. Su estilo carece de amenidad. En sus descripciones hay confusión. En el fondo, sus escritos carecen de belleza literaria.

En este capítulo Monteros Valdivieso nos vuelve a recordar el papel funesto y bárbaro de los conquistadores y del clero, los cuales, según su criterio, se encargaron de “educar” al aborigen de una manera sádica e ignara. Por eso, el biógrafo de Espejo dice vanagloriarse de vivir al margen de vanos misticismos. Estas digresiones personales del autor, en esta ocasión las recalca a propósito de la posición de Espejo que aboga porque el elemento clerical y demás dignidades religiosas sean nativos y no de importación. También Espejo hace encarnizada

crítica sobre la defectuosa enseñanza que impartían y la poca cultura que poseían los sujetos más representativos de la época.

En otra parte, el autor señala que Espejo es tan brillante que cuanto más se aleja en el tiempo más alto se halla y más gigante lo contemplamos. Se lo puede admirar desde cualquier latitud y desde cualquier época. El autor, asimismo, aprovecha para criticar duramente la posición de los clérigos e historiadores: el padre Chacón y el padre García Monte, que hablan de la conquista como algo grandioso. En cambio alaba la posición del científico español Gregorio Marañón, quien reconoce la enorme valía de Eugenio Espejo. También cuestiona la posición del doctor Virgilio Paredes, médico, historiador y analista de la obra espejiana. Es evidente que Monteros Valdivieso defiende a su biografiado a todo trance de todo aquel que en sus análisis y comentarios lo deje mal parado. Eugenio Espejo —dice— es un pensador que buceó hondo y profundamente, con filosofía, pericia y habilidad dialéctica sorprendentes.

En el capítulo XVII, “Agonía y eclipse del gran repúblico”, el autor recurre al criterio del médico y escritor ecuatoriano Gualberto Arcos, de quien dice ser un espejiano entusiasta que valoró a Espejo como el símbolo del saber y del amor a la libertad.

Luego Monteros hace un severo análisis sobre la detención de Espejo y de los traidores que fueron los culpables para que haya caído prisionero. Monteros Valdivieso concluye indicando que Espejo fue

ardorosamente leal a la prédica de Jesucristo.

En la cuarta parte de la biografía, que corresponde al capítulo XVIII y final, se recoge el **Post-críptum** que es un apéndice sobre escritos varios y documentos que tienen referencia, de una o de otra manera, con Espejo y con su época. Por ejemplo, en el “Discurso de la Concordia”, el analista sostiene que se trata de una pieza oratoria de hondo calado lírico-romántico, de profunda quiteñidad y de buen gusto académico. Su estilo es majestuoso y lleno de entusiasmo. A continuación de este análisis consta el discurso escrito por Espejo. Luego se reproducen dos cartas que Espejo redactó en la cárcel de Quito.

Se reproducen, asimismo, dos epístolas dirigidas a fray del Rosario y una carta respuesta a Espejo de fray del Rosario. A continuación consta una “Carta de Erophilia al editor de **PRIMICIAS...**”. Seguidamente constan los testamentos de los padres de Espejo y el de Eugenio. Le sigue una “Genealogía y heráldica de Espejo”. Se incorpora también el juicio que María Chiriboga le sigue a Espejo por supuestas querellas.

El título “Un hallazgo literario por M. M. Pólit Lasso”, trata de la traducción que Espejo hiciera del “Tratado de lo sublime” de Longino y que Pólit Lasso lo da a conocer por primera vez en 1923 en **MEMORIAS DE LA ACADEMIA ECUATORIANA**.

Se acompañan también unas “Breves semblanzas de Juan Pablo Espejo” quien fue procesado junto con su hermano por impulsar el programa revolu-

cionario que venía trabajando Eugenio Espejo a favor de la independencia.

Finalmente, Monteros Valdivieso incorpora unos breves apuntes sobre José María Lequerica, fray José del Rosario, Juan de Velasco, Roberto Andrade, Juan José Samaniego, El imperio del Tahuantinsuyo, El Reino de Quito y sus fronteras: Mapa del Ecuador, Huayna-Cápac, Atahuallpa, Huáscar, Túpac Amaru Inka y una Confesión de Carlos III.

Concluye así esta monumental biografía sobre Eugenio de Santa Cruz y Espejo con un total de 544 citas que el doctor Manuel Ygnacio Monteros Valdivieso incorpora a lo largo de todo el texto, dando muestras con ello de una paciente, ardua y extensa investigación que el insigne médico y ensayista lojano escribiera en La Habana sobre el indio Chúzic hace ya unos cuarenta y dos años, tiempo en que ha permanecido inédito este voluminoso estudio sobre el grande y sabio revolucionario Espejo, el cual luchó —como dice Leopoldo Benites Vinuesa— como un zapador, “abriendo en la oscuridad túneles hacia la luz y minando sigilosamente el pesado edificio de la feudalidad colonial”.

Loja, marzo de 2000

EL AMOR ES MÁS ...

Lewis Thomas decía que un poeta es una especie de científico, pero dedicado a una ciencia cualitativa, en la que nada es mensurable. Hoy, con mucha propiedad, al poeta se lo puede ubicar en las llamadas ciencias experienciales.

Pues, el poeta, como persona que ama, que sufre, que siente, que piensa, que se proyecta, y que se realiza, traza horizontes de vida, senderos líricos, en este caso, por los cuales experiencialmente une su vocación de bardo a la servidumbre humana libremente elegida para proyectar el cúmulo de su ensoñación, de sus andanzas y toda una sabiduría de vida que pulula en toda su configuración humana para revitalizar cada uno de sus rasgos distintivos en armónicos parajes de trovador, de creador, de revelador de lenguajes que lo llevan a “originar las grandes metáforas sociales, humanas, históricas, siderales...” como diría León Felipe.

Y he aquí una de las grandes metáforas humanas que han hecho del ser humano y divino algo vital para que este mundo sea plenamente habitable: la metáfora del amor, y que en esta ocasión el poeta cajamarquino Javier Villegas Fernández la propone en este interesante poemario intitulado **El amor es más...**

Desde el verso libre, armónico, fluido, emotivo, cargado de esperanzas profundamente humanas, Javier Villegas enriquece la vida desde una actitud plenamente lírica que ennoblece, embellece y le da sentido estético y estilístico al lenguaje del amor, al lenguaje de lo humano, no tanto porque busca sino porque encuentra las palabras adecuadas que desde un impulso arrebatador de inspiración y transpiración plenas, el verso corre sencillo, límpido, con gracia y cadencia metafóricas:

*Llegarás como llegan las horas,
dibujarás en mi pecho la alegría más honda,
me abriré como un puerto inmenso,
para tus barcas de brisa que en los ojos incubas.
Llegarás con un alud de aromas,
con infinitos recuerdos y promesas de estrella.
Sé que llegarás; ahora te imagino creciendo en
los trigos,
encendida en los luceros,
tersa como los suspiros
frágil como los recuerdos.*

Estos versos pertenecen a uno de sus poemas: *Para una mujer al borde de un sueño*. Es apenas una pequeña muestra para decir que Javier Villegas crea una poesía regia sobre el amor, tan regia como es su personalidad. Su formación humanística y los propósitos de su vocación lírica lo promueven a escribir con intensa calma, con sobrias emociones y una fluida exquisitez que lo proyecta al altar lírico

de su honda trayectoria poética para que los lectores podamos apreciar la suavidad de cada verso, el entusiasmo por el amor que llega, por la alegría del amado en espera de su amada. Aprecie usted, amigo lector, parte de algunos versos del poema *Hoy amanecí para ti*:

*Hoy amanecí para ti,
para tu corazón, para tus pies de escarcha,
que a tus dominios me llevan,
como a una leve hoja, como un trino.
Amanecí para tu boca encendida,
para tus ojos, para la fiesta
de ternura en tus poros.
Hoy amanecí para perseguirte,
luna de mis sueños, agua de mis deseos;
amanecí con frenesí de viento,
para tocar tu cuerpo,
hecho de aromas y de amaneceres tiernos.*

La intensidad amatoria y la armónica fluidez de cada verso surgen porque combina elementos muy puntuales que hacen alusión a la erótica galantería del amor humano, por ejemplo, el anuncio de las diferentes partes físicas del cuerpo humano como la boca, el cabello, los ojos, los labios, el corazón, la sangre, los pies, los brazos, la garganta, el pecho; o, el anuncio de elementos abstractos que contribuyen para que el ambiente lírico se convierta en una mágica expresión de intensas revelaciones amatorias como la noche, el día, el sueño, el deseo, la dulzura,

el aroma, la alegría, la transparencia, el tacto, los suspiros, la serenidad, el augurio, el consuelo, el fuego, la resurrección, la claridad, las promesas, las caricias, el amanecer, el frenesí, los latidos, los susurros, el júbilo, la quimera; y, en fin, cantidad de elementos que el poeta sabe distribuirlos conjuntamente con otros elementos poéticos como: volcán, pijama, arco iris, espigas, frutos, lirios, playas, gaviotas, nieve, marea, mar, agua, viento, sol, luna, astro, lluvia, pétalos, mariposa, luciérnaga, paloma, cama; e incluso el poeta emplea elementos aparentemente contrarios a la pasantía idílico-amatoria como tempestad, abismos, precipicios, sombras, quejidos, gritos, que no hacen sino reconfirmar esa profunda vocación de frenesí, de ternura, de fiesta para el encuentro amoroso, tierno, intenso, lleno de auroras, de horizontes y de jolgorios en los que el poeta se extasía cuando, con denuedo dice, por ejemplo, en su poema *La noche nos inventa*:

*La noche nos inventa,
nos convoca íntegros,
como a dos espigas frenéticas,
como a dos palomas sedientas,
de luz, de regocijo, de frenesí.
La noche nos inventa,
tú eres mi luna, mi respiración,
mi instante para la resurrección,
eres mi viento, mi soplo, mi quejido,
mi algarabía para no ser olvido.*

El amor es más..., por lo tanto, porque en él se imprime el vigor de lo humano. El sacrificio, la sinceridad, la generosidad y el afecto mutuo, profundo, no sólo que ensanchan el corazón de los amantes; es la fortaleza del encuentro que se abre desde lo más hondo de lo humano para darle paso a la vida plena, en la que el poeta se regocija al expresar ese “algo único”, especial e inagotable fuente de luz y energía que es el amor humano.

En este orden, la fecundidad y creatividad poéticas de Javier Villegas conducen al buen lector a descubrir realidades líricas relevantes, signos y gestos de entreveramiento espiritual que nos llenan de regocijo, dado que el poeta, en su poemario y en el conjunto de toda su producción lírica, ha hecho que el amor en verdad sea algo más: concederle todo su alcance y fecundidad humanos, al igual que lo hizo san Pablo en su Carta a los Corintios., capítulo 13:

El amor es paciente, servicial y sin envidia. No quiere aparentar ni se hace el importante. No actúa con bajeza, ni busca su propio interés. El amor no se deja llevar por la ira, sino que olvida las ofensas y perdona. Nunca se alegra de algo injusto y siempre le agrada la verdad. El amor disculpa todo; todo lo espera y todo lo soporta.

Loja, 19 de octubre de 2006

EL DESAFÍO DE UNAS CUANTAS PALABRAS AL VIENTO

Una manera sutil, amena y educadamente entretenida para formar a los individuos de una comunidad organizada a través de la reflexión y del análisis ponderado, lo constituye el periodismo cultural.

Existen, como sabemos, infinidad de maneras para adquirir una educación y una formación adecuadas; se lo hace, fundamentalmente, desde la educación formal escolarizada y desde la cultura de la lectura.

Aprovecharse del periodismo cultural para opinar sobre la educación, sobre los valores ciudadanos, sobre la política y sobre las actitudes axiológicas para la formación de la sabiduría, es enormemente enriquecedor para robustecer el mundo interior de las personas tanto desde el nivel de la inteligencia intelectual, pero, y sobre todo, desde el campo de la inteligencia espiritual.

Nutrirse, por lo tanto, desde el esfuerzo humano de quien quiere aportar con su experiencia de vida para que los demás aprendan a crecer en grandeza humana, es decir en dignidad, para potenciar la esencia de nuestro sentir ético, de manera que, como dice Harold Bloom "la mente siempre retorne a su

necesidad de belleza, verdad y discernimiento”, en verdad, es loable; sobre todo, si desde la voluntad y el esfuerzo cotidiano y permanente, aprendemos, en este caso, a valorar la palabra honda, pensante, altamente reflexiva en el marco de la interpretación consciente de la realidad que el periodismo escrito puede ofrecer al ciudadano que quiere formarse, como dice Antonio Marina, “desde las variadas operaciones mentales de las que dispone para buscar un mejor conocimiento de la realidad, una correcta convivencia de sus semejantes y una posibilidad feliz para él.”

El periodismo cultural, por ende, y el que particularmente practica Luis Antonio Quizhpe Capa, en estos ochenta artículos que hoy nos presenta con el tema de “Palabras al viento”, es susceptible de lo que venimos enunciando. Un periodismo que desde los hechos nos transporta a la realidad de unos valores que se encarnan en la medida en que el lector es partícipe de una mirada penetrante, aguda y significativamente creadora para reinsertarse desde el mundo de su subjetividad en el poder simbólico que cada enunciado representa desde la vigorosa evidencia que como posibilidad real Luis Antonio Quizhpe nos plantea en cada artículo.

Ya como poeta, ya como cuentista, o bien como ensayista, Luis Antonio se mueve con preocupada solvencia. En esta ocasión con sus artículos periodísticos le ha sido posible verter su caudal de conocimientos, de investigación y de amplias lecturas que le han posibilitado este conjunto de palabras al

viento, que en verdad son palabras al lector, no para que se las lleve el viento sino para que se queden con el lector atento que sabe que al igual que el autor, se nutrirá de esa savia especial de la lectura que toma posesión de lo humano mucho más allá de la mera comprensión; pues, lo que el lenguaje de la lectura produce son caudales de vida y de compromiso para la realización plena de lo humano, es decir de aquello que enaltece y testimonia la presencia auténtica de una persona.

No olvidemos que lo mejor que uno como lector consigue de una lectura, es lo que uno puede agregarle. Está ya el esfuerzo de su autor, de Luis Antonio que en este libro ha querido brindarnos lo mejor de sí; ahora nos toca a nosotros como lectores poner lo nuestro: se trata de un grado especial de compromiso bajo el cual se completa el sentido de la existencia humana para encontrar en la lectura no tanto conocimientos sino hechos de vida que nos aproximen, desde la lectura, a lo espiritual.

Porque si de educación, cultura y valores Luis Antonio nos habla, es, entonces, con mayor razón que la postura del lector no puede llegar a ser la de un mero expectante sino la de un actuante que sabe que, por ejemplo, desde el movimiento de la conciencia, la lectura no se presta para el conformismo, sino para la vida plena; y, como decía Séneca: "Se hace plena cuando el alma ha recuperado la posesión de su bien propio y ha transferido a sí el dominio de sí misma".

Que la lucidez lectora, por lo tanto, proceda de

una elección plena, humana, íntima, consciente y conviccionalmente personal para hacer que estas “palabras al viento” no se vayan al viento, sino más bien que sean el efecto intenso y cuidadoso de un sentimiento de gran relevancia para valorar la activa significancia que el texto de Luis Antonio proyecta en cada una de sus páginas.

Loja, 09 de agosto de 2006

HUELLAS, LEYENDAS Y TRADICIONES

Aunque bien sabemos que una leyenda “es una relación de sucesos que tienen más de tradicionales o maravillosos que de históricos o verdaderos”¹, lo cierto es que este conjunto de leyendas y tradiciones que Eduardo Pucha Sivilsaca ha venido trabajando con la pasión intelectual que a él le caracteriza en este texto que lo ha titulado **Huellas, leyendas y tradiciones**, tiene más de verdad e historia, y es eso sí, una relación de sucesos maravillosos por el encanto y la vivacidad con que son descritos por su autor, y la veracidad con que los cuentan los informantes en razón de que muchos de ellos los han vivido en carne propia o han sido testigos fieles de lo que cuentan. Para el entrevistado no son sólo el recuerdo que a través del ojo-cámara-cerebro los almacena para siempre, sino que son el fiel testimonio de lo que en las provincias de Loja, Zamora y en algunos recintos y pueblos del Perú por donde su autor anduvo, sus gentes han hecho de esas vivencias un género literario que con mucha prolijidad Eduardo Pucha las ha procesado estilísti-

1. Diccionario Marín de la Lengua Española

un estudioso de la tradición oral, del folclor y de nuestra antropología social le caracteriza.

Como dice Luis Antonio Quizhpe Capa en **Cántaro de eternidad**, en Eduardo Pucha “hay un trabajo técnico de aspectos: somático, lingüístico, literario, moral, religioso, musical, social y ergológico de estas comunidades”³ que aquí en **Huellas, leyendas y tradiciones** se sigue enfatizando con esa misma línea de trabajo testimonial “para tener una visión clara de lo que fueron y son los pueblos, con sus costumbres ancestrales, su religión, sus creencias, sus engaños y desengaños, sus triunfos y sus derrotas, sus cuitas de amor; en una palabra, su vida”⁴.

De esta manera, Loja sigue en pie con esta clase de trabajos típicos que en el campo de la investigación de la tradición oral lo viene haciendo el licenciado Eduardo Pucha Sivilsaca, al igual que otrora y con la misma entereza intelectual lo hicieron el padre Osvaldo Celi Jaramillo, Hernán Gallardo Moscoso, Rubén Ortega, Teresa Mora, Laurentino Albalá Medina, Heraldo Valarezo Ramón, David Pacheco Ochoa; y, últimamente, Luis Antonio Quizhpe y Susana Álvarez.

Le toca a usted, ahora sí, estimado lector, ser coautor y cocreador de estos encantos, aparecidos, duendes, fantasmas, demonios, vestimentas, rome-

3. Ob. cit., prólogo, p. 7.

4. Ibid, prólogo, p. 7.

rías, vírgenes, brujerías, sachamishes y cantidad de personajes de pueblo que, en unos casos, con nombres y apellidos, y en otros desde el anonimato, nos hacen partícipes de narraciones vivas y de códigos culturales que Eduardo sabe transcribir con la fidelidad que su campo de investigación le permite plasmar lo que la riqueza, imaginación y mentalidad del pueblo, desde su realidad geográfica, cultural y humana, es capaz de transmitir con el efecto significativo que cada acontecimiento aquí descrito representa desde la dimensión del informante y desde la percepción estilística que Eduardo Pucha ha sabido mostrar en este trabajo experiencial y de investigación de la tradición oral que hoy, con agrado y aplausos emotivos, el lector lo recibe con acertada reverencia.

Loja, 14 de abril, Viernes Santo de 2006

PÍO FRANCISCO ABAD TROYA Y SU PRIMER POEMARIO

Pío Francisco Abad Troya es un joven poeta lojano nacido en Jimbura en 1980. Su rincón natal es un lugar lleno de dulzura, de encanto y de un idílico silencio, cuyo entorno natural ha hecho de sus gentes aptas para el sentimiento noble, para amar lo bueno y corregir lo malo, y sobre todo para que el sentimiento fluya a raudales desde la vertiente poética más honda, y en esta ocasión, desde su condición de migrante, la palabra sentida, ahogada en el recuerdo y la nostalgia se salve y reavive “el hálito de las cimientes peregrinas para”, desde que sembró el grito de la partida con su equipaje de sueños, de esperanzas y de horizontes transidos de optimismo, pueda arribar desde el encanto de las palabras al cielo de la vida, hermosa a veces, dura otrora, pero como un enorme reto para cantarle plegarias de encuentro fraterno, en las que el testimonio, el derecho a ser lo más excelso de la naturaleza, el amor por los seres queridos, por el suelo patrio y el ansia de gritarle al mundo lo que vive el emigrante lejos de los suyos; si, el emigrante, “ese abanderado de la esperanza, el que libra en silencio una batalla intensa” en los atardeceres del alma que sufre frente a “un mar, un cielo y un des-

tino incierto". Su poesía, al respecto es elocuente, aprecie usted, querido amigo:

*"Llevo en mi equipaje un cofre dorado
por el sol amargo del desierto.
Son mis sentimientos,
y también mis sufrimientos, no pocos
pero ciertos.*

*Llevo en mi mirada las heridas,
de las guerras fratricidas.
Y en la huella de mis pisadas,
llevo ilusiones escondidas.*

*Mi rumbo es el norte,
al sur, al este u oeste.
No temo en mi aventura,
ni a la muerte
que se atreva con mi suerte.*

*Ha iniciado la travesía,
el barco de la inquietud.
No hay tiempo para el desánimo
una oración a Dios y una pequeña mirada
al horizonte.*

*¿Qué será de mi pueblo querido?
¿qué será de los demás?
¿o de la hermosa noviecita que dejé atrás?
¡Oh! Que cosa esta segunda, en alta mar
merece la pena recordar.*

*Pero sé que un mar,
un cielo y un destino incierto,
no son ingredientes para labrar
una sonrisa en mi rostro apenas.
Ni menos para abrir la vista
en la amargura de este peregrinar”.*

Esta es una breve muestra del quehacer poético de Pío Francisco. La suavidad, la nostalgia, la querencia por todo lo bueno que se labra en la vida afloran en el migrante-poeta, en el poeta-migrante que anhela dejar plasmado su lírico andar por la vida de un mundo que no le pertenece, pero al cual hace suyo para que la resistencia hacia lo incierto le permita vivir con el esfuerzo del trabajo duro, del jornalero, del obrero que con la fuerza de sus manos y con el sudor del trabajo digno enfrenta el día a día; y sobre todo con la esperanza de fortalecer su aporte intelectual. Así es, su condición de migrante no opacó su apego por el estudio y por el análisis de la vida desde su fortaleza interior: la lírica presencia de su vena poética para dejar plasmado el dolor, la dulzura, la nostalgia, el amargo fragor de los días lentos, tristes y de recuerdos indelebles, y en fin, todo el cúmulo de sentimientos que un migrante desde su condición de ente humano experimenta en la frágil distancia de aquello que le pertenece para fortalecer su andanza por el mundo de la vida.

Y qué mejor recurso humano y divino que el de la poesía para enfrentar la soledad, el tedio, el silencio, la nostalgia, la apatía, lo extraño, lo amado y los sin-

sabores diarios que un expatriado experimenta lejos de su terruño. Qué dolor tan grande, por ejemplo, frente a la pérdida de un ser querido. Apreciamos otra breve muestra poética de lo dicho:

*“Padre, mi buen amigo, mi acierto
me dejaste aquel final de primavera
cuando las flores lucían de luto
y su danza perdió el compás
mientras lejano yo llorando junto al mar.
Intentaba resignarme sin hablar
sin a quien siquiera contar,
este amargo final.
Van pasando los años
y me parezco más a ti.
Más y más cerca me siento
cuando te pido que desde el cielo
te acuerdes siempre de mí”.*

Se trata, como podemos apreciar, de una poesía para la vida; en ella, el reto para dejar plasmado lo mejor de sí es evidente. Y es que, para quienes tuvimos la oportunidad de conocer a Pío Francisco Abad Troya desde su condición de estudiante del Colegio La Dolorosa, ya intuíamos que él podía llegar a fortalecer su vena poética; pues, su breve y delicada vena poética la demostró en la revista *Surcos*, de publicación anual de La Dolorosa.

Hoy, desde Madrid, y en su condición de obrero de la construcción, de estudiante de Derecho en la modalidad abierta de la Universidad Técnica Par-

ticular de Loja y de poeta, nos brinda su poemario "El sueño de los ausentes". Lo admirable y digno de consideración de Francisco es que se da tiempo para conjugar estas tres actividades, o quizá cuatro, porque la nostalgia es una actividad que no da tregua, pero que el poeta la combate con la pluma de su naciente y constante presencia lírica que es la que lo fortalece para, con el candor de su sencillez y humildad personal, demostrarnos que la juventud sí puede —incluso desde las condiciones más duras por las que un migrante atraviesa— brindar lo mejor de sí. Que en vez de estar lamentándose por lo mal que la sociedad está, él la enfrenta con un trabajo honrado, con la constancia y la disciplina que el estudio a distancia exige y con lo más excelso de su pensamiento lírico, para en esta ocasión presentarnos este trabajo poético, que a más del esfuerzo personal de haberlo escrito, lo ha publicado en Madrid con los recursos económicos de su esfuerzo personal en el trabajo diario que ejerce para poder sobrevivir dignamente.

Un gran amigo personal, impulsor de la cultura y los estudios superiores a distancia en Madrid, Oscar Jara, es el autor del prólogo de este poemario, e Iván Matute Placencia, es el encargado del diseño y maquetación así como de unas elocuentes y modestas palabras que constan en la contratapa de este poemario que hoy Francisco ha hecho posible para que se haga la presentación en esta Casa de la Cultura lojana, y que gracias a la generosidad de su presidente, el licenciado Mario Jaramillo Andrade,

se lo pone a consideración del público lector lojano y del país.

Que este poemario tenga la mejor suerte, y que Francisco, allá en Madrid, o en cualquier parte del planeta siga fortaleciendo su andar poético. Pues, el poeta, como Francisco lo sabe, se hace con el esfuerzo y el temple humano de la constancia, de la disciplina, y sobre todo de muchas y fecundas lecturas que la poética universal nos brinda periódicamente.

Bienvenido, Francisco, a tu tierra, y que el poemario que hoy nos dejas quede como testigo de lo que sí es capaz de hacer un migrante que sabe que no está para sucumbir sino para triunfar con la frente en alto y con la limpidez de tu alma que es la que fortalece la honrosa distinción de la esperanza humana.

Loja, 23 de septiembre de 2006

PROFANACIÓN DE LA PALABRA

El Festival Binacional de la Lira y la Pluma, versión 2005, distinguió a Manuel Ortiz con el Segundo Premio en el género poético. La Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión Mora Núcleo de Loja, para resaltar esta distinción se ha permitido publicar, en este año, este poemario intitulado **Profanación de la palabra**.

Para Manuel Ortiz, y en general para cualquier buen poeta, la poesía no es deber, no es un querer hacer algo; es la manifestación plena de una pasión, es la realización misma de la vida. Y como sostiene Francisco Brines: “La poesía no tiene público, tiene lectores”, y esto, como él mismo lo sostiene, gracias a que “la poesía nunca ha tenido otra finalidad que hacer que el hombre tenga mejor vida”. Así es, aunque parezca extraño decirlo, y en palabras otra vez de Brines: “La poesía es útil. Hace la vida mejor, afina la sensibilidad y el espíritu crítico, enseña a vivir” al hombre, al ser humano como persona y a la vida misma como la extensión y proyección de nuestra grandeza humana. En verdad, Brines sostiene que desde la poesía “el hombre quiere ser más pleno, más feliz, más consciente, más intenso, entender mejor el dolor. Para eso sirve la poesía”.

La elocuente plenitud de algunos versos de Manuel Ortiz, en verdad es intensa:

*La noche me engulle en su silencio
áspero como las catedrales:
me rebusco en un antiguo espejo del cual no
quedan sino sombras
en un retrato remendado, en las cascadas
zapatillas,
en la chaqueta cancerosa de domingos
despintados.*

Otra muestra de su propuesta estética, señala:

*Muchachas de alta jerarquía salen por los
pasadizos,
el amor cubre su cuerpo de grandiosos gabinetes.
A veces salen de los labios de los testaferros
apabullantes dardos, mariposas y lujurias.
No describen el amor, ellas entran por los
soportales
y descienden lentas las escalinatas,
no descubren un destino.
Mozas se alzan en las manos de las verduleras
y se confunden en los comerciales.*

Se trata, como vemos, de una voz que palpita en lo profundo de las entrañas humanas con rumores, clamores, carcajadas y estallidos esqueléticos que alimentan lo inhumano de la vida, cuando, el poeta, por ejemplo, con iracundia lírica y agudeza crítica nos dice:

*Pesa la voz de un dictador de ofertas y sediciones
que abre la boca y ensucia las palabras;
duele la piel gastada del prosélito
que apenas si conserva su esqueleto:
se convence del estúpido rumor
que regatea hasta que el hambre en la cocina,
guarda su pan para alimento de las artillerías.*

Otra muestra:

*Los muertos vierten sus carcajadas sobre
semblantes
empobrecidos
y los grandes magistrados reparten libertades
enmascarados de hipocresías y miserias.
La historia se reescribe.
Nos ahogan sus extractos nauseabundos.*

Poesía fresca, con aires renovados, con imágenes bien logradas, con ritmo, cadencia y fluidez verbal es lo que predomina en este interesante poemario de Manuel Ortiz, *Profanación de la palabra*.

Se trata de una “palabra desangrada que abrasa el corazón en la garganta” y que como “un río zigzagueante siembra proverbios infinitos como un hilo vegetal en los oídos”.

Así es, “grandes acontecimientos doblegan la palabra” con habilidad, con denuedo lírico hasta lograr una bien trazada geografía poética que recorre los ámbitos experienciales de la condición humana.

Como buen artesano de la palabra, Manuel Ortiz

huye de la superficialidad para adentrarse con entusiasmo creador y sugerente en la unción reverente de cada verso que exige vivir sobrio y plenificante de gracia lírica.

Y si no, aprecie estas “esbéllicas figuras” líricas:

*Y entre la multitud acalorada de fanática lujuria,
encuentro en tus pupilas diminutas alegrías
y una música elevada en tu garganta.*

*Sólo quiero reposo
de algodón bajo el labio.
Sólo quiero una noche
de faroles y sueños.*

*Déjame que me arrime a tu voz que crepita,
a tu voz que me endulza de polen abrigado.
Déjame que florezca en la palabra tuya,
en las aguas que esperan, y el mar busca en la boca
viendo crecer las luces de fantasmas alegres.*

*Se acerca tu cintura como lenta gota en la garganta
como llameante hoja de cristal que me deshoja.*

En este son y con la cadencia lírica propia para cada tema, Manuel Ortiz nos demuestra en estos cincuenta poemas de su **Profanación de la palabra**, que la emoción, la sugerencia, el tratamiento adecuado de la palabra certera, el ritmo apropiado y las imágenes y adjetivos bien logrados para producir efectos de ensoñación dramática, trágica,

desgarbada, desgarrada, pero también de armónicas y certeras manifestaciones de reconocimiento a la potestad de lo humano, son, en su conjunto, los aciertos que configuran la bien trazada ruta de la literatura poética de Manuel Ortiz.

Loja, junio-octubre de 2006

EL HALAGO FEMENINO

Decía algún estudioso sobre el tema de la mujer, que cuando se conmemora su día, lo que se ha hecho es romantizarla, llenarla de halagos, de piropos y de flores. La mujer no necesita flores para conmemorar su día. Parecería que una vez más el hombre la utiliza; pues, regáله una flor para que todo siga igual.

En verdad, quien engrandece el día, o más bien dicho, la vida de la mujer, es el hombre; el varón que ha nacido para protegerla, amarla y respetarla, no sólo para que se sienta halagada, sino realizada, con los mismos deberes y derechos que el varón. El halago no está en la flor sino en la actitud de él y de ella. Regalo una flor para reconocer su grandeza, no para halagarla un momento o un día, sino para exaltar la plenitud de su vida en cuanto poseedora de su porte intelectual y espiritual.

El varón debe saber que la mujer no está para que adorne la casa o la institución a la que pertenece, tal como una flor lo hace en el lugar en donde la colocan. Desde el simple adorno, la mujer no contribuye en nada; es desde su máxima dignidad, es decir en cuanto se sienta reconocida como hija de Dios, que puede brindar al mundo, a su ciudad, a los

suyos, a sus amigos, a sus íntimos, su talante y su porte señorial para desde la protección y valoración que el varón le da, sentirse reconocida, y no solo halagada, valorada y no sólo adornada, inteligente y no sólo simpática, espiritual y no sólo coqueta, solidaria y no sólo condolidada. En fin, es el varón que dejando de lado su tonto y marcado machismo le da el sitio que le corresponde para que ella puede verter el manantial de sus virtudes que son muchas y muy especiales con respecto a las del varón.

Cómo no reconocer su fortaleza frente a las desgracias humanas, cómo no reconocer su don especial para ser madre, que no es el mismo que ser padre, cómo no reconocer su ternura para sensibilizar al varón y demostrarle que no es la fuerza ni la violencia sino la grandeza del corazón la que cristaliza lo más excelso de la realización humana.

El festejo, por lo tanto, en honor a su alteza, no es el de un día. El festejo se lo marca en el día tras día, sin esperar que el varón la reconozca como tal entregándole una flor en un día tal, sino mereciéndose esa flor y todo el imperio de la vida todos los días porque día tras día ella se lo va ganando con aplomo, con gestos nobles, con ideas y acciones inteligentes, no para demostrarle al varón que es más grande que él, ni para que él crea que la mujer es menos que él; sino para que juntos comprendamos que nos valoramos más en la medida en que nos complementamos y nos realizamos mutuamente para decirle sí a la vida, sí a lo más granado del corazón, sí a lo más noble, a lo que nos dignifica como hijos de Dios, y

no a lo que nos denigra, no a la deslealtad, no a la falta de solidaridad, a la fealdad y a lo ruin que los actos humanos tienen cuando proyectamos intereses nocivos y de la más baja calaña humana cuando nos prestamos para que el mal orgullo, la severidad, la envidia, lo inmoral y la falta de ética nos perviertan hasta el punto en que ni siquiera reparamos en que en vez de sentirnos realizados, estamos haciendo daño a los demás, y lo más lamentable, nos estamos haciendo daño a nosotros mismos.

La proyección de la vida está en las reflexiones que continuamente hagamos de lo que estamos haciendo con nuestra vida. Es bueno, bajo estas consideraciones, que reflexionemos en los modelos de vida que han asumido grandes personajes de la historia para dejarlo al mundo un poco mejor de lo que lo encontraron. Así, grandes científicos y humanistas han hecho de la vida un espacio de grandeza. Y nosotros bien podemos llegar a ser esas excelsas damas y esos insignes varones que, al tomarlos como modelos de vida, bien pueden contribuir para llegar a ser los adalides, cuyo fervor y raíces, grandeza y dignidad, ya las tenemos para que, sin necesidad de que se nos reconozca, potenciar creativa y moralmente cada una de nuestras más nobles acciones humanas.

En este orden, me inclino ante la mujer honesta, honrada, trabajadora, profundamente solidaria, comprometida con su profesión, con la familia y con la vida, y le pido al Altísimo para que con sus bendiciones oriente, promueva y santifique cada

una de vuestras acciones; pues, su trajinar, siempre enaltece los espacios por los que con donaire y altivez los transitan, sabiendo que su aporte intelectual y espiritual, y ante todo su prurito femenino, es el que en la vivencia heroica de la vida, permite que este mundo pueda realizarse con sabiduría. Insisto, su aporte en todos los ámbitos de la vida es tan vital, que sin él, la vida humana en sus diferentes manifestaciones no tendría sentido.

Loja, 08 de marzo de 2007

¿QUIÉN SE HA LLEVADO MI QUESO?

Alguna vez el señor alcalde del cantón Loja, doctor José Bolívar Castillo Vivanco, les dijo a los transportistas de nuestra ciudad que deberían leer el libro *¿Quién se ha llevado mi queso*, del psicólogo y médico Spencer Jonson. Y tenía mucha razón al recordarles la lectura de este pequeño gran libro que hoy se ha convertido en un best sellers universal, traducido a 26 idiomas y con millones de ejemplares vendidos en todo el planeta.

Pues, ¿de qué trata este texto tan comentado y recomendado para toda clase de público? Su historia es muy simple. Se trata de un relato que en forma de parábola o de fábula muy sencilla nos narra la vida de dos ratoncitos y de dos personitas u homrecillos que vivían en un laberinto y que para su subsistencia dependían de un enorme queso que, por arte de magia, había aparecido en una de las habitaciones del laberinto. Los cuatro personajes vivían muy felices disfrutando de su queso que no les había costado ningún esfuerzo conseguirlo: el queso estaba ahí y lo único que tenían que hacer era comer y comer sin que nadie los moleste. Pero un buen día el queso desapareció y empezaron a sufrir los efectos. Las personitas, Kif y Kof, se pusieron

furiosas y se culpaban unas a otras y discutían buscando a más culpables por la desaparición del queso. Los ratoncitos, en cambio, sin discutir, ni cortos ni perezosos, se desplazaron en busca de un nuevo alimento.

Esta es toda la historia. Muy simple, ¿verdad? Pero cuánta profundidad en la sencillez del relato. La primera reflexión es la de que los ratoncitos resultan más inteligentes que las personitas; el mismo indicador de “personitas” es irónico; pues, mientras éstos discutían por la falta de queso, los ratoncitos se desplazaron enseguida en busca de su subsistencia. Las personitas no estuvieron preparadas para el cambio. Se habían acostumbrado a una vida fácil y sin esfuerzo.

¿Cuántas personas en la vida real acaso no se han acostumbrado a melar de su queso? De pronto viene el cambio, el queso ya no está; las cosas y los hechos no permanecen para siempre estáticos. Frente a un mundo en constante cambio hay que saber adaptarse a sus circunstancias, y antes de que se nos acabe el queso. Por supuesto, si no estamos preparados es muy fácil buscar culpables y lamentarnos por todo. ¿Cómo es posible, si ya vivo feliz con el puesto que he conseguido, con el nombramiento que tengo, con la comodidad que he alcanzado y que de pronto alguien venga y me robe mi queso? Si ya me creo con derecho a él, es decir a la vida fácil que llevo, y de improviso saber que el queso ya no está, que las cosas han cambiado y que yo ya no puedo cambiar, ¿por dios, qué tragedia?

Cuánta gente se resiste al cambio porque le da miedo, porque le cuesta esfuerzo volver a adaptarse, o ir a buscar otro queso. Si tengo el queso seguro, cuánta felicidad; no me falta nada, me vuelvo arrogante. Que más da, lo único que tengo que hacer es conservar el queso. Si me lo quitan me sorprende, me ofusco, me desespero, se acaba el mundo, no lo esperaba, no pueden hacerme esto.

Es necesario aprender a vivir con el cambio; no podemos contentarnos sólo con el queso, es decir con una vida rutinaria y mediocre. Las cosas nunca mejoran para uno ni para nadie mientras uno no cambia; es necesario aprender a tener una nueva visión del mundo. El cambio puede disgustarnos pero hay que comprender que, con esfuerzo, puede llevarnos a encontrar un queso mejor.

Que no nos suceda, entonces, que cuando el queso se mueva nos sintamos víctimas y estemos siempre culpando a los demás. Lea este libro, amable lector, aplique sus lecciones y va a ver cómo sus enseñanzas se aplican a cualquier circunstancia de la vida.

EL PRIMER GRAN VALOR: SER PERSONA

No es lo mismo ser sujeto que ser persona. Se es persona cuando más responsables somos de nuestras acciones, cuando más nos hacemos cargo conscientemente de lo que hacemos porque percibimos que como seres libres estamos en condiciones de actuar por sí mismos; por lo tanto somos “alguien” antes que un “algo”, como si se tratase de una cosa más, de un sujeto que está ahí por estar.

Frente a la crisis que en todos los órdenes de la vida hoy se vive, los educadores, humanistas y científicos hacen mucho énfasis en el rescate y puesta en práctica de lo más noble que dignifica a todo ser humano: ser portador y vivenciador de infinitud de valores que en todas las circunstancias de la vida todo ser humano debe asumirlos, sino quiere verse ahogado en el marasmo de las adversidades y de la denigración humana a la que irremediablemente nos veremos avocados, si no propiciamos el desarrollo de estas actividades fundamentales que, de uno o de otro modo, deben plasmarse en la realidad humana en forma de conductas.

Ahora bien, ningún valor humano puede ser asumido plenamente sino empezamos por descu-

brir y potenciar el valor que la persona tiene en sí misma. Se trata de una criatura tan especial, única, distinta de cualquier otro ser. Es el único ser que, como dice Ramón Gil Martínez, "se nos presenta como libertad, compromiso, creación, historia, vocación, trascendencia". En verdad, la persona no es un elemento más de la naturaleza, ni siquiera es la suma de materia y espíritu o de mente y cuerpo, sino un auténtico vínculo de unidad en el que todo el componente de su ser interactúa de manera absoluta, bien como individuo, bien en comunidad, que son las dos características esenciales de la persona.

Es de tal naturaleza la concepción de persona como ente autónomo y libre, que en la medida en que la persona es consciente de su dimensión comunitaria, le es posible insertar su característica de individualidad a través del desprendimiento, del despegue, del desposeerse, del descentrarse de sí misma —como sostiene Lacroix— para entrar en la dimensión y disposición de los otros.

La dimensión comunitaria de la persona es de enorme valía porque permite robustecer nuestra condición humana; sin embargo es de un enorme descuido en una sociedad tan individualista como la nuestra. La dimensión comunitaria no sólo que nos sirve para vivir sino para convivir, fundamentalmente.

No olvidemos que de la práctica de la autoestima, del respeto, de la responsabilidad, de la tolerancia, de la solidaridad, etc. nacen formas auténticas de tratamiento al otro como persona. Por consiguiente,

primero me constituyo en persona para poder tratar al otro como tal.

¿Por qué, entonces, en muchos individuos aflora más su animalidad que su condición de persona? No sé si tal vez se deba a que, por mala formación y dado el consumismo desmedido que se practica, más se tiene vocación para poseer que para ser. Y también porque si la libertad determina nuestras líneas de acción, también es —en palabras de Gil Martínez— carga difícil de llevar, porque cuesta ser responsable de sí mismo.

Es la persona, en el amplísimo sentido de la palabra, la que penetra en el individuo o en el sujeto para formarlo, moldearlo, desarrollarlo, comprometerlo para que aprenda a ser gran señor y sujeto de la historia, dispuesto, con todo su potencial creativo, a dar todo de sí para que pueda adentrarse y compenetrarse humanamente en el mundo, en los otros y en el Absoluto.

EL COMPROMISO CREADOR DE LA PERSONA

Ninguna persona debe estar conforme con lo que es o con lo que tiene. La persona tiene validez humana en la medida en que permanentemente desarrolla su vocación creadora. Y esta premisa se debe a que el mundo no está creado, lo estamos creando. Y si de orgullo humano hablamos, éste debe ser el mayor: saber de que estamos completando la creación del universo.

No todo está hecho, a pesar de estar en la era del mayor desarrollo tecnológico y científico. Hay mucho por hacer, sobre todo desde nuestra condición particular y personal de ser seres singulares, inconfundibles e insustituibles, pero nulos para realizarnos si no lo hacemos en medio del mundo, a través de la relación interpersonal y con vocación para ser antes que para poseer.

Saber actuar, aprender a ser, y no sólo a ser sino a ser más, y que nos reconozcan como personas por nuestra apertura a los otros y al absoluto es ya un compromiso creador.

Por eso, cuando se habla de revolución, no puede ser otra que la del compromiso creador, la del sentido de la trascendencia para impregnar de calidad

humana todo cuanto pensamos y hacemos.

Nuestro compromiso consciente de ser creadores y recreadores debe darle sentido humano a nuestra personalidad para que no nos dejemos arrastrar por el vacío, el desorden, la desorientación y el caos que vive nuestra sociedad postmoderna.

Por lo tanto, no debemos ser objetos, sino sujetos de la historia porque somos seres de posibilidades y de quehaceres, antes que de pasividades y de indiferencias.

Tener la característica de entes creadores constituye algo tan vital para mejorar este mundo, como el hecho de consumir alimentos y aire para vivir.

Esta vocación creadora no nos debe empujar a refugiarnos en un sentido pragmatista, en donde todo el esfuerzo realizado apenas nos sirva para inventar cosas y más cosas para supuestamente vivir mejor. Decir que el hombre es creador, según Zubiri y J. Marías, es “afirmar o reconocer que la persona nunca está fijada, que no tiene una estabilidad ficticia, que nunca termina de inventarse, de conquistarse y que está llamada a afirmarse en una lucha permanente a partir de las adversidades que se le imponen como algo dado”.

El hecho mismo de tener que hacernos permanentemente, es ya creación; y, lo más importante, no sólo que somos creación en sí, sino, especialmente autocreación permanente, en virtud de que si no hay interés personal para ser y para comprometernos con una acción enriquecedora, nos atrofiarnos y por ende nos constituimos en un estorbo, en un montón

de inutilidades y de mediocridad andante.

La actitud creadora, por lo tanto, está encaminada a la creación de una NUEVA CONSCIENCIA, para que con nuevos estímulos, con nuevos horizontes e ideales adquiramos salud mental en nuestras acciones para que no nos atrape ni la abulia, ni la vacuidad, ni la voluptuosidad ni los intereses personalistas, sino la inserción del yo, que por medio de la inteligencia, la voluntad y la sana intención de querer ser “ser” y no sólo de tener, se compenetra en el otro, en el prójimo en cuanto individuo que se deja educar, formar y desarrollar su condición de persona hasta lograr hacer de él un sujeto apto para la comunidad, para la convivencia solidaria, enraizado y comprometido en su personalidad de esfuerzo y de auténtica creación en sus formas prácticas de vida, de manera que si queremos vivir racionalmente, lo hagamos con un rostro verdaderamente humano y cristiano.

LA CONFIANZA, EL ARTE DE AMAR

Este tema, preparado de antemano a través de un breve libro: *La confianza, el arte de amar*, de Isabel Orellana Vilches, pretende motivar al educador, y a cualquier persona que se entere de su lectura, para que emprenda en una de las más nobles cualidades que debe tener todo ser humano: aprender a brindar confianza y aprender a confiar en los demás. En verdad, la confianza es un camino de aprendizaje; pues, es un acto de voluntad y entereza que hay que ganárselo en todos los ámbitos de la vida familiar, profesional y social.

De manera clara, con un estilo ameno, Isabel Orellana afirma que “confiar es amar. Y el amor es un arte sublime que debe ejercitarse cada día”. Así es, quien ama lo que hace, quien es capaz de respetar, de valorar y de aceptar a los demás con sus virtudes y debilidades, es capaz de actuar con autenticidad, con transparencia y discreción, de manera que le sea posible aprender a ganarse la confianza de los demás.

Para un educador, por ejemplo, si no aprende a confiar en sus alumnos, no puede educar. Y si no confía en sí mismo, el drama es mayor. La confianza es salud, nos permite vivir con autenticidad. Desde

luego que, no puedo confiadamente esperar en los demás si no he preparado el camino; es necesario confiar, pero no de cualquier manera. Debo asegurarme de que cuando confío en alguien o en algo, es porque con ello estoy contribuyendo a potenciar el bienestar personal. Debo saber también de que si me abandono a la desconfianza total, no puedo desarrollarme personalmente. Saltará a la vista mi falta de madurez emocional; la carencia de humildad me consumirá; no me será posible enfrentar los fracasos; seré presa fácil de la crítica pueril y de la murmuración; la incomunicación y la soledad me agobiarán; en definitiva, la desconfianza me estará empujando siempre a asumir actitudes reactivas.

La confianza me permite ser proactivo, productivo, buscador de sueños y de verdades. “Todos tenemos talentos; –nos dice Isabel Orellana– busquémoslos, ayudemos a otros a que los encuentren y extraigan de ellos un buen partido. Sólo podremos hacerlo creyendo en ellos.”

Así es, creamos en este estupendo libro. Su lectura nos eleva el ánimo, nos enriquece, nos proyecta, nos hace dar más ganas de seguir viviendo y de amar profundamente lo que hacemos. Esta experiencia es lo que tuvieron estos 310 educadores que, con gallardía, prometieron encaminar sus pasos hacia la verdad, hacia el bien común, hacia lo más maravilloso que tiene el ser humano: sentirse sabedores de que somos hijos de Dios. ¿Pues, quién más que Dios para confiar, con absoluta certeza, en el hombre? La esencia de Dios es el amor sin reservas y “el culmen

del amor es la confianza total”.

Isabel Orellana insinúa que es necesario ejercitar la confianza, sabedores de que al aceptar que de alguien nos tenemos que fiar exige una toma de postura y una respuesta.

La confianza, a través de la exigencia personal, es una noble virtud moral que exige de cada uno una actitud vigorosa que, bien encaminada, nos conduce, con autoridad y certeza, a ser depositarios incondicionales de nuestra fe a los demás.

EDUCARNOS PARA LA TOLERANCIA

Aprender a ser tolerantes es parte de la riqueza interior humana, hoy estropeada por infinidad de circunstancias que aquejan al ser humano en su diario existir.

El atropello contra la dignidad humana tiene muchas causas, y quizá una de las más perniciosas sea la indiferencia con que se asume la Verdad Trascendente; frente a la negativa de la trascendencia de la persona humana como “imagen visible de Dios invisible”, está a la luz del día la marginación, la explotación, la corrupción y la falta de respeto a la que todo ser humano tiene derecho.

Dado el carácter pluriforme de las sociedades, y sobre todo ante la pluralidad de la conciencia humana, es responsabilidad de todos aprender a educarnos para la tolerancia. Frente a tantas maneras de entender el mundo ideológicamente y frente a la diversidad de comportamientos humanos que en diversas formas de conducta se asume la vida, ¿cómo no vamos a ser tolerantes?

Se necesita de mucho esfuerzo para ello: conocimiento, tino, prudencia para actuar. Si no conozco los derechos de los demás, si no me comporto honestamente, si no dejo espacios para el diálogo ni

potencio espacios sociales, familiares, profesionales e intelectuales para la contradicción y la reflexión, no estoy ejerciendo mi responsabilidad de aprender a ser tolerante.

Toda actividad encaminada a construir el bien común, a respetar las ideas ajenas, las creencias; los que promueven una atmósfera de libertad, de autocrítica; cuando se tiene conciencia de saber perder, de admitir críticas; cuando se acepta el diálogo abierto con todos, cuando se da paso a la convivencia democrática, cuando se es justo, acogedor y amante de la no violencia; cuando se respeta la intimidad de las personas y existe identificación con los más necesitados; cuando no se recurre a la fuerza para resolver los problemas. En definitiva, cuando el carácter humanitario, de servicio y de solidaridad se hace presente, entonces no hay duda de que esa disposición y actuación humanas es eminentemente tolerante.

Pero si, por el contrario, se dogmatiza posturas, se impone la uniformidad, no se admiten los planteamientos de los demás, se considera enemigo al que no piensa como uno, cuando de la derrota se hace una tragedia, cuando se obliga a pensar a todos por igual, cuando la única ley que vale es la del talión, cuando se margina a los que discrepan, cuando por dejadez no se hace bien las cosas, si mis intervenciones son calculadoras y mal intencionadas, si no me esfuerzo en perdonar agravios, si mis actitudes son fanáticas y dogmáticas y si no compagino la firmeza con la flexibilidad y la comprensión, entonces mi

plenitud humana se ha revestido de intransigencia, lo cual es sinónimo de intolerancia.

La práctica de la tolerancia es una hermosa lección de humanismo. Tomémosla, asumámosla, de manera que la bondad, el afecto y la rectitud den paso al reconocimiento de lo más noble que tiene el ser humano: el respeto a su dignidad de persona.

LA CULTURA DE LA APARIENCIA

Vivimos en una sociedad del espectáculo; cada cual camina a la deriva tratando de pasarla bien. Pocos son los hombres y las mujeres que quieren ser sabios. A muchos les espanta el esfuerzo cotidiano que la persona debe poner en todo cuanto emprende. Hoy más que nunca necesitamos personas comprometidas, honestas, coherentes, con una fortaleza moral que las haga nítidas, más humanas, y con una cultura que verifique su capacidad para renunciar a lo vulgar y fácil.

Como dice Bruno Ferrero, “normalmente no son los grandes problemas los que destruyen y dividen, sino la herrumbre de la distracción”. No existe el valor de la austeridad, del crecimiento personal. Se toma al cuerpo humano y a la vida en general como un objeto que hay que usarlo, gastarlo y luego botarlo.

Esta “herrumbre de la distracción”, del sin sentido, de la monotonía con que se asume el trabajo, el estudio y la familia, están llevando a la sociedad a vivir una cultura de la apariencia, del espectáculo barato. Esta demanda atosigante del placer por el placer, del disfrute del aquí y del ahora, en donde la mentalidad humana se ha vuelto meramente con-

sumista, individualista, intolerante, poco pensante, poco pacifista y carente de proyectos, lo único que está generando son individuos con mucha fachada y con una espantosa vulgaridad.

Este hombre fachada, pura apariencia, indiferente ante lo bueno y noble, ante lo ético y lo estético, lo que le preocupa es el poder, el dinero, el éxito, el sexo, el narcisismo, el relativismo, el hedonismo, y sobre todo la permisividad, es decir, dejar pasar todo, el no hacerse problema por nada: su norma es la superficialidad, carece de metas, de certezas firmes y de verdades absolutas. La disciplina, las normas, el sacrificio, la responsabilidad, en fin todo valor humano es rechazado porque se opone al bienestar y a la comodidad que pretende llevar.

Como se trata de un buen número de gente que así actúa, con un perfil de a perro, entonces tenemos una sociedad que ha perdido el sentido de la trascendencia, en donde el analfabetismo moral se pasea muy orondo, anulando con ello la capacidad para pensar críticamente, para aportar con ideas útiles, para actuar con firmeza y responder con amor. La esperanza, el aporte creador y limpio, las ideas que enaltecen y permiten crecer sabia y espiritualmente, deben regresar, y con urgencia, a una sociedad que requiere de familias felices, que sepan apreciarse, valorarse y respetarse.

Recordemos que a la niñez y a la juventud no podemos ofrecerle tanta basura que, a veces, sale de la misma familia. La familia no es un espacio para estar, es un lugar para ser. Es en ella, en donde,

primordialmente, se aprende a ser persona de bien, siempre y cuando todo el núcleo familiar se esmere por crear un ambiente formador.

LA EDUCACIÓN EMOCIONAL

La educación tradicional a través de los aprendizajes de mantenimiento ha hecho demasiado énfasis sólo en el desarrollo cognitivo, sin considerar la dimensión emocional, que es una de las grandes manifestaciones del bienestar personal y social que acompaña al hombre (varón y mujer) a lo largo de su existencia.

Tal es el descuido o la falta de conocimiento acerca del desarrollo de la conciencia emocional en la educación en general, que aún se sigue pensando que la única manera para que un alumno sea promovido de año es a través de unos exámenes que evalúen el conocimiento. El mismo Ministerio de Educación propicia la validez sólo del desarrollo cognitivo cuando autoriza a los establecimientos educativos del país para que se les vuelva a tomar otro examen a los alumnos que han perdido el año hasta en dos materias.

Y los mismos padres de familia, al final del año lectivo, ruegan a los profesores para que a sus representados se les tome un examen más para que pasen de año. ¡Cómo si la educación fuese nomás de tomar exámenes! Si así fuese no habría necesidad de preparar a los maestros para que se profesionalicen en educación. Y la prueba está en que

hay muchísima gente que se dedica a la educación sin estar preparada para ella. Y lo peor es de que parecería que a muy pocos les importa, vaya quien vaya a educar.

Y lo curioso es de que en educación —una de las profesiones más delicadas y que exige la mayor preparación, sobre todo en el campo humanístico— es cuando más se improvisa. Yo no he visto que para dirigir una clínica u hospital lo haga un ingeniero civil, o un mecánico, por ejemplo; o que la administración de justicia esté dirigida por un médico o arquitecto, por citar sólo dos casos. Empero, en educación, frente al alumno, encuentra usted de todo, como en botica.

Sólo la más alta calificación profesional, tanto en ciencia, humanidades y ética, hará posible que la educación empiece de verdad a ser valorada; pues, se trabaja con personas, no con cosas; y cuando los educandos más desmejorados se encuentran, es cuando más ayuda profesional y humana necesitan.

No es suficiente, entonces, sólo la toma de exámenes en cuanto éstos signifiquen una mera evaluación cognitiva para que los educandos sean promovidos de año, peor para decir de que estamos educando o formando.

Para remediar esta penosa situación, necesitamos que todos los educadores asuman una auténtica formación, de manera que podamos enfrentar el analfabetismo emocional que a muchos nos aqueja.

Se trata de salvar a los educandos, no de hundir-

los. Así como un médico siempre está presto para curar a un enfermo (sería ilógico que reclame un paciente sano para curarlo), así debe estar el educador: atento con el que más necesita, con el que más se retrasa. Incluso, para ser educador se necesita una actitud evangélica: Jesucristo no vino a salvar a los buenos; dejó las 99 ovejas y se fue tras la única que se había descarriado.

Este es el reto de la educación, del educador: dispuesto para fomentar una actitud positiva ante la vida. Como señala Rafael Bisquerra Alzina, la educación emocional es proactiva y debe entenderse como un factor de prevención –tal como el médico– a través del desarrollo de competencias emocionales.

La educación emocional no tiene otra finalidad que la de optimizar el bienestar de las personas. Por lo tanto, lo que más necesitamos los educadores es aprender a dar respuestas psicopedagógicas, de manera que la educación se convierta en un auténtico desarrollo de la personalidad integral del alumno.

LA EDUCACIÓN A TRAVÉS DE LOS APRENDIZAJES DE MANTENIMIENTO E INNOVACIÓN

En la educación ecuatoriana se ha centrado más la atención en cómo enseñar y por eso se ha hecho tanto énfasis en cursos de didáctica, de métodos y de dinámicas, con desmedro en qué es lo que se debe enseñar. ¿De qué le sirve al maestro tantos cursos de didáctica y de metodologías si no está preparado en el campo científico y humanístico de su disciplina profesional? Es muy raro ver que se lleven a cabo cursos de formación científica en el ámbito de la ciencia que le compete a cada maestro. Súmese a ello la falta de formación humanística que es la que mayores inconvenientes le ha acarreado a nuestra endeble educación.

En el campo investigativo-científico, la crisis educativa se ahonda más cuando aún se sigue educando, más bien dicho instruyendo, a través de la transmisión de contenidos “científicos” tradicionales. Es decir, se sigue enseñando por materias o por contenidos de asignatura dispersos, seleccionados hace decenas de años, en donde el profesor por comodidad, y sobre todo por falta de preparación científica y actualizada, se adecua a esos conteni-

dos, y desde esa perspectiva responde lo que “buenamente” puede transmitir sin considerar lo que realmente los alumnos necesitan en esta sociedad cambiante y altamente tecnificada e informatizada que hoy vivimos.

Como en estas condiciones el conocimiento es caduco y demasiado atomizado, intrascendente, fuera de foco en muchos casos, produce **alumnos indiferentes, apáticos y sin ningún deseo de querer adentrarse en este tipo de contenidos desactualizados** que, sin necesidad de que sean expertos, se dan cuenta de que no les sirven para mayor cosa. Agréguese a ello el hecho de que en este modelo de atomización de conocimientos al alumno no se lo prepara para que conozca y enfrente el mundo en forma efectiva, sino sólo para que memorice. El alumno aquí no tiene ningún espacio de realización, ni de aporte creativo. El maestro es el único dueño de la palabra, es el gran señor en el aula. El discente apenas cuenta como objeto; su palabra, sus puntos de vista no son escuchados, y cuando tiene la “osadía” de intervenir, se lo calla, se lo sanciona, y si es posible se lo bota del aula y hasta del establecimiento si sigue “molestando”. Claro, se trata de un “malcriado”, se atreve a cuestionar un sistema que no lo ve bien. Desde luego que, en estas condiciones, el profesor cree que se está atentando contra el formalismo al que ya está acostumbrado, a las formas rígidas y estereotipadas que maneja. No está por demás decir que el verbalismo, el enciclopedismo, el autoritarismo, la indiferencia, la

teorización desmedida, la improvisación y hasta el paternalismo están por delante y frente a un alumno cuyo papel es el de simple espectador, acrítico, dócil y meramente cumplidor, “hacedor” y “copiador” de actividades que las asume mecánicamente.

Frente a este tipo de educación de tortura y de mal formación (aprendizajes de mantenimiento) de alumnos y maestros, surge la imperiosa y hasta clamorosa necesidad de la **innovación continua** para que de manera permanente todos quienes están involucrados en el quehacer educativo formal se vean obligados a revisar sus conocimientos para que actualizados, estén al día en su quehacer profesional y de formación humanística, ante todo, porque la sociedad y la realidad, por decoro y coherencia de principios, así lo demanda.

No se puede continuar con una educación en la que sólo se educa para la estabilidad y para la pasividad intelectual.

Si la sociedad contemporánea tiene como característica fundamental el cambio constante no sólo en la ciencia y en la tecnología, sino en todos los quehaceres de la vida, la educación no puede ser la excepción. Es un imperativo hacer de la educación un aprendizaje innovador. El reto está, como siempre, y de manera especial, en el profesor que debe compenetrarse de nuevas actitudes individuales y colectivas. No puede haber en el educando un aprendizaje innovador si el maestro no se innova primero, si no adquiere nuevos valores que lo motiven para que abandone el “aprendizaje de mantenimiento”

que es el que ha anquilosado la mente de maestros y alumnos.

Mientras se eduque con actitudes y conocimientos del pasado no habrá manera de enfrentar el presente, peor el futuro. Y mientras se siga educando para preservar un sistema vigente mediante reglas fijas y situaciones conocidas, la educación seguirá en declive.

El aprendizaje de mantenimiento conserva y preserva situaciones caducas y de acomodo personal; no permite crear circunstancias creativas y anticipatorias; se contenta o se limita a reaccionar y a buscar, a veces con desesperación, y hasta con medidas de "schock", respuestas correctivas.

Así como la ciencia y la técnica son prospectivas y proactivas, así debería ser la educación. En una sociedad cambiante no es la adaptación la que nos sirve para educar sino la anticipación. Ya en 1988 lo dijo Alberto Galeano Ramírez en su libro sobre Revolución educativa y desarrollo de la inteligencia: "Mientras que la adaptación indica un ajuste reactivo o una presión externa, la anticipación implica una orientación preparatoria de posibles contingencias, a la vez que considera futuras alternativas a largo plazo."

En este orden, ¿qué características tiene el aprendizaje de mantenimiento?: anquilosamiento, adaptación, criterios, métodos y reglas fijas para enseñar y aprender, aprendizaje violento o medida de schock, actitud reactiva, respuesta correctiva, defensa a un modo de vida ya establecido, recelo

al cambio, apatía, falta de compromiso, individualismo, quemeimportismo, mediocridad, abulia y sequedad intelectual.

Como muestra de esta terrible enfermedad educativa podemos citar al menos cuatro aspectos: el “famoso” libro de texto, el dictado, la indiferencia escolar y la falta de autopreparación intelectual que son las realidades más típicas del aprendizaje de mantenimiento. Fácil comprobar en que sistema educativo nos encontramos ¿verdad?

El aprendizaje innovador, en cambio, comprende: habilidad para actuar con presteza ante nuevas situaciones, anticipación, proactividad, prospectividad, orientación, agilidad mental, inteligencia emocional, selectividad de la información y del conocimiento, participación y compromiso, cooperación, diálogo, empatía, disposición para el cambio, vivencias de sueños, ideales y horizontes, toma de decisiones oportunas y desarrollo del pensamiento.

Desde luego que estos aspectos no constituyen ninguna novedad, se los conoce; sin embargo muy poco se los aplica en educación. Lo esencial y realmente nuevo en educación del aprendizaje innovador—dice Alberto Galeano—es la insistencia en estos elementos. Es decir, ninguna de estas características puede ser innovadora si no hay la disposición personal para actuar con eticidad y sabiduría ante las situaciones cambiantes de la sociedad.

El reto está, entonces, en las universidades, en cada centro educativo, en cada uno de nosotros los

educadores, para ofrecer una propuesta de estudio real, que favorezca, de manera especial, el desarrollo humano de la persona, del educando para que enfrente la vida no como un "algo" sino como un "alguien" que no sólo sirve para vivir sino para convivir.

EVALUAR Y CALIFICAR

En el campo educativo uno de los temas más espinosos es quizá el de la evaluación. Aunque en teoría los educadores conocen lo que significa un sistema de evaluación, en la práctica los resultados son diferentes. Se ha dado en confundir calificar por evaluar. Se piensa que cuantos más exámenes se tome y se asigne una calificación a cada uno de ellos, se está evaluando. Lo que están haciendo es calificación, medición y clasificación continua. Aún más, ni siquiera se sabe como hacer una recuperación cuando un estudiante se saca una mala calificación, y lo que se hace es volverle a tomar otro examen, bien sea en el “proceso” o al final del año con el llamado examen supletorio en las instituciones que aún lo mantienen. La triste realidad, en la mayoría de los casos, es de que el estudiante, en esta nueva “oportunidad” suele sacarse notas inferiores a la de su primera(s) oportunidad(des).

En este tortuoso proceso de calificación tras calificación (y no de evaluación como debería ser) se han llegado a saturar estudiantes y profesores. Los primeros porque piensan que deben estudiar para sacarse una buena nota (calificación medible). Con tantas tareas que tienen que cumplir llegar a cansar-

se, a odiar lo que hacen; sienten miedo, ansiedad, estrés, dolores de cabeza, etc, por la angustia de tener que cumplir con infinidad de tareas que tienen que ser calificadas (no evaluadas). En estas condiciones, los maestros y los padres de familia piensan que cuanto más tiempo está el alumno estudiando para un examen (y no para ser evaluado) y cuántos más exámenes se le tome, estará aprendiendo mejor, es decir instruyéndose, pero casi nunca formándose, porque no ha tenido la oportunidad para que de verdad sea evaluado tanto él como su maestro.

Los profesores al haberse dedicado a calificar y calificar (y no a evaluar) a veces por mala formación profesional, por desconocimiento o por mala aplicación del modelo pedagógico implantado por la unidad educativa, llegan a caer, igual que los estudiantes, en aburrimiento y hasta en agotamiento mental, porque tienen que pasarse horas de horas diariamente calificando trabajo tras trabajo para poder asignar una calificación (y no una evaluación). Todo este tiempo precioso, que el educador bien pudo aprovecharlo para prepararse y poder evaluar de verdad a través del estudio personal de buenos y magníficos libros que hoy aparecen, los pierde inútilmente por dedicarse a revisar cantidad de trabajos que no le sirven ni a él ni al estudiante. Lo único que ha hecho el alumno es “estudiar” para el examen, es decir para el momento. Al otro día o después de una semana, si se indaga por esos “conocimientos”, el estudiante no se acuerda, y lo que es más, ni siquiera quiere recordarlo porque se

“enferma”. La calificación lo que ha hecho es llegar a que el estudiante odie lo que “aprende” y no que ame y se apasione por lo que estudia, y esto porque nunca hubo tiempo para que sea evaluado ni él, ni el profesor ni nadie.

Calificar es sinónimo de clasificar y de sancionar, puesto que, por el mismo mandato de la sociedad, la educación en vez de tener fines emancipadores (Carlos Lomas, 1999) tiene fines selectivos.

Si en vez de calificar el educador se dedicase a orientar y valorar el aprendizaje de los alumnos, a estudiar, a indagar y a conocer sobre el diseño y aplicación del programa de enseñanza, de manera que el resultado sea una actitud formativa (y no sólo sancionadora del nivel de los conocimientos adquiridos), cuya finalidad esté encaminada a obtener información significativa sobre el proceso de formación con la intención de valorar el grado de coherencia entre lo que se enseña y aprende en el aula, de manera que el proceso sirva de una real orientación al estudiante, entonces sí el maestro estará evaluando.

LA EVALUACIÓN A TRAVÉS DE ACTIVIDADES DE ENSEÑANZA Y APRENDIZAJE

Frente a la inutilidad que representa la simple calificación para asegurar una nota y frente a la preocupación de no poder realizar con acierto el proceso de evaluación y de recuperación de los aprendizajes, se vuelve urgente llevar a cabo auténticos procesos de evaluación (y no sólo de calificación) que permitan orientar y valorar las actividades cotidianas que en el aula se llevan a cabo entre el maestro y sus alumnos.

Carlos Lomas, en su Teoría y práctica de la educación lingüística, como hacer cosas con las palabras (1999), propone algunos pasos que se pueden llevar a cabo en el aula para no caer en la “califitis” sino en un auténtico proceso de evaluación. A continuación una interpretación y acomodo a nuestra realidad de estos pasos.

1. Actividades de exploración de conceptos previos.- Aquí debe indagarse qué es lo que los alumnos ya conocen. No hay mejor forma de asegurar que un aprendizaje sea significativo a partir de lo que un alumno ya sabe. Se pueden detectar errores conceptuales, prejuicios, estereotipos, etc. de aspectos que permitan confirmar y reorientar el aprendizaje.

2. Actividades introductorias.- Tres aspectos son básicos aquí: motivación, objetivos y clarificación de los contenidos que van a ser objeto de estudio en el aula.

3. Actividades de desarrollo y profundización.- Aquí se ahonda en el desarrollo de los contenidos propuestos de conformidad con los objetivos y con el análisis hecho en la exploración de conceptos previos y en las actividades introductorias. La competencia profesional del maestro en este paso es vital para, con las metodologías que más crea pertinentes, pueda introducir a los estudiantes en el apasionante mundo del conocimiento. Que el alumno se enamore de la ciencia, es quizá uno de los grandes logros que debe el profesor conseguir de sus estudiantes.

4. Actividades de conclusión.- Constituyen una especie de retroalimentación, dado que se recapitula los contenidos esenciales del tema tratado. La puesta en práctica de una actividad concreta permite reconfirmar el aprendizaje.

5. Actividades de evaluación y autoevaluación.- Aunque todos los pasos evalúan lo que el profesor y el alumno hacen, aquí se aprovecha para establecer actividades dirigidas que permitan valorar, criticar, reflexionar y juzgar el proceso de enseñanza y aprendizaje que en ese momento se lleva a cabo. La autoevaluación, la coevaluación y la heteroevaluación juegan un papel de orientación eficaz para establecer el “porqué” de los contenidos y actividades realizadas.

6. Actividades de uso lingüístico y de reflexión metalingüística.- El sentido que las palabras y los enunciados (hablados y/o escritos) adquieren en boca del profesor y de los alumnos, nos llevan a una efectiva comprensión o a una mala interpretación de los mensajes. Debe analizarse siempre lo que se dice y cómo se lo dice para evitar las ambigüedades que por falta de precisión en el lenguaje se producen en el aula. Hay que recordar que dependiendo del contexto, la comunicación adquiere uno u otro sentido.

7. Actividades colectivas y actividades individuales.- Y como no hay mejor método que aprender haciendo, el profesor sabrá determinar actividades colectivas y/o individuales a través de la presentación de problemas para que el alumno las analice, explique, diserte, discuta, ejecute, etc. y pueda, en definitiva, adentrarse en la resolución de sus tareas académico-productivo-afectivo-intelectuales.

Si así se llevase el proceso educativo, no habría necesidad de calificación en el sentido de medición y de sanción. El examen sólo tendría razón de ser después de haber llevado a cabo todo el proceso evaluativo aquí propuesto. Es decir, el examen, en cuanto calificación, se ejecutaría al término de cada lección de clase, tema, unidad o del módulo analizado, una vez que todos los alumnos hayan sido realmente evaluados como consecuencia de la información significativa y de las actitudes formativas que se hayan logrado establecer.

LA PERCEPCIÓN DE LA FORTALEZA EDUCATIVA EN EL AULA

Rudolf Dreikurs sostiene que “la forma correcta de entrenar a los niños es idéntica a la forma correcta de tratar al prójimo”. En verdad no hay mejor manera de ganarse la confianza de los niños y de los jóvenes en el aula y fuera de ella que aprendiendo a respetarlos, a aceptarlos y valorarlos como son: con sus defectos y debilidades, pero también con sus virtudes, con sus ocurrencias y “picardías”, con su manera “vivaracha” de ser; pues tienen ganas de vivir.

Por mala fortuna, cuando el niño o el joven no responde como el profesor quisiera, y sobre todo de acuerdo a su mentalidad de adulto, recae en él el agobio, la mala actitud, el maltrato verbal, etc. de circunstancias anómalas que generan en el estudiante sentimientos de rabia, de miedo, de irrespeto e ineptitud.

Lo esencial en educación no debe centrarse tanto en la disciplina con rigor, ni en la transmisión simple, cansada y aburrida de meros conocimientos. La disciplina no debería enmarcarse en el castigo sino en la búsqueda de soluciones y en una orientación asertiva, en la que no se menoscabe la autoestima

del estudiante, para que el conocimiento adquirido tenga validez a partir, eso sí, de la autodisciplina. Preparar ciudadanos responsables, con actitudes positivas para que aprendan a tener éxito en la vida, especialmente en el estudio, en el trabajo, en la familia y en la sociedad, son aspectos que merecen toda la prioridad de parte del maestro. Enseñarles para que tengan valor y confianza en lo que hacen, que aprendan a desarrollar las habilidades del lenguaje oral para que se manifiesten con un pensamiento crítico, dispuestos a tomar decisiones, a resolver problemas, a ser democráticos, son, entre otros factores, lo que les permitirá compenetrarse, casi sin mayores dificultades, en su rendimiento académico, que es lo que más preocupa a los maestros.

De otra parte, debe buscarse todo mecanismo posible para que en vez de que aprendan a competir, aprendan a cooperar y a trabajar dentro de una atmósfera de afecto, de amabilidad, de dignidad. En este caso, la firmeza, y no el autoritarismo, es básica para que se genere respeto mutuo y sea posible la participación activa y efectiva de cada integrante.

Enseñarles a pensar por sí mismos, que descubran que son capaces y útiles a la sociedad. Todo esto es posible si les enseñamos a desarrollar sus habilidades intrapersonales, de manera que les sea posible autodisciplinarse y autocontrolarse. Si a esto se suma la habilidad interpersonal para que aprendan a relacionarse con los otros, aprendan a escuchar, a conocerse, a estudiar, a cooperar, a saber negociar honestamente y, sobre todo, a reconocer y

valorar las emociones de los otros hasta lograr una auténtica empatía, entonces les será posible trabajar adecuadamente en el aula y en cualquier parte.

Es necesario insistir que los métodos groseros y antihumanos del castigo, la humillación y el control exagerado no funcionan. ¿Pero por qué se procede así? Quizá se debe a que el profesor no está aún preparado para impartir una nueva educación en un nuevo milenio. Es necesario que el profesor, como sostienen Jone Nelsem y Lynn Lott, adquiera las habilidades para ayudar a los estudiantes a aprender el autocontrol, la autodisciplina, la responsabilidad y las habilidades para la solución de problemas. Que no es fácil, así es; sin embargo, con sabiduría, con empeño, con talante, con estudio y buena disposición mental, de manera que dejemos de lado las actitudes reactivas y vayamos en pos de una actitud proactiva, todo es posible. Lo que aparece como lejano, como si fuese sólo un sueño, bien puede convertirse en una hermosa realidad educativa.

CINCO PRINCIPIOS BÁSICOS PARA APRENDER A...

Se trata de los principios educativos generales y de aplicación universal que la UNESCO los ha considerado como los pilares fundamentales sobre los cuales se debe afianzar la educación en general, y que el Ministerio de Educación del Ecuador los ha recogido como principios de índole pedagógico del currículo del bachillerato, con el ánimo de que todos los educadores hagamos causa común en estos principios si queremos brindar una educación integral y de alto sentido formativo-humanístico.

Aprender a conocer es el primer principio básico para entender el desarrollo del conocimiento humano y la comprensión del mundo que nos rodea. Sentir el placer por conocer, comprender, descubrir y apreciar lo que el talento humano ha producido es hermoso. Lo malo en educación radica en que un gran porcentaje de maestros ha tomado este principio como mera fórmula para transmitir información y luego martirizar al alumno con la toma de exámenes de memoria y de manera mecánica y a veces sobre cosas sin mayor trascendencia.

Avanzar al segundo principio es un buen paso: **aprender a hacer**, es decir, que lo que se conoce

lo aprendamos a poner en práctica a partir de tareas quizá mucho más rigurosas de producción intelectual, de manera que el educando adquiriera competencias específicas para emprender en cosas útiles, con iniciativa, creatividad y originalidad.

El tercer principio: **aprender a vivir juntos** tiene que ver con la importancia de aprender a valorar lo nuestro, respetar lo pluriétnico y pluricultural para que sea posible la compartencia para la construcción del bienestar común y personal. La solidaridad, la equidad, la tolerancia, la autonomía, la sensibilidad y todas las actitudes positivas, bien pueden enseñarnos a vivir de manera racional, en un mundo en que, con las diferencias individuales de cada persona, se logre un compromiso de sana convivencia.

Aprender a ser es otro de los grandes principios de validez humana porque nos enseña a valorar nuestra realidad personal a través de nuestra identidad, de nuestra participación proactiva, y sobre todo con la conciencia plena de saber conducir nuestra inteligencia intrapersonal para valorar y respetar todo lo que vemos y hacemos. Pues la autoestima y la actitud positiva de sí mismo y de los demás nos motivan para aprender a ser responsables, respetuosos, críticos, con sentido valorativo de lo estético, de lo trascendente y de lo espiritual. La plenitud de nuestro potencial humano debe permitirnos confirmar nuestra propia dignidad personal sin avergonzarnos ni ocultarnos de lo que somos por ser como somos.

Aprender a emprender es quizá el más noble

ideal humano porque nos motiva permanentemente al logro de lo más granado de nuestro quehacer humano. Se dice que la vida es bella cuando me entusiasmo, me ilusiono y me imagino un mundo en donde es posible compartir y emprender en tantos proyectos de vida con perseverancia y decisión para enfrentar las situaciones cambiantes, de riesgo y de incertidumbre que hoy, por múltiples circunstancias, la sociedad las vive con desasosiego.

Salvemos la educación con la práctica de estos principios.

Contenido

LA REALIDAD SOCIAL DE HUMO EN LAS ERAS DE EDUARDO MORA MORENO	5
EL RETO HISTÓRICO DE LOJA DE TROTSKY GUERRERO	19
LA ESPINA DE ALEJANDRO CARRIÓN	33
LA MANZANA DAÑADA DE ALEJANDRO CARRIÓN	67
LA ROMÁNTICA INQUIETUD DE MANUEL JOSÉ AGUIRRE SÁNCHEZ	89
MANUEL YGNACIO MONTEROS VALDIVIESO: VIDA Y OBRA DE EUGENIO ESPEJO	113
EL AMOR ES MÁS	129
EL DESAFÍO DE UNAS CUANTAS PALABRAS AL VIENTO	135
HUELLAS, LEYENDAS Y TRADICIONES	139
PÍO FRANCISCO ABAD TROYA Y SU PRIMER POEMARIO	145
PROFANACIÓN DE LA PALABRA	151
EL HALAGO FEMENINO	157
¿QUIÉN SE HA LLEVADO MI QUESO?	161
EL PRIMER GRAN VALOR: SER PERSONA...	165
EL COMPROMISO CREADOR DE LA PERSONA	169

LA CONFIANZA, EL ARTE DE AMAR	173
EDUCARNOS PARA LA TOLERANCIA.....	177
LA CULTURA DE LA APARIENCIA	181
LA EDUCACIÓN EMOCIONAL.....	185
LA EDUCACIÓN A TRAVÉS DE LOS APRENDIZAJES DE MANTENIMIENTO E INNOVACIÓN	189
EVALUAR Y CALIFICAR	195
LA EVALUACIÓN A TRAVÉS DE ACTIVIDADES DE ENSEÑANZA Y APRENDIZAJE.....	199
LA PERCEPCIÓN DE LA FORTALEZA EDUCATIVA EN EL AULA.....	203
CINCO PRINCIPIOS BÁSICOS PARA APRENDER A.....	207



GALO GUERRERO JIMÉNEZ

¿Cómo leer un ensayo?

Es necesario que aprendamos a reconocer, a valorar y a estimar en alto grado lo que Loja es capaz de producir a través del espíritu inquieto de intelectuales, creadores e investigadores que, desde su óptica de pensamiento, producen lo que en el talante de su formación les ha sido posible cristalizar a favor de un lector que a la par que se informa, se ve motivado a compenetrarse del contexto cultural, histórico e ideológico del momento en que se produce el texto y del momento en que se lee.